

Diez citas falsas para volver a enamorarse



OLGA SALAR

Diez citas falsas para volver a enamorarse

Olga Salar

Diez citas
falsas para
volver a
enamorarse



OLGA SALAR

Diez citas falsas para volver a enamorarse

©1ª Edición. Julio 2023.

©Olga Salar.

www.olgasalar.com

©Diseño de portada: Maiki Niky Design.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

El verdadero amor es constante y poderoso, y no se deja intimidar por ninguna adversidad.
Jane Austen.



Prólogo

Universidad de Columbia (Último año de carrera)

Olivia Haynes se limitó a mirar por la ventanilla del copiloto del coche de su amigo Ford, mientras dejaba que su cabello rubio le cubriera la mayor parte del rostro. Se sentía avergonzada e incómoda. Tendría que haber pensado mejor las cosas antes de lanzarse a hacerlas. No obstante, ya no podía hacer nada más que apechugar con ello y tratar de que su salvador no se enterara.

—No puedo creer que ese imbécil te haya dejado colgada en el último momento, cuando ya tenías las entradas compradas —se cabreó Ford al tiempo que conducía hacia el cine.

—Lo sé.

—Es el idiota más grande del mundo. Ni siquiera puedo comprender por qué te gusta.

—Yo tampoco —admitió con tristeza en la voz.

—¿Por qué te enamoras siempre de los imbéciles?, ¿tienes alguna especie de imán?, ¿o es que los seleccionas minuciosamente? —trató de bromear para hacerla sentir mejor.

—Supongo que es posible que tenga un imán —aceptó ella, encogiéndose de hombros.

—No lo dudes. Lo tienes —zanjó, cada vez más enfadado.

—Supongo.

—Cuando le vea le voy a...

—No, por favor. Prométeme que no le dirás nada. Voy a morirme de vergüenza si lo haces —pidió muy seria.

Ford suspiró molesto, pero aceptó. No había nada que Olivia le pidiera que no estuviera dispuesto a hacer por ella, incluso aguantarse las ganas de darle una lección al impresentable que había cancelado su cita en el último minuto.

—¿Sabes? Las cosas no están tan mal, os tengo a ti y a Riley —dijo ella, tratando de

apaciguarle.

Ford apartó la mirada de la carretera para posarla en ella. Gran parte de su malestar se disipó con el gesto.

—Siempre me vas a tener. Y estoy seguro de que puedes decir lo mismo de Riley.

Olivia asintió con una sonrisa.

—Lo sé.

—Espero que también sepas que cualquier chico estaría encantado de salir contigo. Eres preciosa, por fuera y por dentro.

—Gracias, Ford, y lo siento mucho.

Su amigo la miró entre confundido y extrañado.

—¿Qué sientes exactamente?

—No sabía que habías quedado con Melissa Scott —se excusó—, de haberlo sabido nunca te hubiese llamado para que me acompañaras.

Olivia había conocido a Ford su primer día en la universidad, cuando se sentaron juntos en su primera clase, una de las pocas que no compartía con su mejor amiga, Riley. La conexión había sido automática y desde entonces se habían vuelto inseparables. Ambos estudiaban Lengua y literatura inglesa y resultaron ser de los alumnos más destacados del departamento. Su amistad era una de las cosas más importantes de su vida para Olivia y le emocionaba saber que él sentía lo mismo, aunque hubiese dado todo lo que tenía porque las cosas fueran un poco diferentes entre ellos.

—Tú eres más importante que mi estúpida cita.

—No tienes...

—Lo eres y no discutas conmigo.

Una mezcla agri dulce de alivio y pena oprimió su pecho. Inconscientemente se llevó la mano a él y trató de respirar normalmente, no queriendo alertar a Ford de cómo había reaccionado a sus palabras.

—Igualmente, lo siento.

—¡No lo hagas! —zanjó, muy serio—, prefiero un millón de veces ver una película contigo que salir con ella. —Le dio un golpecito afectuoso con el dedo índice en la nariz.

—Gracias, pero no se lo digas.

Él rio de buena gana.

—No me importa que lo sepa.

—Ya me odiaba antes de que os fastidiara la cita, créeme, es mejor que no digas nada o se encargará de hacerme saber lo mucho que me detesta.

Sin previo aviso Ford se apartó en el arcén y detuvo el coche para mirarla fijamente.

—¿Cómo que te odia?

La vio encogerse de hombros.

—Es normal, supongo. Pasas mucho tiempo conmigo y con Riley, pero como ella tiene a Travis... —hizo una pausa antes de seguir.

—Eso no le da derecho a ser una idiota contigo.

—Piensa que es culpa mía que no os veáis más. Siendo sincera, yo misma creía que habíais roto. Si hubiese sabido que aún estabais juntos no te habría llamado.

—En primer lugar, eso ya lo has dicho —dijo, alzando un dedo para marcar cada punto— y, en segundo lugar, no estamos juntos y nunca lo hemos estado. No oficialmente, al menos. Quedamos y luego cada uno hace su vida.

—Bueno, eso no es lo que he escuchado.

—¿Qué significa eso?

—Según lo que ella le dijo a Riley, sois novios.

—¿Y Riley le creyó? Pensaba que me conocía lo bastante bien como para saber que yo no tengo novias.

—De acuerdo —concedió, no queriendo entrar a fondo en el tema—. Vuelve a la carretera o llegaremos tarde a la película.

Ford la observó en silencio durante varios segundos antes de decidirse a reanudar la marcha.

—Probablemente te odia porque eres más guapa y lista que ella —dijo como si nada.

—Ella es muy bonita. Las pelirrojas son muy llamativas, además, ella te gusta más que yo.

—Lo dice una rubia de ojos azules con un cuerpo de animadora, y no digas que me gusta más que tú porque es mentira.

Olivia se sonrojó por los cumplidos.

—Nunca has salido conmigo.

—Eso no es cierto. Salimos constantemente — protestó sin comprender a qué se refería.

—No del modo en que sales con Melissa.

Durante unos segundos se hizo el silencio y Olivia temió haber metido la pata.

—Tú no te mereces que alguien salga contigo como yo lo hago con Melissa. Te mereces a alguien que quiera una relación.

—Una excusa muy bonita — protestó con una sonrisa falsa.

—Lo he dicho completamente en serio. Te mereces citas románticas, flores y ese tipo de cosas.

—Bueno, me han dejado colgada en una cita aparentemente romántica —dijo, sintiéndose culpable por volver a recurrir a la mentira.

—Ese tipo no te merece. Créeme, como mejor amigo tuyo que soy, sé que te mereces a alguien mejor que él o que yo.

Aunque las palabras de Ford habían tratado de reconfortarla, lo cierto era que habían tenido el efecto contrario.

Horas después, tras ver la película y tomarse un batido al salir, Ford la dejó en la puerta de su dormitorio y se marchó a casa. Olivia sabía, no solo que era demasiado tarde para que llamara a Melissa, sino que, tras su confesión sobre lo mucho que la pelirroja la odiaba, él la haría a un lado y no volvería a quedar con ella nunca más. La invadió una sensación agri dulce: la quería lo bastante como para alejarse de alguien porque no la trataba bien, pero no lo suficiente como para querer salir con ella.

Como no tenía ganas de entrar en su dormitorio y tener la conversación que necesitaba mantener con su mejor amiga estando su compañera de cuarto en la cama de al lado, se sentó en las escaleras de fuera, sacó su móvil del bolso y, tras buscar en últimas llamadas, pulsó el número de Riley.

—¿Cómo ha ido? —preguntó esta, en cuanto descolgó el teléfono.

—Creo que ha llegado el momento de rendirse.

—¿Tan mal? —su tono era de decepción—. ¿Te ha pillado la mentira?, ¿sabe que Ansel no te ha dejado tirada y que todo era una treta para llevarle a una cita?

—No.

—¿Entonces?

—Me he dado cuenta de que definitivamente tengo que pasar página o no lo superaré nunca.

El suspiró cansado de Riley le dijo a Olivia que su amiga no creía que fuera a conseguirlo.

—¿Por qué tantas vueltas, Liv? ¿Por qué no se lo dices directamente?

—¿Estás loca? Si lo hago puedo perder todo lo que tengo —se quejó—. No podría soportarlo. No quiero hacerlo.

—En ese caso, deja que te presente a mi primo Noah. Acaba de volver de Corea y está disponible.

—Lo pensaré.

—Hazlo rápido. Es guapo e inteligente y no estará libre por mucho tiempo.



Capítulo 1

Olivia Haynes estaba sufriendo uno de esos días en los que si algo podía ir mal, al final terminaba por ir mucho peor. Llevaba una semana evitando enfrentarse a lo que iba a hacer, pero las cosas ya no podían demorarse más, por lo que se detuvo frente al flamante edificio de aluminio y cristal, que tan bien conocía y tomó varias respiraciones profundas antes de animarse a atravesar sus puertas.

Una vez dentro, se encaminó hacia el lado del edificio que correspondía al sello editorial con el que publicaba y saludó a la chica de recepción sin detenerse, algo que siempre hacía cada vez que iba. Sin pararse se encaminó hacia los ascensores. John, el guardia de seguridad más antiguo del edificio, la saludó con una sonrisa que Olivia le devolvió, pero, a diferencia de lo que sucedía habitualmente, no trató de iniciar una conversación. Era como si Eva, la chica del mostrador de recepción, e incluso él mismo, hubiesen detectado que no estaba de humor para charlas cordiales, lo que podía tacharse de extraordinario. Olivia normalmente era la clase de persona que recordaba detalles como que era el primer día de guardería de tu hijo pequeño, que el mayor tenía un examen y que el mediano había tenido la varicela la semana anterior.

Perdida en su mundo, se metió en el ascensor privado en cuanto las puertas se abrieron frente a ella y dejó que John pasara la tarjeta que le permitiría subir hasta el último piso, en el que estaban los jefes de departamento y el despacho del director. No era que no tuviera su propia tarjeta, como la escritora estrella de la editorial disfrutaba de privilegios, era más bien que, en su estado de enfurruñamiento introspectivo, ni siquiera había pensado en ello.

La editorial con la que Olivia publicaba era una de las más grandes del país y contaba con diversos sellos dedicados a distintos géneros. El que correspondía a la novela romántica era el más rentable, por lo que contaban con una gran parte del edificio para sus oficinas.

Las puertas del ascensor se cerraron frente a ella y Olivia dio gracias a Dios, por ser la única ocupante. Se salvó de tener que mantener ninguna charla trivial con nadie ni fingir que todo iba

de maravilla. Su mundo se estaba desmoronando y no estaba de humor para fingir felicidad.

Una vez que las puertas se abrieron se dirigió al despacho del director cabeceando mientras iba devolviendo saludos. Tan solo se detuvo unos segundos para saludar a la embarazadísima secretaria del director. No tenía previsto más que cruzar un par de palabras con ella, pero Julia siempre era tan amable y encantadora y estaba tan embarazada que de algún modo terminó mitigando su malhumor.

—Buenos días, Julia. ¿Cómo lo llevas? ¿Y por qué el tirano de tu jefe te tiene todavía trabajando?

La mujer sonrió, se veía preciosa con un vestido premamá y la felicidad brillando en sus ojos.

—Hoy es mi último día y estoy aquí casi sin hacer nada —explicó, mientras se tocaba su barriga de casi ocho meses—. Estoy dando las últimas indicaciones a May, que va a ser mi sustituta mientras estoy de baja.

Olivia se percató entonces de la presencia de la chica.

—Esta es May —la presentó—. May, ella es la señorita Olivia Haynes, nuestra autora más importante —la aduló con una sonrisa.

Olivia extendió la mano para saludar a May mientras la evaluaba con discreción. Parecía joven, mucho más joven que Julia que estaría a mitad de sus treinta. Y, por supuesto, más joven que ella misma, que ya tenía treinta años.

Era morena, con el cabello corto y bajita, y parecía muy tímida. Casi asustadiza. No estaba segura de que fuera buena idea que se convirtiera en la sustituta de Julia. Su jefe iba a espantarla como un demonio.

No era que Ford fuera un ogro, simplemente era un hombre meticuloso a quien le gustaban las cosas rápidas y bien hechas, cuando habían entrado a trabajar como editores les habían inculcado el valor de la eficiencia y la rapidez y ahora que dirigía el sello seguía actuando del mismo modo y esperando que todo el mundo hiciera lo mismo.

—Es un honor conocerla. Me encantan sus libros.

—Gracias, May. —Se giró para mirar de frente a Julia—. ¿Está dentro?

La mujer asintió.

—No ha salido desde que llegó a la oficina. Lo que indica que no está de buen humor. Ya sabes lo mucho que le gusta pasearse por las mesas de los editores en busca del próximo éxito.

—Lo sé. Nuestro primer jefe hacía lo mismo, supongo que ha adoptado la costumbre —dijo riendo—, a pesar de lo que pueda parecer es un optimista.

Su sonrisa fue auténtica. Ni siquiera recordó el motivo que la había sacado de su casa para llevarla, a través del atasco de la ciudad, allí.

—¿Necesitas que te lleve algo para beber? —ofreció Julia, amablemente.

—No, gracias. Estoy bien y tú deberías sentarte.

—No hago otra cosa —se quejó Julia—, estoy deseando que salga de una vez —rio.

Olivia le reiteró sus buenos deseos con una sonrisa y, mucho más calmada que al llegar, se dirigió hacia los dominios del jefe.

—¿Vamos a meternos en problemas? —preguntó May, visiblemente preocupada cuando volvieron a quedarse solas.

—¿A qué te refieres? —inquirió Julia, confusa.

—La has dejado pasar. —Señaló la puerta del despacho del director que Olivia acababa de cerrar al entrar—. Y dices que está enfadado.

—De acuerdo, primera enseñanza del día. Olvida todo lo que te he explicado hasta ahora

sobre no permitir que nadie entre en el despacho del señor Holt cuando ha dejado dicho, explícitamente, que no quiere ver a nadie.

—Pero...

Julia alzó un dedo para que la dejara terminar.

—La única persona excluida de esa petición es Olivia Haynes, ni su hermana, ni su madre, ni siquiera su padre, entran en el mismo paquete. ¿Entendido?

May asintió medio asustada por si metía la pata cuando se quedara sola.

Trabajar para el señor Holt, aunque fuera durante unos meses sustituyendo a Julia, haría que su currículo tuviera mucho más valor. Después de todo, era el director de uno de los sellos de una de las editoriales más importantes del país.

—¿Tan importante es la señora Haynes?

—Lo es, especialmente para él. No lo olvides y todo te irá bien —zanjó Julia, sin explicar si hablaba a nivel laboral o personal.

Olivia llamó suavemente antes de entrar, más como una formalidad que una necesidad de que le dieran paso. De hecho, cuando entró la cabeza castaña de Ford estaba enterrada en los papeles que estaba leyendo y ni siquiera la levantó al escuchar a alguien en su despacho.

Se quedó quieta en la puerta unos segundos, observándole: llevaba el cabello castaño ondulado más largo de lo habitual, pero no podía negar que le sentaba bien. Sus ojos grises estaban cubiertos por unas gafas de pasta negra que solo usaba para leer y sus anchos hombros estaban tensos por lo que fuera que estaba leyendo. Llevaba arremangadas las mangas de la camisa, lo que dejaba al descubierto sus fuertes brazos.

Dado que se pasaba las horas sentado frente a su escritorio, se mantenía en forma yendo al gimnasio, al menos, tres veces por semana.

Habían pasado años desde que el destino lo puso a su lado en clase y desde entonces no se habían separado el uno del otro.

—Buenos días —saludó, acercándose y tomando asiento frente a su escritorio, en uno de los sillones de cortesía.

Ford dejó los documentos sobre la mesa y la miró con intensidad antes de hablar:

—Es imposible que estés aquí a estas horas y que sea por algo bueno —refunfuñó. Lo malo de su relación era que se conocían demasiado bien como para poder engañarse el uno al otro—. Si tienes que traer algo, normalmente me mandas a Madison. Esto no pinta bien.

—Yo también me alegro de verte —indicó en un tono cargado de sarcasmo que, por supuesto, no desvió la atención de su amigo—. Y Madison se ha tomado unas semanas de vacaciones porque su mejor amiga del instituto se casa. Ya sabes cómo es. Será la encargada de organizarlo todo.

Aunque la familia materna de Olivia era originaria de Nueva York, lo cierto era que Madison, la hija de la hermana de su madre, había conocido a un hombre de Boston y se había mudado allí tras casarse. Había vivido con sus padres hasta la universidad, cuando decidió ingresar en Columbia. Sin embargo, tras terminar sus estudios se quedó en Nueva York trabajando con Olivia. Después de todo, no vivía tan lejos de su familia lo que les permitía verse asiduamente, y la gran manzana ofrecía oportunidades que en Boston no estaban disponibles.

—Deja de dar rodeos y suéltalo, Liv. No son ni las nueve y ya me está dando acidez.

La oyó suspirar exageradamente, pero pareció rendirse por fin.

—De acuerdo. Quiero que me quites de encima a Gail.

Ford arqueó una ceja, consciente de lo mucho que le cabreaba el gesto a Olivia, porque ella misma no podía hacerlo.

—Explícame, ¿por qué tengo que intervenir?

—Porque eres el jefe —se quejó.

—Es tu editora, Olivia. Lo ha sido los últimos cinco años y siempre os habéis llevado bien. Vas a tener que darme más información si pretendes que me meta por el medio de las dos.

—No quiere darme más tiempo —confesó, por fin—. Necesito un poco más para terminar la novela. Me he quedado atascada y no puedo seguir.

Él la evaluó en silencio, notando lo nerviosa que estaba. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta, lo que indicaba que no se lo había arreglado. La Olivia que él conocía nunca llevaba el pelo recogido. Siempre iba impolutamente peinada con su melena suelta y sedosa. Se dio cuenta también de que, aunque iba maquillada, los cercos oscuros bajo sus ojos eran visibles si uno se fijaba tanto como él lo estaba haciendo.

—¿Por qué no quiere darte más tiempo? —preguntó—, Gail es una buena editora, dudo mucho que se muestre tan inflexible sin motivos.

Olivia no dijo nada. Apartó la mirada, incómoda. Estaba comenzando a cuestionarse si su arrebato al ir a verle había sido una buena idea o un completo desastre.

—¿Liv? —insistió.

—Dice que ya no puede darme más tiempo —musitó en un tono tan bajo que le costó escucharla.

Ford se pasó las manos por el pelo, despeinándose.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Creía que lo tenía controlado.

—¿Y has tenido que venir a mi oficina para contármelo?, ¿acaso no pudiste decírmelo ayer cuando cenamos juntos?

—No quería que pensaras que me estaba aprovechando de nuestra amistad.

Ford le lanzó una mirada fulminante que hizo que Olivia tuviera ganas de echarse a reír.

—¿Esa es la excusa más tonta que se te ha ocurrido?

—No iba a meterte en esto, pero realmente necesito tu ayuda —confesó, por fin.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho, porque somos amigos.

Ford asintió y se quedó en silencio. Conforme comenzaron a pasar los segundos sin que él dijera nada, el nerviosismo de Olivia se acrecentó.

Si le daban más tiempo para que terminara la novela, eso solo significaría que cuando tuvieran el manuscrito tendrían que trabajar a toda prisa para cumplir los plazos de imprenta, promociones... No obstante, era una de sus autoras más importantes, si no la más importante. Sus novelas habían sido traducidas a once idiomas y, en todos los países en los que se habían publicado, se habían convertido en superventas. De hecho, habían vendido los derechos de dos de sus novelas a una productora de Hollywood y otra más a un famoso canal de *streaming*, que había convertido su primera obra en serie y había arrasado en reproducciones.

—Hablaré con ella a ver qué podemos hacer.

—¿De veras? —Sus ojos brillantes, por la esperanza, le hicieron sonreír en respuesta. ¿De verdad había creído por un segundo que no haría lo que fuera necesario para cumplir con su petición?

—Sí, pero será el último aplazamiento. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. El último. Gracias, Ford.

—Puedes llamarme señor Holt, dado que tienes tanto interés en separar nuestra amistad del trabajo.

Ella rio al verle tan serio.

—No te enfades. No quería crear problemas.

—Porque tú nunca haces eso, ¿cierto?

Trató de poner una expresión arrepentida, pero su estómago decidió que ese era el mejor momento para dejarla en evidencia porque sonó como un tren de carga.

—¿Quieres un café?

—La verdad es que preferiría algo más consistente. Esta mañana no he desayunado — confesó, avergonzada por haber salido de casa a toda prisa en medio de su arrebató.

Ford se levantó de repente.

—En ese caso vamos a desayunar.

—Creía que tenías mucho trabajo pendiente.

—Lo tengo, pero no puedes ir por la vida sin haberte alimentado bien.

Olivia bufó.

—Soy capaz de ir sola a una cafetería.

—Puedes, pero no lo harás porque yo iré contigo.

—Lo que usted quiera, señor Holt. —Se dio por vencida, aunque por dentro estaba encantada de pasar tiempo con él.



Capítulo 2

Olivia era consciente de que, por mucho que mirara la hoja en blanco del documento que tenía abierto en el ordenador, esta no se iba a llenarse sola. No obstante, eso no significaba que no pudiera seguir mirándola a la espera de que le llegara un poco de inspiración.

Su prima y agente literario, Madison Stevens, estaba de vacaciones, por lo que ni siquiera podía contar con ella para desahogarse.

El chat con sus amigas escritoras no era una opción. Olivia las adoraba a todas, pero ninguna de ellas había sufrido un bloqueo como el suyo y se sentía un poco avergonzada por ser la primera que había tenido que dejar de escribir porque su mente se había negado a colaborar.

El problema principal era que, cuando lograba juntar dos frases, no había manera de que escribiera nada que no deseara borrar al segundo de leerlo, y mira que lo había intentado todo. En primer lugar, había recurrido a Harry Styles, de quien se había vuelto fan absoluta por culpa de su amiga y colega Arlene. Y es que Harry siempre era una buena fuente de inspiración, con sus maravillosas canciones y sus preciosos... tatuajes. En vista de que por una vez le había fallado, había probado suerte con Notting Hill y casi se había echado a llorar cuando ni siquiera su película romántica favorita funcionó. Igualmente siguió con su lista de indispensables: Una cuestión de tiempo, *Love actually*, Cartas a Julieta, Shakespeare *in love*, Memorias de África... y lo único que sacó de todas ellas, fueron lágrimas, sonrisas y una necesidad escandalosa de encontrar a su medio cítrico, a esas alturas ya le daba igual que fuera naranja o limón. Ni los vídeos de gatitos haciendo monerías habían logrado que se le ocurriera una escena medio decente.

Lo único que había logrado fue que Jane, su gata, se subiera a su regazo para averiguar de donde salían los maullidos si ella no había abierto la boca.

Su último intento de cazar a las musas la tenía mirando la pantalla en estado de trance y, visto lo visto, todo parecía indicar que tampoco iba a funcionar.

Decidida a hacer algo productivo con su día, se puso ropa de deporte y se marchó al gimnasio. Tampoco era que fuera muy lejos, ya que este estaba situado en la planta baja de su propio edificio, pero igualmente era algo más que estar encerrada en su apartamento.

A pesar de que se había pasado la mañana viendo películas y deprimiéndose, no había sacado ninguna idea que la empujara a escribir, por lo que su única opción era que el ejercicio la animara un poco. Quizás, si había suerte, podía encontrarse con alguien allí que le inspirara una bonita historia de amor.

Sus esperanzas duraron lo que tardó en cruzar las puertas. Era más de mediodía y, además de los dos entrenadores personales que trabajaban allí, solo estaban la esposa del banquero que vivían debajo de ella y dos tipos que parecían más interesados en mirarse al espejo a ellos mismos que en entrenar sus abultados músculos.

Decidida a aprovechar la salida se subió a la cinta de correr, se puso los auriculares e inició una carrera de diez kilómetros. Mientras corría se dejó llevar por la música, tratando de dejar su mente en blanco todo lo que pudiera. Quizás, todo lo que necesitaba era un descanso. Llevaba escribiendo sin parar desde que salió de la Universidad y entró en el sello con el que ahora publicaba como editora. De hecho, fue una suerte que tanto ella como Ford encontraran trabajo en el mismo lugar. Después de pasar un año leyendo y corrigiendo el trabajo de los demás, se lanzó de cabeza y presentó los suyos. Había tenido la suerte de que apostaran por ella y el resto era historia. Olivia había ido publicando y cosechando éxitos mientras Ford iba escalando puestos dentro de la editorial hasta cubrir el de director del sello de romántica cuando el anterior decidió retirarse.

A punto estuvo de caer cuando la cinta se paró de golpe. Tan ensimismada como estaba no se dio cuenta de que había cumplido con el recorrido. Sabedora de que el deporte no iba a funcionar, decidió irse, darse un baño y tratar de desconectar de otro modo. Tenía una idea poco ortodoxa en mente sobre la que tenía que reflexionar largamente.

Tras darse una larga ducha y prepararse un café extra calórico con crema, azúcar y sirope de caramelo, llamó a Riley.

Sabía que esta no tenía clase los miércoles hasta más tarde por lo que, imaginándose que estaría en su despacho corrigiendo trabajos, se decidió a llamarla. Riley había estudiado con Ford y con ella y, sorprendentemente, era la única de sus amigos de la facultad que había terminado dando clase. Riley era profesora en la misma universidad donde los tres estudiaron y Olivia no podía estar más orgullosa de ella.

Con su móvil en la mano se dejó caer en el sofá y marcó el número de su mejor amiga.

Esta respondió al segundo tono y, sin darse opción a cambiar de opinión, Olivia le lanzó la bomba:

—¿Crees que debería contratar a un gigoló?

—¿Necesitas sexo? —preguntó Riley con una voz plana, como si la pregunta no fuera nada del otro mundo.

—En realidad no, solo romanticismo.

—Entonces llama a mi primo Noah. No quiero decir con esto que no puedas tener las dos cosas con él —explicó—, estoy segura de que el sexo también va en el paquete. —Se rio de su propia broma—. Paquete, ¿lo pillas?

—Graciosísimo. Y no voy a llamar a nadie, Riley. Ni siquiera lo conozco. Tómate esto en serio.

—¿Y de quién es la culpa? Llevo queriendo presentártelo desde hace... ni me acuerdo, mira

si hace tiempo. Ni siquiera pude presentártelo en mi boda porque huiste en cuanto traté de hacerlo, cosa que no entiendo porque sois perfectos el uno para el otro, hasta Travis está de acuerdo conmigo. Además, si salís juntos tendrás veterinario gratis para Jane de por vida. ¿Qué más se puede pedir?

Olivia suspiró y la dejó divagar unos minutos más antes de volver a retomar el tema.

—¿Qué hay del gigoló? —insistió.

—No creo que sea muy legal, moral o ético.

—Por el amor de Dios, no voy a comprar sexo, solo compañía, romanticismo... Necesito terminar la novela o me volveré loca y nada de lo que he intentado hasta ahora ha funcionado. Creo que se me ha roto la inspiración.

—No sabía que era algo que se podía romper.

—Me parece mucho más acertado decir que se me ha roto a que la he perdido. Estoy segura de que no he sido yo la que la ha perdido, ha sido ella la que me ha abandonado, y como es menos triste una ruptura que un abandono...

—Lo que tú digas. Volviendo al tema del... acompañante romántico, que suena infinitamente mejor que gigoló, no creo que sea la respuesta que buscas.

—¿Entonces...?

—Si no quieres conocer a Noah, siempre puedo dejarte a Travis para que te lleve a cenar y al cine, eso sí, sin tocar —su amiga sonaba tan seria respecto a prestarle a su marido que Olivia no pudo más que echarse a reír.

—Te lo agradezco, pero no habría romanticismo si saliéramos juntos. No podría evitar pensar en ti a cada segundo y, aunque te quiero, te cargarías toda la escena.

—Me alegra saber que mi marido es intocable para ti —bromeó.

—Como si no lo supieras ya.

Riley rio, pero no dijo nada al respecto.

—Bueno, quien dice gigoló, dice una de esas aplicaciones de citas —propuso Olivia.

—No puedo estar muy segura porque nunca las he usado —comentó Riley muy seria—, pero juraría que romanticismo no es lo que busca la gente que se da de alta en ellas.

—No descartemos tan pronto la opción. Nunca se sabe. Quizás dé con el hombre de mi vida en alguna de ellas.

—¿Quién ha dicho que no estás inspirada?

—No seas malvada. Necesito romance y absorberlo de manera indirecta ya no funciona.

—¿Ni siquiera Harry?

—No, Harry no ha podido ayudarme esta vez —se lamentó.

—Prueba con Noah. Ya te lo he dicho —insistió—. Te mando una fotografía ahora mismo para que veas lo guapo que es.

—No lo hagas, Riley. Tu primo tiene pareja —protestó, muy seria—. Me lo dijo Travis la última vez que trataste de presentármelo.

—Porque no te conoce. Y mi marido es un bocazas.

—No lo es. Me quiere más que tú.

—Es posible —bromeó, muy tranquila.

—¡Oye! —exclamó fingiéndose indignada—, deberías negarlo con vehemencia.

—Por supuesto —continuó impasible—. Pero si no quieres que te presente a Noah y no quieres que te preste a Travis, solo te queda una opción: Ford. Olvídate de gigolos y aplicaciones y recurre a personas de verdad.

—¿Estás loca?

—No lo creo, ¿por qué lo preguntas?

—¿Ford?, ¿en serio?, ¿eso es lo mejor que se te ha ocurrido?

—No, mi mejor opción era Noah, pero la has descartado sin miramientos.

—Eres imposible.

—¡Estupendo! Y ahora encima te alías con Travis y los dos me acusáis de lo mismo.

Olivia no pudo evitarlo y se echó a reír. La maravillosa locura de su amiga era lo que necesitaba para olvidarse de sí misma y relajarse un poco.

—Te quiero, Riley. No cambies nunca.

—No lo haré, y yo también te quiero. —Se quedó en silencio unos segundos antes de lanzar un grito emocionado—. Lo tengo, Liv. Si no quieres a Noah, ni a Travis ni a Ford, ten una cita conmigo.

—Definitivamente estás loca.

—No lo estoy, seré muy detallista contigo. Hasta te abriré las puertas y apartaré las sillas para ti.

Olivia rio por la ocurrencia.

—No te lo tomes a mal, pero no eres mi tipo.

—No mientas —protestó—, soy el tipo de todo el mundo, o ¿acaso no te has enterado de que los coreanos estamos de moda?

—Aun así, prefiero no estropear nuestra amistad —bromeó mucho más relajada de lo que había estado en las últimas semanas.

—Supongo que tiene sentido —concedió, siguiéndole el juego—. En ese caso solo te queda Ford.

—¿Por qué tengo la sensación de que lo estás disfrutando mucho?

—Porque me conoces y lo estoy haciendo.

Olivia suspiró exageradamente.

—No es una buena idea. Me ha costado mucho superarlo.

—¿De veras?

—¿Qué cosa?

—¿Lo has superado?

—Riley Park, eres una amiga horrible, que lo sepas.

—Soy la voz de tu conciencia, Liv, enfádate con ella, no conmigo.

—¿Sabes? A lo mejor es buena idea que me presentes a tu primo.

—¿En serio? —su voz sonó esperanzada.

—No, pero al menos has cambiado de tema.



Capítulo 3

Ford no era de los que se estresaban antes de estar seguros de que había algún motivo para hacerlo, pero, como siempre, todo lo que tenía que ver con Olivia lo sacaba de un plumazo de su impasibilidad habitual. Por todo ello, tras llevar varios días sin saber nada de ella, y preocupado porque no le devolviera las llamadas y se limitara a responder a sus mensajes con monosílabos, decidió que lo mejor que podía hacer, si pretendía ser capaz de trabajar y dejar de hacer llorar a su nueva asistente, era asegurarse de que su amiga estaba bien.

Con ello en mente se plantó en el edificio de Olivia y trató de sonsacarle al portero, quien le saludó por su nombre cuando pasó por delante de su mesa.

—Franklin, ¿sabes si la señorita Haynes en casa? ¿Va todo bien?

Si había alguien que sabría lo que estaba sucediendo era Franklin. Este se encargaba de recoger los paquetes y el correo que le llegaba a Olivia, además de estar prácticamente todo el día en el portal, excepto cuando era el turno de Brian. No obstante, estaba seguro de que si hubiera sucedido algo remarcable lo habrían hablado entre ellos.

—Sí, señor Holt. De hecho, lleva tres días sin salir. Iba a llamarle tal y como me pidió que hiciera si sucedía algo con la señorita Haynes, pero esta mañana recibió la visita de la señorita Park, por lo que tenía previsto esperar a que ella se fuera para avisarle.

—Gracias, Franklin, pero la próxima vez no esperes tanto —respondió, antes de darse la vuelta y dirigirse a los ascensores.

No era para controlarla que le había pedido a Franklin que le avisara si sucedía algo, era más bien su obsesión con protegerla. Olivia no tenía hermanos y, aunque jamás la había visto como a una, sí que se preocupaba de que ella estuviera bien en todo momento. Normalmente tenía a Madison para asegurarse de que estaba bien, pero dado que esta estaba de vacaciones tenía que usar otras fuentes. Además, el que su amiga fuera del tipo dramático hacía que su necesidad de asegurarse de que estaba bien se multiplicara. Y, tras su visita hacía solo unas semanas para pedir

más tiempo para entregar su nueva novela, no podía evitar pensar que estaba sucediendo algo que se le escapaba.

Olivia vivía en el ático, por lo que marcó la clave de acceso y esperó, nervioso a que este llegara a su destino.

Llevaba exactamente tres días sin ponerse en contacto con él. El problema era que había estado tan liado con el trabajo que ni siquiera se había dado cuenta de ello. A pesar de que hablaban cada día, no había notado que ella había dejado de responder a sus mensajes y llamadas. Hasta que Gail se había plantado en su despacho despotricando acerca de que Olivia la estaba ignorando deliberadamente y entonces fue cuando se dio cuenta de que le estaba haciendo lo mismo a él.

Molesto por lo mucho que tardaba el ascensor, comenzó a impacientarse. Que Riley estuviera allí a esas horas no auguraba nada bueno. Su amiga debía de haberse ido del trabajo para visitar a Olivia, lo que era, cuanto menos, preocupante.

Cuando el ascensor se detuvo, dio paso a un pequeño vestíbulo con puertas dobles que conducían al ático. El rellano tenía el mismo aspecto de diseño que el vestíbulo principal del primer piso, pero ahí terminaba. El ático era todo femenina modernidad.

Nada más entrar escuchó voces en el comedor y lo que parecía un llanto suave. Preocupado, se plantó en el salón en dos zancadas para encontrarse con Olivia tumbada en el sofá con la cabeza en el regazo de Riley, que le acariciaba amorosamente el cabello. Si antes había estado inquieto en esos instantes estaba seguro de que las cosas estaban mucho peor de lo que había pensado inicialmente. No solo por la escena que estaba contemplando, sino porque la casa de Olivia estaba inmaculada.

No había nada fuera de lugar. Ni siquiera el bolso y el abrigo de Riley se veían por ningún lado, lo que solo significaba que Olivia estaba realmente estresada. Su amiga era una loca del orden en un día normal, pero cuando estaba de bajón por algo, nerviosa o descentrada, su obsesión por el orden se multiplicaba a límites terroríficos.

Del mismo modo, no necesitaba entrar en su despacho para saber que sería el único lugar de la casa en el que la papelera estaría llena y habría hojas manuscritas y bolígrafos por todo su escritorio.

No tuvo que hacer notar su presencia porque Riley lo vio en cuanto entró. El brillo de alivio que apareció en sus ojos le puso nervioso.

Era evidente que esperaba que él solucionara lo que fuera que estaba sucediendo y, aunque agradecía la confianza, también le asustaba como un demonio.

Sin dejar de mirarlo le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Obediente, hizo lo que se le pidió y cuando estuvo junto a ellas se dio cuenta de que el llanto de Olivia había parado y su respiración se había ralentizado, como si se hubiera quedado dormida.

—Tengo que irme. Tengo clase en una hora —susurró Riley—, ocupa mi sitio.

La primera reacción de Ford fue negarse. ¿Cómo iba a dejar que Olivia apoyara la cabeza sobre su regazo y pretender salir victorioso de ello? No obstante, la preocupación por ella acabó ganando y sin protestas de su parte tomó el lugar de Riley.

—¿Qué le pasa?

—Está preocupada por la novela —fue la corta explicación que Riley le dio—. Puede que necesite un descanso largo.

Ford podía entender que se sintiera frustrada por haber tenido que pedir más tiempo para terminarla, pero eso no justificaba sus lágrimas. Olivia era una de las mujeres más fuertes que

conocía, se crecía ante las dificultades y funcionaba mejor bajo presión.

Él y Riley tuvieron que hacer malabares para no despertarla. Unos minutos después del cambio, su amiga se marchó sin darle más información acerca de lo que había sucedido para que Olivia estuviera así de decaída.

Consciente de que iba a tener que hablar directamente con ella, sacó el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta y lo silenció. Era evidente que necesitaba descansar y que le sonara el móvil en esos instantes solo lograría despertarla. Igualmente, podía tomarse unas horas libres sin tener que estar atendiendo todo lo que había dejado sobre la mesa de su oficina.

Parecía tan frágil tumbada sobre él, sin maquillar y vestida con unas mallas de yoga y una camiseta vieja y, aun así, se la veía bien, con estilo.

Siempre había sido una chica que llamaba la atención y no solo por su belleza, también por su actitud decidida, que se reflejaba también en cómo vestía, se movía o hablaba. La primera vez que se sentaron juntos en clase Ford se quedó impresionado con ella. Era inteligente, amable y una gran amiga.

Si en algún momento se hubiese planteado alguna vez cómo sería su mujer ideal, estaba seguro de que Olivia sería la única que encajaría. No obstante, no era de los que se establecía. Ni siquiera de los que tenían pareja.

Le gustaba cómo era su vida y no se planteaba cambiarla. El amor estaba sobrevalorado y, por muy bonito que fuera en el cine y en los libros, lo cierto era que no todo el mundo era tan afortunado de encontrarlo, por lo que se conformaban con sucedáneos que a la larga terminaban por cansar. Igual que sucedía con el caviar, aquellos que no podían comprarlo se engañaban comiendo cualquier cosa que llevara ese nombre, muy pocos tenían acceso al caviar iraní, por el que de verdad merecía la pena hacer el gasto.

Como si quisiera asegurarse de que su dueña estaba bien, Jane, la gata *ragamuffin* de Olivia, asomó la cabeza por el comedor y al ver que todo estaba en silencio se acercó a rondarle a Ford, quien acarició su precioso pelo blanco y gris cuando esta se lo impuso, paseándose por sus piernas.

—¿Tú también estás preocupada? —susurró, como si el animal fuera a responderle.

Jane se detuvo y le miró con fijeza y como si le hubiese comprendido a la perfección, dio un salto y se acopló en el sofá junto a su dueña. «Seis kilos de gato y se mueve con una agilidad apabullante», pensó Ford, quien no pudo evitar hablarle al animal con complicidad:

—Ya somos dos.

Mientras Olivia dormitaba en su regazo, contestó varios correos, pero todavía le quedó tiempo para mirarla y tratar de adivinar qué la había puesto en ese estado. El bloqueo no podía ser lo único que le preocupaba.

Se sintió culpable. Tendría que haberse dado cuenta antes de que algo iba mal y no dejar que las cosas llegaran a tal punto. Debería haberle alertado el que le pidiera más tiempo para entregar la novela. Olivia era la persona más organizada que conocía, de modo que tendría que haberse percatado de lo extraño que era que no cumpliera con los plazos previstos. A su favor lo único que podía decir era que estaba tan saturado de trabajo y la petición fue tan inesperada e infrecuente que no le dio la importancia que tenía. Le había molestado más el hecho de que no quisiera tratar el tema con él porque eran amigos que la petición en sí.

Estaba comenzando a sentirse entumecido por no poder moverse cuando ella se despertó.

Ford no se movió, a la espera de que se diera cuenta de que no era Riley sobre la que se había

quedado dormida. Olivia tardó unos instantes desde que abrió los ojos hasta que se incorporó y fijó su mirada azul en él. Parecía como si siguiera medio dormida porque ni siquiera se inmutó. Jane por su parte dio un saltó y se marchó, como si dijera «ahí te quedas, ocúpate tú».

—¿Me he quedado dormida? Pero tú... Riley... —preguntó con la voz rasposa de recién levantada.

Él asintió sin hablar.

—¿Estoy soñado?

Negó con la cabeza.

Durante los siguientes cinco segundos ninguno de los dos se movió, evaluándose el uno al otro. Fue Olivia la que reaccionó primero. Se puso de pie de un salto y le miró confundida.

—¿Y Riley? ¿Por qué estás aquí?

—No contestabas a mis llamadas. Estaba preocupado por ti y es evidente que tenía motivos para estarlo.

—No es así. Estoy bien.

—Por supuesto.

—No seas condescendiente ni sarcástico conmigo. Estoy bien.

—Por eso te has quedado dormida después de llorar Dios sabe durante cuánto tiempo.

—Estoy sensible. Estoy...

—No digas bien —advirtió, muy serio.

—Bien —remató ella en un tono desafiante.

—Por supuesto que sí. Ahora siéntate y haz el favor de explicarme qué sucede contigo.

Olivia se quedó dónde estaba antes de resignarse a hacer lo que le pedía.

—Suéltalo, Liv. Y ni siquiera intentes suavizarlo. Quiero la verdad completa.

—Estoy teniendo unos pocos problemas con la novela.

—¿Puedes ser más específica?

Ella le miró con resquemor antes de responderle. Se notaba que le molestaba que la obligara a decir lo que no quería.

—Estoy bloqueada.

Ford hizo un gesto con la mano, restándole importancia a sus palabras.

—Eso no es grave —comentó—, no serás la primera ni la última escritora que se bloquea. Desconecta un par de días y cuando vuelvas lo harás con más ganas que antes.

—¿Crees que soy estúpida? —le espetó de muy mal humor.

—Para nada. Creo que eres susceptible, pero no estúpida.

Ford se dio cuenta de que su respuesta no era la adecuada cuando ella le lanzó una mirada fulminante, que de haber funcionado lo habría derretido en un charco en el suelo.

—¿Por qué crees que te pedí más tiempo? Desconectar no funciona porque las cosas en general no funcionan.

—¿Qué cosas?

—Yo.

En esos instantes Ford tenía la sensación de que se había perdido el punto más importante, el que le daba sentido a toda la historia. Tenía la sospecha de que se había saltado un capítulo.

—¿Qué hay de ti que no funciona? ¡Espera! ¿Estás enferma? —preguntó, alarmado.

—No estoy enferma. Supongo que tengo mala suerte.

—Sabes que no estoy entendiendo nada de lo que dices, ¿verdad?

—No puedo escribir porque no tengo suerte en el amor —dijo, haciendo una pausa tras cada

palabra pronunciada—. Por eso estoy bloqueada. ¿Cómo voy a escribir de amor si no lo encuentro yo misma?

—Como has escrito todas y cada una de tus novelas hasta ahora.

—No puedo —se quejó—, estoy desentrenada. Ni siquiera soy capaz de pensar en una cita que atraiga la atención de lector.

—Olivia, no...

—Ni siquiera recuerdo cómo se siente un buen beso.

—De verdad que...

—Lo dejo, Ford. No creo que pueda seguir escribiendo.

El pánico se mostró en su rostro. Lo que estaba diciendo era una completa locura y lo peor era que no sabía cómo hacer que volviera a la normalidad.

—Quizás debería plantearme dar clases —seguía diciendo ella—, o tomarme un par de años sabáticos y decidir con tranquilidad lo que quiero hacer con mi vida.

—Espera, tú eres escritora. Te encanta tu trabajo.

La vio encogerse de hombros.

—Ahora mismo me estresa porque me siento desfasada. Cómo voy a escribir sobre algo que ya ni siquiera recuerdo cómo es.

—¡Sal con alguien! —dijo, cada vez más preocupado por el cariz que había tomado la conversación.

—No es una mala idea —aceptó, sorprendiéndole.

—Claro que no. Es una idea genial. Sales con alguien y vuelves a inspirarte para terminar tu nueva novela. No es porque sea mía, pero la idea es perfecta.

La Olivia que hacía unos segundos había sonreído radiante volvía a estar con la misma expresión derrotada de al principio.

—No lo es. ¿Con quién voy a salir?

—Por el amor de Dios, Olivia. Eres una de las mujeres más atractivas e interesantes que conozco, podrías salir con quien quisieras.

—¿De veras lo crees?

Ford tuvo la sensación de que se estaba cavando su propio hoyo.

—Por supuesto que sí.

—Bien. —Ella sonrió como el gato que se ha comido al ratón—. Entonces sal conmigo.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Sal conmigo y ayúdame a terminar mi novela. Si lo haces ganamos los dos.

Ford abrió y cerró la boca varias veces antes de ser capaz de decir algo.

—De acuerdo —musitó. Sus propias palabras le sorprendieron, ya que no había planeado aceptar semejante propuesta.

La brillante sonrisa que le ofreció hizo que no se arrepintiera de su aceptación.

—Gracias. Te prometo que te va a encantar salir conmigo.

—No lo he dudado un segundo.



Capítulo 4

Cuando Ford se marchó, Olivia se quedó sentada en el sofá pensando en todo lo que acababa de suceder.

Antes de que su boca hablara sin el permiso de su cerebro había estado planteándose la posibilidad de alimentarse del romance ajeno. Quizás pedirle a Riley algunos detalles de su relación con Travis e incluso llamar a sus padres, quienes estaban felizmente casados y enamorados a pesar del tiempo que llevaban juntos. No obstante, lo que había escapado de sus labios era algo completamente distinto a lo que había estado planeando hacer.

De hecho, el que precisamente Ford mencionara que debía salir con alguien hizo que pensara inmediatamente en el consejo de Riley, lo que provocó que se metiera en un lío del que no estaba segura de cómo salir entera. Había dudado desde el primer momento que fuera buena idea implicar a Ford, de hecho, se había negado rotundamente cuando su mejor amiga lo sugirió y, a pesar del sentido común que había demostrado entonces, ahora se encontraba con que se había dejado llevar por el entusiasmo sin valorar los riesgos y lo peor era que no podía retirar sus palabras sin parecer una persona poco cuerda, veleidosa e infantil.

Y a pesar de lo reacia que había sido a pedirle ayuda, lo cierto era que Ford era todo lo que siempre había querido y a lo hacía mucho tiempo que había renunciado. Su amistad era lo más importante para ella y, tras varios intentos de coqueteo en la universidad, había terminado dándose por vencida y aceptando que lo suyo jamás sería nada más que una inquebrantable amistad. Por todo ello, no había nadie en el mundo mejor que él para devolverle las musas y los sueños románticos de los que se había nutrido durante toda su vida.

Con la firme decisión de no castigarse por haber permitido salir lo que sentía en su corazón, decidió que lo mejor que podía hacer era ser inteligente y aprovechar la situación, aunque para ello tuviera que comenzar por asimilar que las citas, el romance... todo iba a ser una farsa. No podía permitirse soñar con que había algo más que el deseo de Ford de ayudarla y la necesidad

de ella misma de volver a escribir.

Además, siendo completamente objetiva, tenía que reconocer que estaba un poco oxidada en temas de citas, por lo que la ayuda de Ford iba a ser más que bienvenida. Gracias a su guía iba a poder escribir la novela original y romántica que sus lectoras esperaban de ella.

Con el ánimo un poco más alto decidió que había llegado el momento de mimarse. Se preparó un baño con sales, puso su música favorita de fondo, se lavó el cabello y se aplicó una mascarilla, e hizo lo propio con su rostro. No porque fuera a tener una cita después de meses sin salir con nadie y con un tipo sexy que la volvía loca, sino porque tal vez, si se ocupaba de sí misma y se cuidaba, la inspiración regresaría a ella haciéndole la vida más fácil.

Estaba a punto de acostarse cuando recordó que no le había contado a Riley nada de su trato con Ford. Y, aunque sonara descabellado, le asustaba más contárselo a su amiga de lo que le había preocupado pedirle ayuda a él. Quizás, porque no lo había hecho conscientemente o tal vez porque Ford siempre estaba dispuesto a complacerla y Riley no era tan conciliadora como él.

Sabía que Madison se pondría de su parte, hiciera lo que hiciera, Riley era... otra cosa. Se planteó llamar primero a su prima, pero no quería fastidiarle las vacaciones con sus problemas, por lo que le descartó y se lanzó a por el mayor escollo.

Actuando como una cobarde, le envió un mensaje a Travis para que su amigo le dijera si su esposa estaba despierta y de humor para chismes.

No había hecho más que enviarlo y esperaba su respuesta, ya que Travis lo había leído al momento, cuando el teléfono sonó en su mano.

—Hola, Travis, perdón por la hora.

—No soy Travis y no te andes con rodeos. Suelta lo que sea que tengas que decir —exigió su amiga.

—¿Por qué tienes el teléfono de tu marido?

—No te andes con rodeos, guapa. Te conozco y si le has enviado algo a él es porque tienes algo que decirme y te preocupa cómo me lo tome.

—¿Eres vidente?

—No, soy tu amiga desde hace años.

La voz de Travis disculpándose sonó a través de la línea, a lo que le siguió la respuesta de Riley de que no tenía que disculparse por nada, que era ella la que tenía que hacerlo por no haberla llamado a ella, su mejor amiga, en primer lugar.

Después de escuchar el intercambio de la pareja, la preocupación se había tornado en diversión. Era evidente que todo el teatro de Riley estaba hecho con el único fin de que supiera que podía contarle cualquier cosa.

—De acuerdo. Es sobre las citas —comenzó Olivia.

—Sigue en pie mi propuesta de presentarte a mi primo Noah.

Olivia rio. Riley no se había dado por vencida en años, era ridículo pensar que lo iba a hacer en ese momento.

—¿Qué hay de su novia?, ¿también vas a presentármela?

—Acaba de volver al mercado —respondió como si nada—. ¿No te lo ha contado mi maridito?

—Eres una rencorosa y no, no me lo ha dicho. Igualmente, si acaba de salir de una ruptura no es buena idea.

—Es el mejor momento. Está soltero, ¿recuerdas?

—¿Y si arreglan las cosas y vuelve con ella?

—No lo hará. Su novia me caía mal.

—Por supuesto que sí, porque va a hacer lo que tú le digas.

—Solo le he aconsejado al respecto —se defendió—, a diferencia de ti hay gente que tiene en cuenta mi criterio.

—Eres terrible.

—Solo para los que no me caen bien —bromeó—, tú estás a salvo.

—Vaya, gracias.

—De nada.

—Respecto a no tener en cuenta tu criterio... en realidad... —Se calló, sin saber cómo decírselo.

—¿Sí?

—Le he pedido a Ford que salga conmigo.

Inteligentemente Olivia apartó de su oreja el móvil al saber lo que iba a suceder. Por suerte el grito la pilló bien porque si no este habría destrozado sus tímpanos.

—¿Qué te ha dicho?, ha aceptado, ¿verdad?

La rubia bufó.

—No te hagas ilusiones. Le he dicho que me ayude con la novela. Son citas falsas.

—Claro que sí.

—Lo digo en serio. No puedo permitirme tener esperanzas absurdas que solo van a llevarme a la depresión cuando todo esto termine.

—Dios, estás siendo más dramática de lo habitual.

—Estoy siendo realista.

—Como sea, cuéntame todos los detalles. ¿Habéis establecido reglas o vais a fingir una relación con todo lo que ello conlleva?

—Creo que no te sigo —protestó Olivia.

Riley suspiró exageradamente antes de explicarse.

—Besos, abrazos, ir cogidos de la mano, sexo... ya sabes. Lo típico de las relaciones.

—¡No lo sé! No hemos llegado a esa parte.

—Entonces no lo hagáis. Si quieres que vuelvan tus musas tienes que hacerlo todo lo más realista posible. Y eso incluye, besos, tocamientos...

—¡Riley! —la cortó—, sé lo que implica.

—Maravilloso, pues. Ahora solo te queda disfrutar de tu trabajo de documentación —rio con picardía—, para que luego digan que escribir es un trabajo estresante.

—Me alegra que te diviertas con mis preocupaciones.

—Suéltate el pelo, amiga y disfruta de lo que viene.

—No creo que deba hacer eso con Ford.

—Estoy de acuerdo, te paso ahora mismo el número de Noah.

—Muy graciosa.

Hablaron unos minutos más y, cuando colgaron, Olivia se planteó si era buena idea molestar a su prima, quien normalmente tenía más sentido común que Riley, y pedirle su opinión, pero lo descartó rápidamente. Madison llevaba años sin tomarse unas vacaciones, por lo que no iba a fastidiarla para que organizara sus problemas con la misma eficacia con que dirigía su agenda. Solo esperaba que cuando supiera lo que había hecho no se molestara por ser la última en enterarse.



Capítulo 5

Ford llevaba desde el día anterior dándole vueltas a su encuentro con Olivia. De todas las cosas extrañas que había capeado a lo largo de su vida, la propuesta de su amiga se llevaba con creces el premio a la más surrealista.

Jamás hubiese esperado que Olivia no solo le pidiera una cita, sino diez. No era que a lo largo de los años no lo hubiese pensado. Lo había hecho. Muchas veces. Quizás demasiadas.

Sin embargo, él no era de los que tenían pareja y Olivia había terminado siendo demasiado importante para él como para tratarla como un amorío más.

Todavía estaba tratando de asimilar lo que había sucedido cuando sonó su teléfono. Ni siquiera se había quitado la chaqueta, al llegar a su despacho, por lo que sacó su móvil, se la quitó colgándola en el perchero y atendió la temida llamada.

—Buenos días, Faith.

—Buenos días, señor formal —se burló su hermana mayor.

—La próxima vez que me llames te saludaré con un «hey, qué tal, sis^[1]».

—No, hace falta ser tan extremo. Déjalo, que me estoy desviando del tema: dentro de unas semanas es el cumpleaños de tu sobrino y Felix quiere que invites a Olivia.

—¿Por qué no la invita él?

—Porque tiene ocho años y espera que su tío sea lo bastante listo como para no traer a ninguna otra chica como cita.

—Felix, ¿verdad?

—Por supuesto. Yo solo soy su representante.

—De acuerdo. Dile a Felix que no se preocupe, que Olivia será mi cita en su cumpleaños.

—¿En serio? ¿Cita, cita?

—Eso es lo que mi querido sobrino quiere, ¿no? Pues yo solo estoy dispuesto a complacerlo.

—A veces me pregunto si mamá te dejó caer al nacer.

—¡Oye!

—Olivia es maravillosa y tú...

—¿Yo también? —aventuró, sonando divertido.

No era un secreto para nadie que su familia adoraba a Olivia, y a Riley también, siendo justos, pero como también apreciaban a Travis y la rubia era la única soltera del grupo, además de la favorita de todos, siempre que podían le lanzaban insinuaciones de que sería más que bienvenida a la familia Holt si algún día se volvía lo bastante listo como para declararse.

Sus padres disfrutaban de uno de esos matrimonios longevos que estaban profundamente enamorados, por lo que no entendían su poco interés en establecerse. Faith también había tenido suerte con su esposo, quien la adoraba a pesar de su carácter entrometido y mandón.

Su hermana suspiró sonoramente de manera que Ford pudo escucharla a través del hilo telefónico.

—Cuando encuentre a un tipo tan estupendo como ella te vas a arrepentir. Que quede constancia de que te lo digo aquí y ahora.

—Ya te he dicho que sí, que la voy a llevar como mi cita. ¿Contenta?

—Dichosa, si fuera de verdad.

—Bueno, nunca se sabe.

—Adiós, Ford. Piensa en lo que te he dicho.

Tras colgar la llamada metió el teléfono en el cajón de su escritorio y se dispuso a hacer algo de trabajo.

Después de su casa, su despacho era uno de sus lugares favoritos. No solo estaba decorado a su gusto en tonos negros y beis, sino que, además, era una especie de santuario cuando las cosas afuera, donde estaba el resto de los trabajadores, se volvían caóticas, que era las más de las veces, ya que por mucho tiempo que tuvieran siempre terminaban trabajando a contrarreloj.

Se levantó de su cómodo sillón y se relajó mirando por los grandes ventanales acristalados que tenía a su espalda. Estar en el último piso era lo que tenía, que las vistas eran espectaculares. Aunque, las vistas de la ciudad de Nueva York ganaban puntos de noche, con todas las luces encendidas en los espectaculares edificios circundantes.

¿Sería tan malo dejar que las citas fueran algo más que un experimento? Se recriminó el pensamiento tan rápidamente como llegó. Por supuesto que era una mala idea. Olivia confiaba en él, por eso le había pedido que saliera con ella. No podía aprovecharse de la situación y abusar de su confianza. Además, no podía dejar de lado el punto más importante de todo: él no tenía relaciones. Al menos no relaciones que duraran más allá de diez citas. Era por eso por lo que habían fijado en diez citas su experimento.

La cantidad justa para conocer a alguien y que la inspiración que, según Olivia, la había abandonado, volviera a su vida y le permitiera terminar con su novela.

Tras quedarse unos minutos mirando a la nada decidió que tenía trabajo que hacer, por lo que volvió a sentarse tras su escritorio y trató de concentrarse.

Ni siquiera había podido leer el primer correo electrónico cuando llamaron a la puerta y May apareció con una bandeja con un café. No dijo nada, preocupado por asustarla. May era su nueva asistente mientras Julia estaba de baja por maternidad y la pobre era tan sensible que cualquier exabrupto suyo, que en Julia solo hubiese supuesto una mirada de censura, convertía a May en un lago de lágrimas.

—Gracias, May.

—De nada, señor Holt.

—Ford.

Se sonrojó, pero asintió con suavidad.

—De nada, Ford.

—Mucho mejor —la alentó él.

May no esperó a que le dijera nada más, se marchó cerrando la puerta tras de ella.

Consciente de que iba a tener que mostrarse más amigable con su secretaria hasta que le conociera y entendiera que su malhumor tenía que ver con el trabajo y no era personal, regresó a los correos y se dispuso a contestar los más urgentes.

Un par de horas después, poco antes de la hora de comer, hizo una pausa para llamar a Olivia.

Decidido a hacer lo que había prometido, sacó su móvil del cajón del escritorio donde lo había escondido para poder concentrarse en el trabajo y, tras desbloquearlo, se quedó mirando la imagen de fondo en la que aparecía con Olivia en sus últimas vacaciones, el verano pasado. Acto seguido buscó en últimas llamadas y pulsó sobre su nombre esperando a que respondiera:

—Buenas tardes —habló ella en voz baja y suave.

—Hola, Liv —le devolvió el saludo, sintiéndose de repente nervioso—. ¿Tienes planes para esta tarde?

—Ya es esta tarde —bromeó ella.

—Me refiero a después del trabajo.

Olivia se quedó en silencio unos segundos, como si estuviera asimilando lo que significaba su pregunta.

—No, ¿por qué?

—¿Qué te parece si comenzamos hoy mismo con las citas?

Habían acordado tenerlas el día anterior y, dado que Olivia tenía poco tiempo para terminar con el bloqueo y volver a escribir, decidió que cuanto antes mejor.

—De acuerdo.

—Muy bien, pues nos vemos a las cinco y media en McSorley's, en la séptima.

—¿Un bar?

El rio, más relajado.

—Mi primera cita siempre es en un bar después del trabajo. Nos tomamos una copa y nos conocemos. No me arriesgo con una cena con una persona que no sé si me va a gustar lo suficiente como para pasarme con ella más de un par de horas.

—Pero...

—¿Querías realismo? Pues nunca ceno con nadie en una primera cita. No obstante, puedo hacerlo con mi amiga Liv cuando deje a mi cita de esta tarde.

Ella rio.

—Eso va a ser un poco raro. Creo que tu cita y tu amiga son la misma persona.

—Raro es todo esto. Lo menos extraño será cenar contigo —dijo muy serio.

Olivia sintió un burbujeó en el estómago.

—De acuerdo, nos vemos a las cinco y media.

—Seré el chico guapo sentado solo en la barra.

—De acuerdo. Anotado —aceptó riendo al tiempo que colgaba.

Ford se relajó y volvió a dejar su teléfono en el cajón de su escritorio. Las cosas no habían ido tan mal como temió que irían y estaba seguro de que Olivia iba a estar encantada de acompañarle al cumpleaños de Felix. Después de todo, su familia la adoraba tanto como ella los quería a ellos.



Capítulo 6

Había pasado un día y Olivia no podía quitarse de la cabeza el comentario de Riley sobre lo reales que iban a ser sus citas. Y es que, aunque no hubiesen hablado de nada específico, Olivia estaba de acuerdo en que, si quería que la experiencia funcionara, iba a tener que atracarse de romance y eso implicaba caricias, besos y mucho flirteo. Lo que complicaba las cosas más de lo que estaba dispuesta a admitir. Después de todo, había sido ella la que le había propuesto a Ford que saliera con ella hasta diez citas.

No era que se opusiera a experimentar el romance con él, ni mucho menos. Antes de que decidiera rendirse, había soñado en multitud de ocasiones con que esas cosas sucedieran entre ellos en la vida real. De hecho, aunque jamás lo admitiría ante nadie, ni siquiera ante Riley y Madison, Ford era la mayoría de los protagonistas de sus novelas. No era que repitiera personaje, era más bien que estos siempre tenían alguna característica que le recordaba a Ford. Aun así, lo había negado tajantemente cuando sus mejores amigas se lo habían señalado. Puede que hubiera decidido pasar página, pero eso no evitaba que pensara que Ford era el novio perfecto para cualquier chica afortunada. Quizás el que él nunca le hubiese presentado a ninguna o el que jamás hubiese etiquetado sus relaciones bajo ese título le daba más morbo al tema: Olivia Haynes, la primera novia... la única.

¿Qué podía hacer? Era una romántica empedernida que se ganaba la vida compartiendo sus sueños de amor y pasión con sus lectores.

Y si a sus fantasías y desvaríos se le añadía lo que Ford había dicho cuando la invitó a salir, que, puesto que sus citas iban a ser lo más cercanas a la realidad posible, no iba a cenar con ella porque nunca lo hacía en una primera cita, que no pensara en lo que sus palabras implicaban era imposible.

¿Involucraba su comentario todo lo que ella imaginaba?, ¿que iban a llevarlo todo como si realmente estuvieran saliendo juntos? Como fuera, no podía evitar que eso la hiciera pensar en

besos...

Trató de no pensar demasiado en ello y se encontró con otro dilema igual de importante: ¿qué ponerse para una cita falsa?, ¿quería que se notase que se había esmerado o debía vestir discreta?

Se suponía que era una cita informal, unas copas después del trabajo, el problema era que Olivia no iba a la oficina cada día, por lo que el estilo ejecutivo estaba descartado. Unos vaqueros y un jersey sexy serían su opción si Ford no fuera a aparecer más arreglado, después de todo, él sí que iba a la oficina. De hecho, era el jefe, por lo que los vaqueros no estaban sobre la mesa.

Un vestido era la opción para una cita que implicara más que unas copas y lo mismo para las faldas. Tras revisar su vestidor optó por unos pantalones de vestir, negros y rectos, una camisa de raso blanca, mocasines, los tacones merecían algo más que unas copas, y un bolso de mano.

La gata dormía despreocupadamente en su cama. Sin ninguna preocupación que la desvelara.

—¿Qué te parece, Jane?, ¿me veo como algo más que una amiga con la que sales por hacerle un favor?

La aludida ni siquiera parpadeó, siguió durmiendo como si la cosa no fuera con ella.

—Gata desagradecida. Si no fuera por mí estarías viviendo con una familia numerosa con niños pequeños que te molestarían y no te dejarían disfrutar de tus siestas —se quejó como si el animal fuera a entenderla.

Una vez que lo tuvo decidido se sintió un poco menos nerviosa. Hasta el punto de que, dado que todavía tenía tiempo, tentó a la suerte y se sentó frente a su ordenador.

Dos horas después no había escrito un solo capítulo, no obstante, había esbozado el esquema general, la línea temporal y una escaleta descriptiva de los siguientes tres capítulos.

No era mucho, y tampoco significaba que hubiera superado su bloqueo, pero no había duda de que era un buen comienzo.

Nerviosa y animada a partes iguales, apagó el ordenador y se metió en el cuarto de baño dispuesta a arreglarse para su primera cita con Ford.

No era de las personas que llegaban tarde, pero el tráfico en Nueva York siempre era un problema, por lo que se vio apareciendo en el bar casi quince minutos después de la hora indicada. Le preocupó que él pensara que lo había hecho por hacerse la interesante, pero en seguida recordó que Ford la conocía a la perfección y descartó la idea.

Tal y como había prometido, su cita estaba sentada en uno de los taburetes de la barra, hablando con una mujer. Su primera reacción fue detenerse a medio camino, incómoda y confusa por la escena. ¿Acaso había olvidado que había quedado con ella?

Sus dudas se dispararon cuando él se dio la vuelta y la vio, ofreciéndole una sonrisa que le secó la garganta. Tampoco era que nunca le sonriera así, como si verla fuera la mejor cosa que le había sucedido en todo el día, pero no podía sentirse impactada cada vez que sucedía. En ese momento la mujer a su lado dejó de tener importancia y Olivia cubrió la distancia que les separaba para plantarse frente a él.

Ford la saludó con un beso en la mejilla mientras ella se disculpaba por haber llegado tarde.

—No te preocupes por eso. —Le quitó importancia—. ¿Qué quieres tomar?

—Cualquier cosa sin alcohol —pidió, desconcertada porque la mujer no se había ido de allí.

Le lanzó una mirada a Ford completamente confundida por la situación, pero él no dijo nada y siguió ignorando a la chica. Dedujo por la actitud de ambos que ella había pretendido ligar con él al verlo sentarse solo, o que ya lo había hecho y que estaba molesta porque lo suyo no hubiese sido más serio. Fuera como fuese, estaba segura de que se iba a convertir en la receptora pasiva

de su odio. Después de todo, no era la primera vez que se veía en esa situación. Su amistad con Ford había sido motivo de disputa con algunas de sus amigas, para ser justos, con todas las que había tenido la mala suerte de conocer.

Regresó al momento presente cuando le escuchó pedir un mojito sin alcohol para ella y otro normal para él.

—Estás preciosa, Liv. Me alegra que hayas aceptado salir conmigo —dijo Ford con una sonrisa.

Inmediatamente comprendió que iba a fingir que no se conocían, pero ella no quería eso. No era lo que necesitaba.

—Creo que sería mejor para mí que actuáramos como nosotros mismos —dijo en un susurro—. Como si de repente comenzáramos a salir. Necesito romance, pero no tengo tiempo para comenzar de cero.

Para su sorpresa Ford se rio de buena gana de sus palabras.

—Me parece genial —aceptó, sin protestas—. Si me lo hubieses dicho antes nos habríamos saltado las copas e ido a cenar directamente.

—No, quiero que sea lo más auténtico posible. —No pretendía decir nada más con el comentario, pero su cerebro se perdió en antiguos pensamientos, encendiendo sus mejillas.

Él no hizo alusión a su apocamiento. Ni ahondó más en su comentario, lo que agradeció.

—Me parece bien.

Le sonrió en respuesta y luego, tratando de cambiar de tema, se acercó más a él y le preguntó:

—Solo por temas de investigación —comenzó—, pero la mujer con la que estabas hablando y que no ha dejado de fulminarme con la mirada desde que he llegado, ¿es pasado o futuro?

—Por investigación ¿verdad? —inquirió con guasa.

Olivia sintió muy seria.

—Ni una cosa ni la otra. No veo a otras mujeres cuando estoy saliendo con alguien.

—¡Oh! De acuerdo.

—No me digas que creías que iba a tener citas contigo y con otras mujeres al mismo tiempo.

—Lo cierto es que no lo había pensado —se excusó—. Estaba demasiado preocupada por pedírtelo como para especular sobre ello.

—No tendrías que haberte preocupado. No hay nada que no hiciera por ti.

—Lo sé.

—Respecto al tema de ver a otras personas, espero que me creas. No saldré con nadie mientras lo esté haciendo contigo.

—¿Y ella? —insistió, ganándose con ello una sonrisa socarrona de Ford.

—No la conozco. Se ha acercado y me ha ofrecido invitarme a una copa, que amablemente he rechazado. Después has aparecido tú. Fin de la historia.

Olivia sonrió, satisfecha con su respuesta. Había estado tan nerviosa por salir con Ford que ni siquiera había valorado todo lo que implicaba. Compartirle con otras mujeres ni siquiera había pasado por su mente, pero una vez que él lo mencionó la idea de que lo hiciera le inspiró completo rechazo.

—He de confesarte algo —dijo, de repente avergonzada.

—Soy todo oídos.

—Se lo he contado a Riley. —Hizo una pausa para tomar aire—. En realidad... fue idea suya. Mi primera opción fue un poco menos ortodoxa.

La intensa mirada de Ford la puso nerviosa, pero era su mejor amigo. No le mentía ni le

ocultaba información. Nunca. Aunque lo que tenía que contarle fuese vergonzoso y no fuera afín a su manera de pensar.

—Tuve la loca idea de contratar un gigoló —dijo, acercándose tanto que sus labios rozaron la concha de su oído.

Ford dio un respingo y Olivia no supo si fue por el contacto o por la información que había compartido con él.

—¿Disculpa?

—Fue solo una idea. Ni siquiera investigué para llevarla a cabo. —Se encogió de hombros—. Digamos que fue un pequeño momento de locura.

Su expresión enfadada la confundió.

—Después pensé en las aplicaciones de citas —dijo, tratando de apaciguarlo—. La primera idea apenas me duró unos minutos —se excusó.

—Me alegra enormemente que, por una vez, Riley tenga más sentido común que tú, aunque para estar seguros la próxima vez que tengas una idea descabellada habla con Madison, tú prima me inspira más confianza.

—Madi está de vacaciones —confesó con un suspiro.

Riley era una loquita encantadora, que Ford hubiese hecho semejante comentario solo era su manera de regañarla sin hacerla sentir mal.

—No quería que te vieras obligado a aceptar. Ni que te sintieras raro por salir conmigo. Sé que nunca pensaste en ello. —Bebió un sorbo de su bebida cuando el camarero las dejó frente a ellos solo para tener algo que hacer. En esos instantes lamentó haberla pedido sin alcohol.

—¿Raro?, ¿te parece que me siento raro ahora mismo?

—Pareces molesto.

—Lo estoy. Que estuvieras dispuesta a recurrir a... eso, en lugar de pedirme ayuda me molesta. Mucho. Sabes que haría cualquier cosa por ti y estás loca si crees que al principio de conocernos no pensé que eras la chica más atractiva e interesante que había conocido.

—¿Debería sentirme mal porque ya no lo pienses?

Ford sonrió, alejando un poco con el gesto la preocupación de Olivia.

—Sigo pensándolo, eso no ha cambiado. Simplemente consolidamos nuestra amistad.

—Lo sé, y por eso no quería que te sintieras incómodo.

Ford se llevó las manos a las sienes despeinándose. Acto seguido le dio un buen sorbo a su mojito.

—¿Dónde quieres cenar? —preguntó, dejando atrás el enfado y tratando de reconducir la cita. No tenía sentido tratar de convencerla de que estaba bien con las citas, de modo que lo mejor que podía hacer era demostrárselo con actos.

—Me apetece comida poco saludable y grasienta.

La sonrisa de Ford regresó al escucharla.

—Tengo que el sitio perfecto.

Tal y como había imaginado Olivia, terminaron cenando en su hamburguesería favorita. No era una de esas enormes cadenas que se podían encontrar en todas las grandes ciudades, era un local más bien pequeño que siempre estaba lleno de gente, y que, en la mayoría de las ocasiones, los comensales se veían obligados a comprar comida para llevar o a compartir mesa. Por suerte, Olivia era la escritora favorita de la dueña, una dama irlandesa de armas tomar que dirigía el restaurante familiar con mano dura. Sus hijos, su marido y sus nueras la ayudaban a llevarlo,

pero ella era el alma del lugar. A su edad ya tendría que haberse jubilado, pero su lema era que se jubilaría cuando se muriera, no cuando todo el mundo lo hacía.

—La señora Kelly se ha lucido hoy con sus patatas —suspiró Olivia mientras se metía una en la boca.

—Totalmente de acuerdo, por cierto, he estado pensando en tu problemilla.

—¿Mi problemilla?

—El bloqueo —explicó—. ¿Has probado a cambiar de aires? He estado pensando en que vengas a la editorial —y añadió con un guiño—: te dejaré sitio en mi despacho y puedes probar a escribir allí.

—¿Y que todo el mundo sepa que tengo un bloqueo? No, gracias.

—No serás la primera ni la última escritora con ese problema.

—Igualmente no quiero airearlo. Si no me diera tanto reparo ya habría pedido ayuda a mis colegas.

—¿Todavía seguís teniendo ese chat?

—Por supuesto —contestó con cierta indignación—, son mis hermanas de letras.

Ford rio, pero no dijo nada. Olivia era amiga íntima de las mejores escritoras de novela romántica del país, precisamente aquellas que su propio sello publicaba.

—En ese caso solo me queda Central Park —dijo retomando la conversación anterior.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos comer al parque. Ir con nuestra manta, hacer un picnic y mientras estamos allí puedes escribir al aire libre, siempre que haga buen tiempo, claro.

—¿Es una idea para una de nuestras citas?

—No, es una propuesta de Ford, tu amigo que se preocupa por ti.

—Suenan bien, pero no es muy viable. Trabajas de lunes a viernes.

—Como todos los días, ¿sabes? O podemos dejarlo para el finde y buscar otra cosa para entre semana —comentó al verla arrugar el ceño.

En parte tenía razón al mostrarse tan escéptica. Solo tenía un par de horas para comer lo que dejaba poco margen para que ella pudiera escribir.

—Creo que es lo mejor.

Ford asintió.

—Deja que lo medite un poco más a ver qué se me ocurre.

Olivia sonrió antes de meterse otra patata en la boca.



Capítulo 7

A pesar de que vivían a solo dos calles el uno del otro, Olivia no había considerado necesario que Ford se tomara la molestia de acompañarla a casa. No era que no lo hiciera habitualmente cuando salían, sino más bien que el hecho de que la acompañara tras una cita implicaba cerrar la velada con beso de despedida que, para su vergüenza absoluta, se había quedado esperando y que nunca llegó.

Tampoco fue que hubiese hecho algún gesto delator, gracias a Dios, no obstante, hasta el último momento pensó que, quizás, la cita iba a culminar con el esperado beso. Nada intenso, tal vez un roce de labios, un pico rápido...

Decepcionada y molesta consigo misma por dejar que su demasiado activa mente le hubiese hecho pensar en ello, se desmaquilló y se puso el pijama.

Tenía que dejar de sentirse decepcionada, ya que la noche había ido de maravilla.

Todo aquello que le había preocupado cuando Riley le aconsejó que le pidiera ayuda desapareció de su mente cinco minutos después de entrar en el bar. Se sentía bien cuando estaba con Ford se sentía, era cómodo, fácil y a pesar de ello emocionante. Que se tratara de una cita, real o no, no había cambiado el hecho de que disfrutaba de pasar tiempo con él. Ford la comprendía, la apoyaba y aunque de forma platónica, siempre la había hecho sentir querida y apreciada.

Estaba a punto de meterse en la cama cuando decidió enviarle un mensaje a Riley para saber si estaba libre para desayunar con ella. No era que esperara respuesta en esos instantes, pero sí que quería que lo viera y le respondiera cuando se despertara.

Para su sorpresa, su amiga le respondió casi al instante, sonrió al pensar en ella esperando los cotilleos sobre su cita. Sin embargo, iba a tener que aguantarse las ganas de cotillear hasta la mañana siguiente porque bajo ningún concepto iba a llamarla a esas horas. Estaba rendida y necesitaba organizar sus pensamientos antes de derramarlos.

Se metió en la cama e iba a protestar cuando su teléfono volvió a sonar con un mensaje, pero al comprobarlo se dio cuenta de que no era de Riley sino de Ford, que le escribía para desearle buenas noches y hacerle saber que se lo había pasado muy bien.

Con una sonrisa de oreja a oreja le respondió, consciente de que después de leer sus palabras le iba a costar mucho más desconectar su mente y quedarse dormida.

Cuando llegó a la pastelería con servicio de café, en la que había quedado con Riley, su amiga ya había pedido bebidas para las dos y una bandeja de donuts, ya que estos se agotaban en cuanto salían de la cocina. Antes siquiera de saludarla se quedó mirándolos, cubiertos de chocolate, con dulce de leche, azúcar y canela...

—Deja de ponerles ojitos a los donuts y cuéntame los detalles picantes —pidió Riley con una sonrisa burlona.

—No hay detalles picantes y lo sabes.

—La esperanza es lo último que se pierde —comentó mientras le ponía delante el vaso de café extragrande que había pedido para ella.

Olivia miró fijamente a su amiga, quien bebía despreocupadamente de su taza. Riley tenía el cabello negro y liso, delgada y con una piel al nivel de cualquier estrella de Hollywood, no obstante, todo su atractivo residía en sus ojos oscuros y el modo intenso en que lo escrutaban todo y lo veían todo. Olivia nunca había sido capaz de soltar una mentira piadosa si su amiga la miraba con fijeza. Por ello, había dejado de probar sus experimentos culinarios y siempre era brutalmente sincera cuando salían de compras juntas.

—Creo que es el momento de perderla —anunció tratando de que no pareciera que se estaba quejando—, se suponía que estábamos en una cita, pero ni siquiera se despidió con un beso.

Riley negó con la cabeza mientras masticaba un bocado de donut.

—No hay beso en la primera cita —dijo después de tragar.

—Sabes que ya no tenemos trece, ¿verdad?

—Es una regla universal —hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—, la edad no interviene en ella.

—Seguro que sí —se burló, poco convencida.

—En cualquier caso, cuéntame más para que pueda darte mi opinión sincera.

Olivia remoloneó disfrutando de su desayuno y desquiciando a su amiga por la espera, pero era molesto hablar mientras veía a Riley comerse los dulces con tanta tranquilidad. Una vez que la caja se quedó vacía, Olivia le contó, casi minuto a minuto, cómo había ido la cita.

Se dio cuenta al escucharse a sí misma de que, si no la hubiesen etiquetado como tal, hubiese sido como una de sus salidas habituales con Ford. El modo en que se habían relacionado no había cambiado ni un poco.

—¿Sientes que has superado tu bloqueo?

Olivia negó con la cabeza.

—Tal vez sea necesario que le pongas un poco de picante a vuestras citas.

—Creo que no quiero saber lo que estás pensando —protestó, muy seria.

—Créeme, quieres saberlo —sentenció Riley—, pero ahora mismo no puedo contártelo porque tengo clase en una hora —anunció poniéndose de pie.

Olivia hizo lo propio, completamente alucinada por la situación.

—¿De veras me vas a dejar aquí con la duda?

—Acompáñame a clase y te lo cuento por el camino —propuso con una sonrisita de

suficiencia.

—¡Increíble! Riley Park eres una manipuladora de mucho cuidado.

—Lo sé, pero tú me quieres igual.

—Más te vale que lo que sea que tienes que decir merezca la pena porque, si no, voy a molestarte mucho contigo.

—Perdona, querida, parece mentira que no me conozcas. Todo lo que digo es interesante —se quejó—. La duda ofende.

Olivia suspiró fingiéndose exasperada y salió de la cafetería con su amiga, curiosa por escuchar el consejo que iba a darle, incluso sabiendo que no iba a estar de acuerdo con él.

Horas más tarde estaba de nuevo en su casa, vestida con una camiseta vieja y un pantalón corto, descalza y con la cara lavada. Había decidido tentar a la suerte y tratar de escribir. Cualquier cosa era mejor que pensar en lo que Riley le había recomendado que hiciera. Lanzarse sobre Ford era una completa locura. Ni siquiera era viable la excusa de que era por el libro y mucho menos iba a emborracharse para hacerlo, como había sugerido Riley y después si las cosas no iban como esperaba echarle la culpa de sus actos al alcohol.

Sentada en el suelo con la espalda apoyada contra el sofá, ocupado por Jane, quien estaba cruzada en él como si fuera la dueña absoluta, y el portátil sobre sus piernas cruzadas, revisó sus notas antes de ponerse a teclear.

Estaba comenzando a asombrarse por lo fácilmente que fluían las palabras cuando su móvil sonó, sacándola de su concentración. Su primer pensamiento fue que se trataba de Riley para tratar de convencerla de que hiciera la locura que le había aconsejado, pero tras recordar que tenía clases durante todo el día, se levantó, enfurruñada para llegar a la mesa en la que lo había dejado.

Se sorprendió al ver que era Faith Holt quien la llamaba:

—Hola, Faith, qué sorpresa —saludó con alegría. La hermana de Ford siempre había sido como una hermana mayor también para ella.

—¿Cómo que qué sorpresa? —su voz sonó irritada—, ¿mi hermano no te ha dicho nada de mi invitación?

—Tal vez se le ha olvidado —tanteó con tacto.

—No lo excuses, Liv. Mi hermano es un desastre por eso te llamo. Para asegurarme de que recordará que en un par de semanas es el cumpleaños de su sobrino.

—Él jamás se olvidaría del cumpleaños de Felix. Lo adora.

—Lo sé, pero no está de más asegurarse. Por otro lado, quería invitarte. Mi hijo me ha pedido expresamente que lo haga.

Olivia rio al recordar al pequeño. Era adorable. Siempre le estaba pidiendo que le contara un cuento y no había otro niño más fan de sus historias que él.

—Me encantará ir. ¿Qué le gustaría que le llevara?

—No seas tonta y no le compres nada. No obstante, quizás puedas acompañar a mi hermano a por el regalo de su sobrino y no sé... sugerirle que le compre una de esas baterías para niños que son casi profesionales. Su padre se niega a que se la compremos, pero si se la regala su tío... no puedo dejar que mi hijo no desarrolle su talento musical por el temor de su padre a las migrañas.

Olivia trató de aguantarse las carcajadas, no queriendo ofender a Faith.

—Veré qué puedo hacer.

La escuchó bufar a través de la línea.

—Las dos sabemos que mi hermano aceptará cualquier cosa que le propongas —dijo muy seria—, si no fuera porque es alérgico a las relaciones estoy segura de que vosotros ya estaríais casados y con dos hijos y medio.

—¿Dos hijos y medio?

—Ya sabes... es la media nacional —bromeó.

—Ford no es alérgico a nada. Es solo que no ha conocido a la mujer adecuada —le defendió.

—Las dos sabemos que lo ha hecho. El problema es que es demasiado ciego para darse cuenta él solo. Quizás necesite un poco de ayuda.

Las palabras de Faith la pillaron tan de sorpresa que no pudo decir nada al respecto. Por suerte la hermana de Ford volvió a controlar la conversación y regresó al tema de la batería, lo que salvó a Olivia de verse descubierta y sin posibilidad de negarlo.



Capítulo 8

Ford no era de esas personas a las que les disgustaba ir de compras. No obstante, tampoco le apasionaba. Sobre todo, después de haber entrado en ocho jugueterías y no haber dado con el regalo perfecto para un niño de ocho años. Al parecer Olivia buscaba una batería de juguete que no pareciera precisamente eso, que era de juguete.

Arrastrando los pies la siguió de un lado a otro. Normalmente, cuando él tenía que comprar algo iba directo a por ello, se lo probaba, lo pagaba y se lo llevaba a casa. Si era un regalo para alguien, ya tenía claro lo que quería antes de salir de casa, de modo que solo tenía que ir a la tienda en cuestión, pedirselo al dependiente y pagar por ello, como mucho solo tenía que tomar la decisión de si lo quería envuelto o en una bolsa.

Cruzó los dedos para que finalmente encontraran lo que estaban buscando, pero antes siquiera de acercarse a uno de los dependientes para preguntarle al respecto, una voz lejanamente familiar dijo sus nombres.

—Ford Holt y Olivia Haynes, qué sorpresa encontraros juntos después de tantos años.

Ambos se dieron la vuelta para toparse con una mujer pelirroja que llevaba un cochecito con un niño igualmente pelirrojo de unos tres años.

—Melissa Scott, ¿qué tal estás? —la saludó Ford sin mucho entusiasmo.

—Perfectamente, gracias por preguntar. —Miró a Olivia con una expresión de falsa alegría—. Olivia Haynes, te has convertido en la autora favorita de mi madre —anunció con un deje de burla. Era evidente que formaba parte del grupo de personas que pensaban que la novela romántica era un género para mujeres mayores y gente poco culta.

—Tu madre y unos cuantos millones más de lectores —espetó Ford, consciente de la intención de Melissa al hacer el comentario.

—Vaya, siempre supe que acabaríais juntos por mucho que te empeñaste en negar que fuerais algo más que amigos —le dijo a Ford, obviando todo lo que pudo la presencia de Olivia.

—Es cierto, Liv es todo lo que siempre he estado buscando a pesar de tenerla a mi lado. —Se encogió de hombros—. Me costó darme cuenta, pero ahora no tengo dudas de que es la única para mí.

La falsa expresión cordial en el rostro de Melissa cayó, dejando ver lo mucho que detestaba la idea de que estuvieran juntos.

—¿Es tuyo? —intervino Olivia, señalando al bebé para despejar un poco de la tensión. Melissa sonrió con falsedad—. ¿Cómo se llama?

A pesar de que la pregunta fue de lo más inocente las mejillas de Melissa se encendieron y apartó la vista de ellos:

—Se llama Rockford —dijo, con abierta incomodidad—. Y vosotros, ¿vais a tener hijos? Porque la edad pasa para todos, Olivia. No querrás ser madre a los cuarenta —dijo en un tono desagradable.

—Todavía está muy lejos de los cuarenta —intervino Ford—, además, tú tienes un hijo y Olivia tiene más de una docena de libros.

Era evidente que no se esperaba esa respuesta porque abrió desmesuradamente los ojos por la sorpresa y volvió a enrojecer, en esta ocasión no de vergüenza, sino de rabia.

Hablaron unos minutos más antes de que Ford asiera la mano de Olivia y se despidieran de ella.

Una vez fuera de la juguetería Olivia lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—¿Qué? —preguntó, confundido por su actitud.

—No puedo creer que salieras con una persona tan horrible —se quejó.

—Nunca salí con ella —protestó—. ¿No te he dicho ya que eres mi primera novia? —trató de camelársela.

—No te va a funcionar —avisó—, estoy tan molesta con lo que ha pasado ahí dentro que vas a tener que compensarme para que me olvide del mal rato que me han hecho pasar.

Inteligentemente Ford no alegó que eso no era culpa suya, porque de algún modo lo era. El resquemor de Melissa hacia Olivia era por él, estaba claro.

—¿Qué tienes en mente?

—Después de que encontremos el regalo para Felix quiero ir al Soho, quiero seguir con las compras. Después de todo, tengo que encontrar ropa nueva para estar guapa para mi novio —movió las pestañas y sonrió coqueta.

Ford no pudo aguantarse y se rio.

—A ti tampoco te va a funcionar —se quejó, siendo poco creíble.

—Ya lo está haciendo. —Y con un guiño se dio la vuelta y echó a andar hacia la siguiente tienda.

Estaba claro que la búsqueda de la batería perfecta no había terminado.

Horas más tarde, mientras se arreglaba para salir a cenar con Ford, Olivia no podía dejar de pensar en lo que este le había dicho a Melissa. No el que la hubiera defendido, no esperaba otra cosa de él, sino las palabras exactas que le había dicho. Por mucho que supiera que no eran ciertas no podía apartarlas de su mente...

Se sobresaltó cuando escuchó el sonido del ascensor. Rápidamente terminó de pintarse los labios y salió al comedor para toparse con su cita de esa noche, quien estaba agachado saludando a Jane.

—Estás guapísima —dijo al tiempo que se ponía de pie.

—Tú también. Vamos a juego —bromeó y era cierto.

Ford se había vestido como si lo de esa noche realmente fuera una cita en la que quería impresionar a su pareja: pantalones vaqueros oscuros, camisa negra, con los primeros botones desabrochados, chaqueta de cuero y botas, mientras que Olivia vestía unos shorts negros con un top del mismo color, sandalias y una blazer de cuero con las solapas estilo esmoquin. Lo remataba un bolso también negro con la cadena dorada.

Esa noche no había pantalones chinos, americanas, ni mocasines, sino el Ford que ella recordaba de la universidad. El Ford que la había cautivado desde ese primer encuentro.

—¿Nos vamos? Tenemos una reserva para las siete.

—Por supuesto.

El restaurante en el que Ford había reservado una mesa fue una completa sorpresa para Olivia. *Medieval Times* era un restaurante temático en Lyndhurst, Nueva Jersey, en el que caballeros medievales luchaban en justas en la arena.

Todo el local era una sorpresa, desde el castillo rodeado de objetos antiguos, armaduras y escudos de armas, hasta la impresionante exhibición de cetrería y equitación, todo ello mientras disfrutaban de un banquete de cuatro platos servido por personal vestido al estilo medieval.

—Esto es increíble. Jamás imaginé que hubiera un lugar así —rio Olivia mientras acompañaba a la camarera que les conducía a sus asientos.

—Necesitabas inspiración y qué mejor que caballerosos héroes —bromeó mientras ocupaban sus lugares.

La camarera les comentó que tenían que escoger a su caballero, tomando uno de los pañuelos de diversos colores que ella les ofreció. Cada uno de ellos iba asociado a un color, que predominaba en su ropa.

Olivia se encogió de hombros.

—Siempre me ha gustado el verde.

Ford sonrió y cogió el pañuelo de ese color.

—Excelente elección —elogió la mujer—. Sir Lancelot es el favorito de todos.

Ford se tragó la carcajada que pugnaba por escapar de sus labios cuando escuchó el nombre del caballero.

—No te rías —le regañó cuando se quedaron solos—, este sitio es genial.

—Lo sé, pero ya podían ser menos tópicos. ¿En serio?, ¿Lancelot?

—Le pega —bromeó Olivia—, míralo, es guapo e interesante. Cualquier mujer dejaría a su esposo por él.

—Por supuesto.

Los dos se olvidaron de las burlas por el nombre poco original cuando los caballeros montaron sus caballos y el espectáculo comenzó. La mayoría de los asistentes eran familias que habían acudido con sus hijos, pero también había gente en pareja, aunque Olivia estaba segura de que muy pocos de ellos estarían disfrutando de su primera cita.

No volvió a pesar en ello mientras gozaba de la comida, la compañía y el espectáculo. Dos horas después este terminó y los atronadores aplausos les hicieron saber a los caballeros lo mucho que los invitados lo habían disfrutado. Al final el ganador había sido el caballero verde, lo que les valió un chupito de la victoria a todos los que habían apostado por él.

Cuando salieron del local, Olivia estaba llena de energía y con mil ideas que quería plasmar en una novela, la pega era que todo eran ideas para un nuevo proyecto. No obstante, que su mente estuviera de nuevo activa era un gran paso por el buen camino.

Tomaron un taxi y decidieron que era demasiado pronto para irse a casa, después de todo al día siguiente era domingo y no tenían que madrugar. Tenía planes para salir con Riley, pero era para por la noche. Travis y Ford iban a ir a ver un partido, lo que les dejaba vía libre para celebrar una noche de chicas. Era una pena que Madison todavía estuviera en Boston.

—¿Te apetece un mojito de verdad? —ofreció Ford.

Sonrió encantada con la oferta.

—Me apetece.

—Al *The Dead Rabbit*, por favor. En el distrito financiero —explicó Ford al taxista.

—Me encanta ese bar. Ese aspecto de taberna del siglo XIX. Creo que nos pega esta noche —rio Olivia—, tenemos un estilo macarra del *Five Points*^[2].

—¿Por qué crees que lo he elegido? Necesitas inspiración y estoy dispuesto a pasearte por los mejores sitios de Nueva York para que la encuentres.

—Eres el mejor.

—Lo sé y me alegra que tú también te hayas dado cuenta —bromeó.

Por suerte encontraron una mesa vacía y pudieron disfrutar de sus bebidas con tranquilidad. La mente de Olivia estaba llena de ideas, se moría por tomar notas, pero su bolso era demasiado pequeño para llevar una libreta. Al final terminó cediendo a la tentación y sacó su móvil, dispuesta a apuntarlo todo para que no se le olvidara.

Ford no dijo nada, solo sonrió y la dejó hacer. Una vez que lo tuvo todo anotado, guardó el teléfono y retomó la conversación, disfrutando de la complicidad que tenía con él y del modo en que se sentía cuando estaban juntos, como si todo fuera perfecto y nada tuviera más importancia que el hecho de que estaba con Ford.

Volvieron a tomar un taxi para volver a casa, pero en lugar de dejar que bajara sola, Ford también se apeó, a pesar de que eso significaba que iba a tener que ir a su casa a pie. No era que viviera muy lejos, pero tampoco era necesario que bajara con ella.

—Estoy en casa. No necesitabas bajar.

—No me importa caminar —se excusó—, además quiero asegurarme de que entras.

Ella sonrió por su sobreprotección, pero no dijo nada. Estaba a punto de cruzar la puerta cuando se dio la vuelta, acortó el espacio que la separaba de Ford y le dio un rápido beso en los labios.

—Buenas noches. Lo he pasado de maravilla.

Él asintió como si no se hubiera recuperado del shock y Olivia solo puso sonreír internamente mientras se alejaba.

No se dio la vuelta a pesar de que sabía que la estaba mirando. De hecho, actuó como si no pasara nada hasta que estuvo en el refugio de su casa, donde se permitió a sí misma soltar sus nervios.

Se quedó plantada en medio de su comedor con una sonrisa tonta en los labios antes de comenzar a dar saltitos que hicieron que Jane la mirara con cierto desdén, como si estuviera censurando su absurdo comportamiento.

—Lo he hecho, Jane. He besado a Ford —anunció—. Soy una aventurera —rio, encantada consigo misma.

Que se hubiera bebido tres mojitos, además del vino de la cena, había ayudado a que se atreviera, pero fuera como fuese lo había hecho y todo debía agradecérselo o censurárselo, mañana cuando se despertara más lúcida y evaluara la situación lo decidiría, a Riley.

Entonces podría replantearse también por qué terminaba haciendo todo lo que su amiga le aconsejaba que hiciera.

Definitivamente necesitaba que Madison volviera a casa o al paso que iba acabaría cediendo y conociendo al famoso primo de Riley, Noah.



Capítulo 9

Lo primero en lo que pensó Olivia el domingo por la mañana cuando se despertó fue en el beso. En lo increíble que había sido tomar la iniciativa y en lo eufórica que se había sentido cuando su boca rozó los labios de Ford. Unos labios con los que llevaba años soñando.

Lo segundo, fue revisar su teléfono para comprobar si tenía algún mensaje de él. Quizás, se había quedado tan impactado por el gesto que le había enviado un mensaje para desayunar juntos... o simplemente para darle los buenos días, como hacían a veces.

—Deja de fantasear con imposibles —se regañó a sí misma cuando el teléfono no le mostró ni mensajes ni llamadas de Ford.

Lo que sí tenía era un mensaje de Riley pidiéndole detalles sobre su salida y proponiéndole una cita de chicas para esa noche. Al parecer Travis tenía planes con Ford e iban a ir a ver un partido de los Knicks, lo que dejaba a Riley sola en casa y necesitaba entretenerse.

Olivia aceptó, sin dudar, era exactamente lo que necesitaba: salir con su amiga. Al hacerlo evitaría pensar de más en las consecuencias de su beso a Ford.

Se removió en la cama para ponerse cómoda, pero eso irritó a Jane, quien sintió que Olivia estaba invadiendo su espacio. Acarició a la gata, pidiéndole disculpas con el gesto, y aceptó la oferta de Riley, decidida a disfrutar de una noche con su mejor amiga.

Se quedó remoloneando en la cama media hora más, revisando las redes sociales, hasta que decidió que debía hacer algo productivo. Para ello se levantó de la cama, se metió bajo la ducha y, tras vestirse con ropa cómoda, alimentar a Jane y tomarse un café, se metió en su despacho y encendió el ordenador. Prohibiéndose a sí misma abrir Internet, consciente de que, si entraba en las redes sociales de nuevo, iba a perder el tiempo en lugar de tratar de escribir. Por lo que abrió una página en blanco y tras escribir el título del capítulo por el que correspondía se dispuso a

escribirlo.

Después de pasarse una hora completa mirando la pantalla del procesador de textos, se dio cuenta de algo que debía de haber pensado hace mucho tiempo, pero la vergüenza la frenó. No obstante, ya no iba a permitir que esta le impidiera buscar ayuda profesional. Por todo ello, cerró la maldita página en blanco que parecía burlarse de su bloqueo, pinchó en la aplicación de mensajes y abrió el chat grupal bajo el título de: Lo que se escribe en el grupo se queda en el grupo.

Sin darle un segundo pensamiento, escribió:

Olivia: Estoy atascada.

Y esperó a que llegaran los consejos.

Olivia vivía en Nueva York mientras que el resto de las integrantes del chat estaban esparcidas por el país e incluso fuera de él, lo que suponía distintos husos horarios. Sin embargo, el hecho de que fueran escritoras de romántica, que prácticamente vivían pegadas a su ordenador, ayudaba mucho a que siempre estuvieran disponibles.

En cualquier caso, la diferencia horaria más llamativa eran las cinco horas entre Londres y Nueva York, donde vivía Arlene Jones, una de las escritoras de romántica histórica más importantes, y, hacia el oeste, California, a tres horas más.

Victoria Davis, un referente en novela erótica, vivía en Detroit, y por lo tanto compartían la misma franja horaria que Olivia. Lydia Anderson, suspense romántico, vivía en California, a tres horas de la franja horario de Olivia, mientras que, para Alexis Brown, novela histórica, en Chicago, eran solo dos horas menos.

Sorprendentemente, fue Arlene la primera en responder:

Arlene: ¿Qué sucede?

Olivia: Creo que he perdido la inspiración. No puedo escribir. Llevo semanas sin hacer nada productivo.

Arlene: ¿Estrés?

Olivia: No, creo que es algo más serio.

Lydia: ¿Cómo de serio?

Como era habitual las recién llegadas fueron uniéndose a la conversación.

Olivia: Tan serio como que me salto las escenas divertidas cuando estoy leyendo y soy incapaz de hilar dos frases con sentido.

Victoria: Creo que he llegado justo a tiempo. Lo mejor de leer romántica son las escenas divertidas.

Alexis: ¿Hace cuanto que no sales con nadie? Mejor aún, ¿que no pasas un momento divertido?

Lydia: Será que tú sales mucho.

Alexis: Esto no tiene nada que ver conmigo, sino con Olivia.

Victoria: Haya paz. No hace falta salir con nadie para escribir una maravillosa escena divertida. Os hablo por experiencia.

Olivia: Bueno, he estado saliendo con Ford, aunque sin momentos divertidos de por medio.

Arlene: Que tú ¿qué?

Alexis: ¿Quééééééé?

Lydia: ¿Y no pensabas contarnos nada?, ¿desde cuándo?, hablamos el miércoles y no dijiste nada.

Victoria: ¿Hasta dónde habéis llegado? Los momentos divertidos son mucho más de lo que crees.

Lydia: ¡Victoria! Los detalles después de que nos ponga al día.

Olivia: Lamento decepcionaros, pero no hay detalles divertidos. Bueno, sí, que le besé, pero no fue nada y a él no pareció afectarle. De hecho, ni siquiera ha dado señales de vida desde entonces, lo que no sé si debería preocuparme.

Victoria: Cambiemos a videollamada. Esto es demasiado serio para escribir.

Lydia: ¿Recuerdas que vivimos de esto? De escribir, ¿no?

Todas estuvieron de acuerdo, por lo que cinco minutos después, tenía cuatro caras familiares mirándola expectantes desde la pantalla de su ordenador.

Durante los siguientes quince minutos su bloqueo quedó aparcado en favor de Ford. Olivia las puso al día de todo lo que había sucedido entre ellos, de que sus citas eran falsas y que solo tenían una finalidad: ayudarla a terminar su novela.

—Puede que inicialmente lo sean, pero no deberías dejar pasar la oportunidad de hacerlas reales —comentó Arlene, muy seria—. Todas sabemos lo que sientes por él. ¿Por qué no aprovechar la tesitura y averiguar qué es lo que siente él por ti?

—Sin que sirva de precedente —bromeó Victoria—, estoy de acuerdo con Arlene.

—Ya sé lo que siente por mí: amistad.

—Eso no lo sabes con certeza. Puede que le suceda como a ti y que le preocupe cargarse vuestra amistad —comentó Lydia.

—Lo que implica que es imposible —sentenció Olivia.

—Lo único que implica es que tienes miedo —protestó Arlene.

—Por supuesto que lo tengo, ¿y si sale mal? —se preocupó Olivia.

—¿Y si sale bien? —intervino Alexis.

Lydia suspiró sonoramente antes de ser la voz del sentido común:

—Puedo entender que el hecho de que seáis amigos te detenga, pero si realmente sois amigos no hay nada que puedas hacer que haga que dejéis de serlo. Tal vez ha llegado el momento de que disfrutes de las escenas divertidas, ya sabes —dijo con un guiño—. No hace falta que llegues a la cuarta base en la primera cita, pero sí que puedes provocarle a que quiera más, a que te muestre qué es lo que realmente siente por ti. Flirtea, tócale descuidadamente, como si no tuviera importancia... cambia la forma en que lo tratas y actúa con él como lo harías con una cita de verdad. Y si no reacciona sabrás que no hay nada que hacer, pero si lo hace, si te sigue el juego, no pierdas el tiempo dejándote arrastrar por el miedo y haz lo que te dicte te corazón.

Las chicas secundaron la idea y tras debatirlo durante unos minutos, consiguieron que Olivia aceptara pensar en ello.

Una vez que Ford desapareció de la escena, el tema del bloqueo volvió a estar sobre la mesa.

—¿Por qué no vienes a Londres unas semanas? Quizás un cambio de aires desactive tu bloqueo —ofreció Arlene, con una sonrisa amable que hacía brillar sus bonitos ojos verdes.

—¿O puedes venir a Detroit que está más cerca? —intervino Victoria.

—Si la cosa es estar cerca veinte a Filadelfia —Lydia era la que vivía a menos de dos horas de Olivia y, aunque quedaban para almorzar un par de veces al mes, lo cierto era que comerse casi dos horas de tren de ida y dos de vuelta la dejaba agotada.

—Chicago no está tan cerca, pero tenemos la mejor pizza del país, por lo que venir es un acierto seguro —sentenció Alexis.

—Que se lo pregunten a los italianos —bromeó Victoria.

—He dicho del país —se defendió Alexis.

—Podría empacar e irme a mi casa de los *Hamptons* si pensara que va a servir de algo, pero no creo que un cambio de aires funcione.

—¿Por qué no organizamos una semana de escritura en tu casa de los *Hamptons*? —propuso Lydia.

—Por mí cuando queráis. Ya sabéis que la tenéis disponible cuando os apetezca evadiros.

—Yo no descarto tomarte la palabra alguna vez —bromeó Arlene.

La conversación siguió su curso, centrándose en qué debía hacer Olivia para superar su bloqueo que fue el tema a tratar hasta que colgaron.

Una vez que terminó la charla, y, aunque no había sacado nada en claro sobre qué hacer para superar la situación, no podía negar que se sentía más ligera. Las cuatro mujeres con las que acababa de pasar el mejor rato del día eran, sin duda, junto con Madison y Riley, sus mejores amigas.

Ellas la comprendían a todos los niveles. A pesar de la distancia y de que solo podían estar todas juntas unas pocas veces al año, se habían convertido en parte de su familia adoptada. Como hija única que era, Olivia nunca había tenido a nadie cercano de su edad en quien apoyarse. Su prima favorita vivía en Boston y, aunque la visitaba durante el verano, el resto del año se tenía que conformar con hablar con ella por teléfono.

Entonces llegó el primer día de secundaria y conoció a Riley Park, con su carácter decidido y su acogedora familia y, desde ese momento, se encontró con una hermana adoptiva que llegaba a su vida con una familia completa, hermano pequeño molesto incluido.

A las chicas las conoció algunos años después, en un foro de romántica al que todas acudían para aprender y hablar con gente que disfrutaba del género tanto como ella. Las cinco cargadas de aspiraciones literarias, llenas de ilusiones y esperanzas, de historias y finales felices que abarrotaban sus cabezas y las hacían soñar despiertas.

El éxito les fue llegando de una en una y, en todo ese tiempo, no hubo envidias, ni celos, solo la alegría de ver que algunos sueños sí que se cumplían. Donde se suponía que tenían que ser rivales, encontraron apoyo y una amistad incondicional.



Capítulo 10

Ford estaba esperando a que apareciera Travis para entrar en el Madison Square Garden, el estadio de su equipo, los New York Knicks, y comprar un par de perritos calientes. Era el ritual de cada noche de partido, comida y bebida del estadio.

El partido de esa noche de los Knicks era demasiado importante para llegar tarde. Estaban a poco más de un mes para que terminara la liga y su equipo necesitaba ganar todos los partidos que quedaban para llegar a los *playoffs*.

Estaba a punto de llamarle cuando vio aparecer una cabeza rubia por entre la multitud. El cabello de Travis era tan rubio que era imposible que no destacara entre la gente. Estuvo seguro de que era él cuando le vio vestido con la camiseta del equipo, que llenaba perfectamente, y unos vaqueros desgastados.

—¿Has estado yendo al gimnasio sin mí? —le saludó cuando lo tuvo frente a frente.

Travis se rio y chocó el puño que le ofrecían.

—Sabes que es todo natural —bromeó, moviendo sus anchos hombros.

Ford no protestó, el tipo era un armario por pura constitución. Si había alguien con quien se le podía comparar era con Thor, el dios nórdico de los cómics era posiblemente primo hermano de Travis. Lo que contrastaba con su mujer, que era delgada y menuda y, aun así, hacían una pareja encantadora.

—Vamos adentro que llegamos tarde —protestó retomando sus pensamientos anteriores.

—No llego tarde —se quejó el recién llegado.

—No lo haces, pero me he pasado diez minutos esperándote —concedió, muy serio.

—Entonces no vengas antes de tiempo.

—No puedo evitarlo. Estoy nervioso —comentó mientras entregaba su entrada al guardia de la puerta—. Tenemos que ganar este partido.

—Hombre de poca fe —se rio Travis.

Una vez en sus asientos, Ford se dispuso a comer para tener las manos libres cuando comenzara el partido. Entre bocado y bocado Travis le preguntó cómo estaban yendo sus citas falsas con Olivia lo que casi hizo que se atragantara.

—Por supuesto que lo sabes —apuntó—, Olivia se lo cuenta todo a Riley y tu esposa te lo ha contado a ti.

—En realidad...

—¿Te lo ha contado Olivia? —la curiosidad le hizo que alzara la voz más de lo necesario.

Sabía que ambos se llevaban bien, pero no esperaba que se lo contara.

—No exactamente. Yo le di la idea a Riley, que fue quien se lo comentó a Liv.

—No te entiendo.

—Sabía que Olivia estaba teniendo problemas con su novela —hizo una pausa—, y sí, antes de que preguntes, te diré que me lo contó ella hace un par de semanas cuando vino a casa a cenar. Dijo que necesitaba romanticismo en su vida porque se le había agotado y estaba bloqueada.

—Lo sé, vino a pedir más tiempo para terminar la novela.

—También fue idea mía —explicó Travis—, le dije que hablara contigo en lugar de estresarse, que tú la entenderías.

—Por supuesto.

Travis sonrió.

—Eso le dije. El caso es que después de eso pensé en qué podía hacer para solucionarlo y como no había manera de conseguir que saliera y que ligara con alguien una noche...

El gruñido de Ford interrumpió su explicación.

—El caso es que le dije a Riley que tú ibas a ser la mejor opción ya que harías cualquier cosa que ella necesitara, hasta saltarte tu regla de no relaciones.

—No tengo una regla de no relaciones. Simplemente no es lo mío.

—Por supuesto.

—En cualquier caso, gracias. Conmigo está segura. Mucho más que apuntarse a una de esas aplicaciones de citas —se inclinó para hablarle al oído, bajando la voz para que nadie le escuchara, como si con todo el jaleo que había en el estadio alguien les iba a dedicar algo de atención— o contratar a un gigoló.

La no reacción de Travis le dio a entender que ya lo sabía.

—Me temía que pudiera recurrir a medidas desesperadas, por eso mencioné tu nombre, aunque estaba seguro de que Riley iba a probar primero con Noah.

—¿Noah?, ¿su primo el veterinario?

—Ese mismo.

—¿Por qué?, ¿no estaba saliendo con alguien la última vez que le vimos?

Travis se encogió de hombros.

—Cualquiera diría que no conoces a mi mujer, ¿cuándo algo la ha detenido si está decidida a ello? —E ceño de Ford se frunció, pero no dijo nada—. De todos modos, ya no es un problema. Desde hace un par de meses está soltero y Riley cree que están predestinados. Lleva toda la vida tratando de juntarlos.

—No creo que hagan buena pareja.

Travis alzó una ceja, pero se guardó sus pensamientos para sí mismo.

—Por supuesto —dijo en un tono cargado de sarcasmo.

—Ya empieza el partido —cortó Ford, al ver que la salida de los jugadores a la pista le servía

para dejar correr el tema.

Noah Choi y Olivia Haynes no hacían buena pareja, por mucho que Riley se empeñara en decir que sí la hacían. Su primo era mayor que ellos por tres años, además era veterinario mientras que Olivia se ganaba la vida escribiendo, moreno el uno, rubia la otra, nada en común. Absolutamente nada.

Podía entender que Riley quisiera emparejarlos. Las madres de ambos eran hermanas y tenían una relación muy estrecha, lo que supondría que Olivia se convirtiera en familia, pero no podía jugar con la felicidad de su amiga solo por un deseo egoísta, zanjó en su mente.

Además, aunque las citas no fueran reales, ambos habían accedido a salir solo entre ellos hasta que terminaran las diez citas estipuladas. Para entonces esperaba que Noah ya hubiese encontrado una mujer que realmente fuera compatible con él. Y después estaba el beso que le había robado el sueño la noche anterior. Ciertamente Olivia quería romance y que habían decidido ser lo más realistas posible con las citas, pero el beso había sido inesperado. Mentiría si no aceptara ante sí mismo que había pensado en besarla en varios momentos durante su cita, pero el que fuera ella la que había dado el paso, la naturalidad con la que lo había hecho, el aroma de su piel cuando se acercó, la suavidad de sus labios... lo había noqueado tan fuerte que había sido incapaz de reaccionar.

—¿Ford? —llamó Travis, quien le miraba con curiosidad.

—¿Qué?

—Llevo llamándote desde hace un minuto —explicó—, ¿dónde estabas?

—Muy gracioso. Estaba pensando en lo que tengo que hacer mañana en la oficina. Nada importante.

—Por supuesto.

—¿Y para qué me estabas llamando?

—¡Oh! Sí, ¿quieres una cerveza?

—Por supuesto. Eso ni se pregunta —bromeó, tratando de encontrar de nuevo el entusiasmo por el partido que estaba a punto de comenzar.

—Genial. Que no diga que nos lo pasamos peor que las chicas.

—¿Eso qué significa?

—Bueno —comenzó Travis, encogiéndose de hombros—, Riley y Olivia iban a salir esta noche.

—¿Solas?

—Estamos aquí ¿no?

Ford no dijo nada, pero de repente el partido ya no le parecía tan importante.



Capítulo 11

Al final, la noche de chicas había terminado en una cena en casa de Riley comiendo comida que la señora Park había enviado a su hija expresamente para la ocasión.

—Te lo juro, a veces pienso que mi madre te quiere más a ti que mí —protestó Riley.

—Porque lo hace —se burló Olivia.

—Puedes quedarte con mi hermano, pero mi madre es mía —bromeó—, aunque ya sabes que se me da bien compartir.

—En ese caso yo también puedo compartir a mi madre —ofreció Olivia.

—Y ahí está —se rio Riley—. Has caído en mi trampa. Eso era lo que quería, que me cedieras a tu madre.

Olivia se rio a carcajadas. Su madre era una lingüista de renombre, y Riley había optado por dedicarse a esa misma rama de la lengua, lo que las había unido, junto con el hecho de que, desde adolescentes, prácticamente habían vivido una en casa de la otra, hasta el punto de que hablaban entre ellas varias veces a la semana, sin necesidad de que Olivia estuviera presente.

—Me parece bien. Mientras no codicies a mi padre puedo ser indulgente —bromeó.

—Adoro a tu padre, pero más allá de que me atiendan cuando me encuentro mal, la medicina no me interesa. Aunque... —hizo una pausa dramática para captar su atención—, estoy segura de que tu padre amaría tener un yerno veterinario.

—¡Oh, Dios mío! Otra vez no.

—¿Por qué no? Noah es perfecto y no porque yo lo diga, sino porque lo es.

—Ayer besé a Ford —anunció desesperada por cambiar de tema.

Los ojos rasgados de Riley se abrieron más de lo que Olivia recordaba haber visto nunca.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? —se quejó, fulminándola con la mirada—. Si no hubiese sacado el tema ni siquiera me lo habrías dicho.

—Te lo estoy contando ahora.

—¿Ahora? Llevas media hora aquí.

—No me has dejado hablar hasta antes.

La indignación se reflejó en los ojos de su amiga mientras Olivia trataba de aguantarse las carcajadas que pugnaban por escapársele.

—Eso no es cierto yo... ¿de veras no te he dejado hablar?

Olivia se encogió de hombros.

—De acuerdo, voy a callarme por completo ahora mismo, pero como te saltes un simple detalle del beso no volveré a hablarte nunca.

—Muy bien —dijo, pero no añadió nada más.

—¡Empieza! —pidió Riley, impaciente.

—¿No ibas a callarte?

—Me callaré si hablas.

—Le di un beso rápido cuando me dejó en casa. Nada que merezca la pena mencionar.

—¿Disculpa?

Olivia bufó, pero amplió su respuesta.

Le contó lo sucedido con pelos y señales, su desilusión a la mañana siguiente y a lo largo del día cuando no había recibido ni un solo mensaje de él, y la larga conversación que había tenido con sus amigas escritoras.

Cuando terminó y pudo volver a hablar, Riley estaba de acuerdo con ellas y secundó cada palabra que había pronunciado Victoria al cien por cien. Y al igual que había hecho con ellas, Olivia prometió pensarlo.

—Y si no te decides, siempre puedo presentarte a Noah —ofreció con un guiño cargado de diversión.

—¿Por qué no molestas a Madison con lo mismo? —se quejó.

—Porque Madison y Noah no funcionarían, porque él es perfecto para ti.

—Por supuesto.

—Por cierto, ¿cuándo vuelve tu prima? —inquirió con curiosidad—, sueles estar más relajada cuando la tienes cerca.

—En un par de días —dijo con entusiasmo—. Estoy deseando que vuelva y que arregle mi problema con el bloqueo.

—Esa es tarea de Ford, querida —comentó Riley con una voz cargada de travesura.

—¡Dios! Todavía no sé porqué te cuento mis cosas.

—Porque soy tu mejor amiga, evidentemente.

La velada transcurrió entre buena comida coreana casera, risas, bromas y películas. Estaban tan a gusto que no se dieron cuenta de la hora hasta que Travis apareció por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, lo que solo podía significar que los Knicks habían ganado el partido.

—Ahora que tu marido ya está en casa voy a irme a la mía, donde solo me espera mi gata —se quejó Olivia.

—Me asombra mi capacidad para vaciar una habitación —bromeó Travis.

—No seas tonto. Es tarde, eso es todo.

—Precisamente por eso deja que te lleve a casa —ofreció Travis.

—También es tarde para ti y mañana tienes que madrugar para ir a trabajar y yo no tengo horario. ¿Recuerdas?

—No me va a matar trasnochar una hora para asegurarme de que llegas bien a tu casa. Además, si no te llevo Ford me despellejará cuando se entere.

—No creo que...

—Liv, deja que mi maridito te lleve a casa de una vez, así cuando regrese puedo encargarme de que se duerma contento y relajado —comentó Riley con una sonrisa traviesa.

—¡Dios mío, Riley! Demasiada información innecesaria.

—Tenía que hacerte callar —dijo medio en broma, aunque los tres sabían que Riley no tenía filtros cuando se encontraba entre personas de confianza.

—Está bien, Trav, gracias por la oferta. Voy a aceptarla.

—Muy buena elección.

Tras darle un beso a su mujer, cogió las llaves del coche y abrió la puerta para que Olivia saliera en primer lugar.

De alguna manera todos habían terminado viviendo cerca el uno del otro, solo que las distancias en Nueva York se ampliaban por culpa del tráfico.

—¿Cómo ha ido el partido?

—De maravilla. Hemos ganado —sonrió, encantado, mientras conducía de camino al apartamento de Olivia—, aunque Ford ha estado del malhumor toda la noche.

—¿De veras?

—Sí. Estaba bien hasta que mencioné que Riley y tú teníais planes para esta noche.

Olivia suspiró aliviada. Al menos no estaba de malhumor por culpa del beso.

—Es demasiado protector. Seguramente estaba preocupado.

Travis se encogió de hombros, ya que tenía su propia teoría.

—Es posible.

Siguieron hablando de casi todo durante el trayecto. Cuando Travis se detuvo frente a su edificio Olivia le dio un beso en la mejilla y le agradeció de nuevo por el viaje.

Saludó al portero al pasar frente a él y se encaminó hacia el ascensor, deseando llegar y relajarse. No obstante, en cuanto entró, le sorprendió que Jane no estuviera allí esperándola. Normalmente, le daba la bienvenida mientras la miraba por encima de la nariz, molesta porque la hubiese dejado sola.

—Jane —llamó entrando en el salón, para toparse con ella tumbada en el sofá y sin alzar la cabeza para mirarla.

—Jane —insistió acercándose, pero el animal no estaba reaccionando a ella.

Era evidente que estaba bien porque la miraba y respiraba, su pecho se movía arriba y abajo sin problemas, aun así, se notaba que le sucedía algo.

Se encaminó a la cocina para ver si había comido y allí se encontró con que había vomitado la comida en varias ocasiones, ya que había tres lugares distintos en los que había vomitado. Asustada, se aseguró de que no hubiera sangre y lo limpió a toda prisa mientras barajaba sus opciones. El veterinario de Jane no atendía emergencias por lo que tenía que buscar otras alternativas, iba a buscar recomendaciones en Internet cuando recordó a Riley.

A toda prisa regresó al salón, sacó el móvil de su bolso y tras desbloquearlo llamó a su amiga en busca de ayuda.

Tomó un par de respiraciones tratando de calmarse para no asustarla y cuando se sintió un poco menos acelerada pulsó sobre su nombre.

Riley contestó al segundo tono.

—¿Ya estás en casa?

No contestó a su pregunta, sino que lanzó la suya.

—¿Sigue en pie lo de darme el número de teléfono de tu primo?

—Liv, ¿qué ocurre? —la preocupación debió de notarse en su voz porque Riley ni siquiera reaccionó a su broma.

—Jane. Ha vomitado y ahora está tumbada y apenas se mueve. Respira y abre los ojos, pero creo que está enferma y su veterinario no tiene servicio de emergencias.

—¿Qué clase de veterinario no tiene servicio de emergencias?

—Uno que tiene casi setenta años, que no se jubila por absoluta vocación, y que ha atendido a Jane desde que nació.

—De acuerdo, vamos a hacer una cosa. Voy a llamar a Travis para que dé la vuelta y os recoja a ti y a Jane y después avisaré a Noah de que vais a la clínica. Quédate tranquila.

—No, no llames a Travis. Puedo coger un taxi.

—No vas a coger un taxi con Jane en un transportín. Prepárate y baja, Travis estará en la puerta esperándote y Noah en su clínica.

—No llevo transportín, va en una mochila. Se asustaría si la metiera en uno.

—¡Olivia!

—Gracias, Riley.

—Nada que agradecer. Eres mi hermana, tonta y Jane es mi sobrina gatuna.



Capítulo 12

Aunque Travis trató de calmarla diciéndole que no era nada grave, que los gatos vomitaban habitualmente, Olivia no podía dejar de preocuparse por Jane. Durante todo el trayecto hasta la clínica estuvo con los ojos pegados en Jane, quien dormitaba plácidamente en su mochila. La parte de delante era una burbuja transparente por la que ella podía verlo todo, al tiempo que su dueña podía observar vigilarla. Por otro lado, no era que la gatita fuera excesivamente vieja, tenía seis años, para en edad gatuna había dejado de ser una jovencita para ser alguien de mediana edad.

Por suerte llegaron bastante rápido a la clínica del primo de Riley. En cuanto Travis estacionó Olivia abrió la puerta y salió para toparse con que el veterinario había salido a recoger a su paciente.

Noah Choi no era para nada lo que Olivia esperaba: era alto, superaba el metro ochenta, de hombros anchos, cabello negro y piel clara. Tenía una cara aniñada, con una piel perfecta, y cuando sonreía sus facciones mutaban en traviesas y sexis. Si había una palabra que pudiera describir su sonrisa, era pícara, y era así sin siquiera intentarlo, ya que la sonrisa que les ofrecía era de bienvenida.

—Hola, soy Noah —le ofreció la mano a Olivia—, ¿puedo? —preguntó, tendiendo la mano hacia la mochila.

Olivia asintió con la cabeza y se la dio.

—Hola, Travis, me alegro de verte —saludó al marido de su prima cuando este se paró junto a su amiga.

—Yo también —correspondió, dándole un par de amistosas palmadas en la espalda.

—Por favor, entrad —pidió al tiempo que abría el camino.

Una vez en la consultorio Olivia lo vio desaparecer en uno de los cuartos de reconocimiento.

Estaba debatiéndose entre seguirle o no, cuando Travis tomó la decisión por ella y asiéndola con cuidado del brazo tiró de ella para que siguieran a Noah, quien ya había sacado a Jane y estaba examinándola.

La habitación en la que se encontraban era acogedora, a pesar de estar llena de utensilios propios de una clínica veterinaria. Predominaba el blanco y el color metálico, como en toda el área que había visto hasta el momento.

Dejó de observar lo que la rodeaba cuando escuchó ronronear a Jane. Contra todo pronóstico su arisca gata, que no toleraba que nadie que no conociera la tocara, estaba ronroneando lo bastante fuerte como para que pudiera escucharla desde donde estaba.

Olivia vio como Noah le habló con afecto, diciéndole lo que iba a hacer, como si creyera que el animal podía entenderle.

Jane ni siquiera se inmutó cuando su nuevo amigo le pinchó, seguramente algo para detener los vómitos.

Una vez que terminó con el tratamiento, la cogió en brazos y se la pasó a Olivia para que pudiera acariciarla y tranquilizarse.

Las dejó unos minutos haciéndole un gesto a Travis quien se alejó con él.

Olivia vio a su amigo asentir repetidamente y cuando regresaron a su lado ambos parecían serios.

—Olivia, Jane va a tener que quedarse unas horas en observación —anunció Noah—. No creo que tenga nada malo, pero quiero asegurarme de que no vomita más. ¿Por qué no te vas a casa y te llamo cuando te la puedas llevar? —ofreció este con tacto.

—¿Puedo quedarme?

—Por supuesto —Noah no dudó ni un segundo—, pero estás incómoda.

—No me importa.

Se dio la vuelta para estar frente a Travis.

—Vete a casa. Me quedaré aquí y después cogeré un taxi para volver.

Travis iba a protestar, pero ella no le dejó hablar.

—Mañana trabajas. Ya has hecho mucho por mí, no es necesario que estemos aquí los dos pasando sueño.

—Será plena madrugada cuando puedas llevarte a Jane, ¿por qué no vienes a casa conmigo y cuando Noah llame te traigo a recogerla?

—Quiero quedarme y tú debes descansar.

—Puedo quedarme dormido en mi escritorio por un rato —bromeó.

—Es posible, pero me preocupa que lo hagas en la obra —insistió.

Travis era arquitecto por lo que repartía su horario laboral entre la oficina y supervisar las obras de los edificios que su empresa construía.

—Si te quedas más tranquilo, yo la llevaré a su apartamento —ofreció Noah, muy serio.

—¿Lo harás? —quiso asegurarse Travis—, ¿aunque proteste? Es demasiado independiente para su bien —bromeó.

Noah rio y miró a Olivia.

—Tienes mi palabra. Aunque proteste, me encargaré de que llegue sana y salva.

—Gracias, tío —aceptó Travis, mucho más tranquilo.

—No te preocupes, lo tengo. Vete a descansar.

Una vez que se quedaron a solas Olivia le dio a Jane y Noah la metió en una de las jaulas habilitadas para que los animales en observación pasaran la noche.

—¿Por qué no te recuestas un rato en mi cama? —ofreció Noah—, yo me quedaré por aquí pendiente de Jane y adelantando papeleo.

—Gracias, pero si no te importa me gustaría estar aquí.

—No me importa, pero espera —antes de que Olivia pudiera decir nada, lo vio salir de la sala de exploración y regresar unos minutos después con un enorme puf, con pinta de ser cómodo.

—Aquí —dijo poniéndolo frente a Jane—, estarás más cómoda que en una silla.

—Gracias.

—De nada. ¿Te importa si te hago unas preguntas para abrir la ficha de Jane?

—No hay problema.

Noah se sentó frente a su ordenador y le hizo preguntas sobre la edad de la gatita, si había tenido enfermedades anteriores, vacunas... El peso lo sabía porque la había pesado durante la exploración, y la raza era evidente dado su aspecto y lo enorme que era, aunque había Ragamuffin mucho más grandes que Jane. Noah también le preguntó por su veterinario habitual, y se sorprendió cuando le dijo quién era:

—¿El doctor Hawkins todavía está en activo? —preguntó, impresionado—, hice las prácticas en su clínica y de eso ya hace mucho tiempo —bromeó.

—No creo que vaya a jubilarse nunca. Realmente adora su trabajo.

—Lo sé. Y sabe más que nadie que conozca sobre animales.

—¿Más que tú?

Noah rio y Olivia volvió a fijarse en cómo la sonrisa cambiaba por completo la expresión de su rostro.

Me lleva cuarenta años de ventaja. Por supuesto que sabe más que yo.

Siguió rellenando la ficha hasta que se dio cuenta de que no le había preguntado por el nombre.

—Se llama Jane.

Olivia negó con la cabeza mientras sus mejillas se sonrojaban.

—En realidad se llama Jane Austen. La llamamos Jane por acortar.

La sonrisa de Noah fue cálida, no se estaba burlando de ella y tampoco parecía sorprendido por el nombre.

—Muy apropiado —comentó con amabilidad.

—Sí, bueno. Es lo que tenemos los frikis.

—Mi gata se llama Bastet, así que no tienes que explicarme nada.

—¿Tienes una gata?

Lo vio asentir.

—Normalmente la traigo al trabajo conmigo, pero hoy cuando me ha llamado Riley he salido tan rápido que no he pensado en traerla.

—Siento haberte fastidiado la noche.

—No me has fastidiado nada. Es mi trabajo, además, por fin he podido conocerte —comentó sonriendo—. No estaba seguro de que alguna vez fuera a suceder —Bromeó.

—Supongo que el destino ha sido más efectivo que Riley —le siguió la ironía.

Olivia se quedó mirando a Jane mientras Noah trabajaba en su ordenador. No obstante, en algún momento mientras ella revisaba su teléfono en busca de mensajes de Ford, que no encontró, lo vio levantarse y salir de la habitación.

Cinco minutos después entró con dos tazas en las manos, tendiéndole una, que por el aroma,

contenía café.

—Gracias, pero no tomo café después de las cuatro de la tarde —y dado que eran las tres de la mañana hacía mucho que había pasado su hora de beber cafeína.

—Es descafeinado.

Con un gesto de agradecimiento tomó el vaso que le ofrecía y le dio un sorbo, completamente asombrada de que supiera tan bien. Era cremoso y dulce, exactamente como a ella le gustaba.

Al ver su expresión de sorpresa, Noah sonrió divertido.

—No te asustes, pero a pesar de que nos acabamos de conocer, lo sé todo sobre ti.

—¿Riley?

Noah asintió sin perder la sonrisa.

—¡Dios mío! Pensaba que solo me acosaba a mí. Lo siento por eso.

—Nada que sentir. Mi prima puede ser un poco... intensa cuando quiere algo.

Olivia se mordió el labio inferior para no hablar más de la cuenta. Ella hubiese usado otro término, pero sí, así era su mejor amiga.

—Lo que lamento es haberte conocido en estas circunstancias.

—Yo en cambio, agradezco haberte conocido en estas precisas circunstancias. No sé qué habría hecho con Jane sin ti.

Noah asintió comprensivo.

—Jane estará bien. Te prometo que no tiene nada grave por lo que tengas que preocuparte. ¿Le has cambiado la dieta recientemente?

—No.

—No tiene síntomas que me hagan pensar que no es algo puntual. Igualmente, seguiremos haciéndole pruebas para estar seguros.

Un par de horas más tarde se encontraba en el coche de Noah con Jane en su mochila de camino a casa. La medicación había hecho efecto y no había vuelto a vomitar. La exploración era correcta, no obstante, Noah quería asegurarse y hacerle un análisis de sangre, por lo que le había dado cita para el martes. Tanto Jane como ella misma estaban agotadas, de modo que había considerado oportuno dejar la visita para dos días después. Jane estaba bien, por lo que no hacía falta sobrecargar a Olivia con más preocupaciones.

Una vez que llegaron, Noah detuvo el coche frente a su edificio y bajó para abrirle la puerta bajara más fácilmente al tiempo que sostenía la mochila de Jane. A pesar de que no estaba ni remotamente bien aparcado, ignoró su vehículo y cargó con la gatita hasta la recepción, donde se despidió de ambas.

Franklin, quien seguramente acababa de entrar en su turno, ni siquiera le llamó la atención por parar frente al edificio, lo que Olivia agradeció.

—Nos vemos el martes —se despidió—, ahora descansa y no te preocupes por ella. Te prometo que estará bien.

—Gracias por todo.

—Ha sido un placer conocerlos a ambas —dijo con una sonrisa sincera.

Olivia lo vio alejarse a toda prisa para retirar su coche infractor de la puerta. Una vez que desapareció en el tráfico de la ciudad, se encaminó hacia el ascensor, desesperada por darse una ducha y meterse en la cama.

Una vez en casa, se aseguró de que Jane seguía bien, y se metió en la cama, para acto seguido, enviarle un mensaje a Riley para que supiera, cuando se despertara, que Jane estaba

bien y que ya habían regresado a casa. No obstante, sus palabras no se quedaron solo en eso, sino que aprovechó para decirle lo encantador que era su primo y lo agradecida que estaba con él por su ayuda de esa noche.

Sabía que estaba creando a un monstruo, que Riley no iba a hacer otra cosa más que tratar de emparejarlos, si ya había sido malo cuando no se conocían, después de su encuentro iba a ser aún peor, no obstante, era lo justo, por lo que envió el mensaje, le quitó la voz a su móvil y cerró los ojos, decidida a dormir y recuperarse del mal rato que había pasado preocupada por Jane.



Capítulo 13

May estaba preocupada hasta el punto de plantearse llamar a Julia, quien estaba a días de dar a luz, ya que su jefe estaba raro, mucho más de lo habitual.

Pasaba de estar exageradamente eufórico a hosco, y May estaba comenzando a cuestionarse si merecía la pena la locura que era su vida laboral solo para mejorar su currículum.

Ford por su parte, se debatía entre estar enfadado con el mundo o consigo mismo. Había sido un completo idiota al no dar señales de vida durante todo el domingo tras el beso de Olivia. Un beso que no podía ser más casto. Y, aun así, se había comportado como un adolescente asustado cuando debería haber actuado como un adulto.

Solo había sido un beso, un simple roce de labios que no tendría que haberle afectado tanto. Pero lo peor era que cuando había tratado de rectificar su estupidez llamando a Olivia, para concertar otra cita, se había encontrado con que ella ya tenía planes y nada menos que con Noah Choi, quien se había convertido en el héroe de la novela después de ocuparse no solo de Jane, que se había puesto repentinamente enferma, sino también estando al pendiente de Olivia.

Su amiga no había sido muy comunicativa cuando le contestó al teléfono esa misma mañana, al parecer la había despertado, después de pasarse media noche en vela en la clínica veterinaria con el maldito Noah Choi.

Llamaron a la puerta y antes de que pudiera dar paso, May abrió y entró con reticencia. No pudo más que sentirse culpable por haberla espantado, su nueva secretaria era demasiado sensible y asustadiza. Estaba acostumbrado a convivir con mujeres fuertes que no hacían caso de sus arranques de malhumor, por lo que, controlarlo le estaba costando. No era que fuera grosero o maleducado, era más bien que cuando trabajaba era parco en palabras, puede que incluso hosco, pero su silencio se debía a que no quería perder la concentración:

—Voy a salir a comer ¿quieres que te traiga algo? —ofreció.

—No es necesario. Gracias, May. Creo que también voy a salir —dijo ondeando una sonrisa

de oreja a oreja como una bandera de la paz.

Ella asintió y salió en silencio, un poco más tranquila.

Había estado tan centrado en sí mismo que ni siquiera se había dado cuenta de la hora que era y todo para no llegar a ninguna conclusión.

Consciente de que iba a tener que hacer algo que no quería, algo que a la larga sería doloroso... cogió su teléfono y buscó el número de la única persona que podía darle respuestas y burlarse de él el resto de sus días por haber tenido que pedirle ayuda. Era una auténtica pena que Madison estuviera todavía en Boston porque tratar con la prima de Olivia era infinitamente más fácil que recurrir a Riley en busca de consejo.

Consciente de que si se lo pensaba mucho no iba a hacerlo, pulsó sobre el nombre de su amiga de la universidad, y esperó a que respondiera.

—Bueno, qué sorpresa, si es el señor Holt —se burló Riley—, normalmente prefieres a Travis y a Madison, ¿a qué debo tu inesperada llamada?

Ford sabía que soportar las bromas de su amiga era el precio a pagar, no obstante, esperaba que llegaran después de que la sometiera al tercer grado que tenía planeado.

—¿Estás libre para comer?

—De acuerdo, estoy empezando a asustarme —siguió con la guasa—, ¿me estás invitando a mí? ¿Estás seguro de que has llamado al número correcto?

—Cualquier diría que no te he invitado nunca —se quejó.

—Lo has hecho, pero nunca hemos quedado a solas. ¿Va todo bien?

—Hay algo que me gustaría hablar contigo —confesó, sabiendo que con ella no iban a funcionar los rodeos—. Y me gustaría que fuera en persona. No me fío de que no grabes esta conversación.

Las carcajadas de Riley aliviaron la tensión en el estómago de Ford.

—Siempre has sido un tipo inteligente. ¿Qué te parece el ramen? —ofreció.

—Me parece perfecto.

—Nos vemos en el restaurante favorito de Olivia en media hora. No tardes —advirtió—, ya sabes que no me gusta esperar.

—Salgo ya.

Colgaron y Ford se puso de pie a toda prisa. Se puso la chaqueta y guardó el teléfono en el bolsillo interno de esta. Salió de su despacho para encontrarse con que May todavía estaba recogiendo sus cosas. Despidiéndose de ella y de todo aquel con el que se encontró por el camino, se dirigió a los ascensores.

Si quería obtener respuestas iba a tener no solo que ser puntual, sino también increíblemente hábil para conseguir que Riley le contara lo que quería saber. Por otro lado, estaba seguro de que ella estaba al tanto del beso y del silencio que le siguió, lo que no auguraba la buena voluntad de su amiga ni su disposición a ser comunicativa.

Buscando alguna ayuda extra, sacó el móvil y le mandó un mensaje rápido a Travis, pidiéndole consejo sobre cómo convencer a su esposa de que le ayudara a arreglar su desacertada reacción con Olivia.

Todavía estaba en el ascensor cuando Travis le mandó seis emoticonos de una cara llorando de la risa.

«Maravilloso», pensó. Ni siquiera contaba con el apoyo de uno de sus mejores amigos.

Por suerte, llegó primero que Riley, gracias a que el taxista que le había llevado conducía como

un loco a través del tráfico del mediodía.

Primera prueba superada. Pidió una mesa para dos y tomó asiento para esperar a que llegara su acompañante. Revisó su teléfono para asegurarse de que Travis no le había dado la información que necesitaba, pero aparte de las caritas sonrientes no tenía ningún mensaje más.

No habían pasado ni tres minutos cuando Riley entró con el teléfono pegado a la oreja y una sonrisa de completa diversión en los labios.

No fue necesario que dijera nada para que Ford supiera con quien estaba hablando. Riley al verle se acercó a la mesa, pero fue interceptada por la camarera que le había acompañado a su mesa y tras las indicaciones de Riley de que estaba con él, la mujer la acompañó y se retiró para regresar unos segundos después con la carta.

—Bueno, cariño. Te dejo que Ford ya está aquí —se despidió sin dejar de mirar a su amigo—. Travis te manda saludos.

—Tu marido es un traidor —se quejó.

—No. Es listo y sabe lo que le conviene. Además, me quiere —apuntó con una sonrisa de felicidad.

El servicio en el restaurante era una maravilla. Ni siquiera habían abierto la carta y ya les estaban sirviendo una bebida de cortesía.

Ford esperaba ganársela un poco antes de lanzarse a preguntar por lo que se dedicaron a revisar el menú para finalmente decidirse ambos por el *Tonkotsu* ramen.

Ford habló de cualquier cosa que se le pasó por la cabeza, mientras Riley le observaba darle vueltas a todo sin decidirse a preguntarle sobre lo que los había llevado hasta allí.

—¿Vas a preguntarme de una vez lo que quieres saber o tanto miedo te doy?

—¿Olivia está enfadada conmigo? —soltó de sopetón.

Riley le había dado pie y no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad ni permitir que se burlara de él.

—¿Por qué lo estaría?

—Tú lo sabes. No finjas que no lo haces.

Riley ni siquiera trató de aparentar que no estaba al tanto de lo que había sucedido el sábado cuando se despidieron.

—No esperaba que desaparecieras de la faz de la tierra por algo tan inocente como un beso, pero no. No está enfada. Está preocupada por Jane.

—¿Por Jane?

Riley asintió y le puso al día de lo que había sucedido el domingo cuando él decidió ignorar a Olivia y ni siquiera le mandó un triste mensaje para preguntarle si había podido escribir algo. Ford ya sabía de la enfermedad de Jane por Olivia, solo que no estaba al tanto de todos los detalles de lo sucedido. Ni de lo asustada que había estado por la gatita.

—¿Y cómo está ahora?

—Bien, bajo los cuidados del mejor veterinario del estado —sentenció orgullosa.

—Así que finalmente lo has conseguido y ya se conocen.

La sonrisa traviesa de Riley molestó a Ford, y aunque trató de ocultarlo no estaba muy seguro de que hubiera funcionado.

—Sí, no me hubiese gustado que fuera en esas circunstancias, pero funcionó igualmente.

Se tragó la pregunta que estaba seguro de que Riley estaba esperando y en cambio ofreció una sonrisa plana.

—¿Cuándo vuelve Madison?

—Según tengo entendido esta semana o mañana. No estoy segura —suspiró apesadumbrada—. Ojalá que Madi pueda animar a Olivia un poco porque esto del bloqueo le está afectando mucho.

Ford estuvo de acuerdo con que el regreso de Madison la animaría.

Siguieron hablando mientras comían, pero dejando apartado el tema de Olivia. Cuando se separaron, Ford no estaba del todo seguro si le molestaba que no estuviera enfada por haber huido tras el beso, o en cambio se sentía aliviado porque si no estaba molesta significaba que no le había dado importancia.

Decidido a hacer algo para redimirse, sacó su teléfono y buscó la tienda de mascotas más cercana.

Olivia se sorprendió cuando llamaron al timbre de su casa. Normalmente la gente que iba a visitarla conocía el código de entrada, y si no eran tan íntimos como para saberlo eran anunciados por Franklin, o quien fuera que estuviera de guardia en la portería, antes siquiera de que subieran al apartamento. Sin embargo, en esa ocasión su visitante había llamado.

Curiosa por saber quién era y el motivo por el que Franklin no le había dicho nada, usó la mirilla, pero solo vio una gran caja frente a ella. Un poco preocupada por quién pudiera ser, entreabrió la puerta unos centímetros.

—¿Quién es?

—Liv, déjame pasar. Esto pesa mucho —se quejó Ford, cuya voz sonó al otro lado de la gran caja.

Inmediatamente se apartó y abrió la puerta de par en par.

—¿Por qué has llamado?

—No me quedaban manos libres para abrir —se quejó—, y con lo que me ha costado subirlo no estaba seguro de que pudiera volver a cogerlo bien si lo soltaba para abrir.

—De acuerdo —aceptó—, pero ¿qué es?

—¿Esto?

Olivia sintió.

—No te preocupes. No es para ti.

Como si hubiese sabido que el regalo era para ella, Jane apareció con la cabeza y la cola erguidas para darle la bienvenida a Ford, quien en cuanto la vio dejó la caja en el suelo y se agachó para cogerla.

—Hola, preciosa —la saludó mientras la acariciaba—, me han dicho que estás malita.

Jane restregó su cabeza por la cara de Ford mientras ronroneaba. Este se rio al verla coquetear con él.

—Parece que está bien —le dijo a Olivia.

—Sí, no ha vuelto a vomitar, pero como te he dicho, Noah quiere hacerle unos análisis para asegurarse de que no es nada.

Ford asintió y volvió a centrar su atención en la gata.

—Te he traído un regalo. ¿Quieres verlo?

El regalo en cuestión era un rascador monstruoso con infinidad de sitios donde esconderse o subirse a ver el paisaje. A Ford le costó sus buenos veinte minutos montarlo. Jane, por su parte estaba encantada con el regalo, metiéndose en todos los escondites e impidiéndole a Ford montarlo con rapidez.

—Le encanta —rio Olivia.

—Esa era la idea. Ahora tengo que irme antes de que May crea que me he perdido —bromeó —, mi nueva asistente es capaz de llamar a la policía por si me ha pasado algo.

—No seas malo. Es joven.

—Lo sé y demasiado sensible para ser asistente.

Se encaminó hacia la puerta con Olivia tras él. Tenía la mano en el pomo para abrir cuando se dio la vuelta y le plantó un beso en los labios. En esta ocasión fue ella la que se quedó desconcertada, no obstante, Ford no iba a volver a huir, sino que le ofreció una sonrisa y le dijo que la llamaría al día siguiente para saber qué le había dicho el veterinario y concertar su próxima cita.

—De acuerdo. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Olivia, ya recuperada de la sorpresa de que la besara.

—La tercera cita siempre es especial. Iremos a cenar y después te llevaré a ver un espectáculo de Broadway. Prometo elegir la obra más romántica para que te inspires —bromeó.

—Suená bien. Me arreglaré para estar a la altura.

—Tú siempre estás preciosa —zanjó, dándose la vuelta y marchándose sin ser consciente de que había dejado a Olivia temblorosa y con el corazón acelerado.



Capítulo 14

Dos días después de su conversación con las chicas, el chat volvió a estar activo con temas que no tenían nada que ver con la literatura:

Arlene: Por aquí se requieren actualizaciones.

Victoria: Secundo la petición.

Lydia: No seré yo quien se oponga.

Alexis: Os odio, estaba en medio de un capítulo y estaba inspirada.

Lydia: Ve a escribir luego te contamos o puedes leerlo.

Alexis: ¿Y perderme el chisme en tiempo real? Paso.

Olivia: No hay chisme. Besé a Ford y desapareció.

Arlene: ¡¡¡Capullo!!!

Victoria: Vuelvo a secundar.

Olivia: No me habéis dejado terminar de escribir. Hace un rato ha estado en casa con un regalo para Jane, porque ayer se puso malita, aunque ahora está bien, y me ha besado como despedida.

Alexis: ¿Qué le pasa a Jane?

Victoria: ¿Cómo que te ha besado él? Desarrolla esa parte, aunque me alegro de que Jane esté mejor.

Arlene: Cuéntanos más.

Lydia: Esto requiere de una videollamada.

Alexis: Adiós a terminar mi capítulo.

Olivia sonrió al leer a Alexis, pero aceptó la videollamada de Lydia mientras sus amigas iban uniéndose a ella.

Cuatro caras completamente diferentes la miraron expectantes. Victoria era morena de ojos verdes, el pelo largo recogido en una cola de caballo y sobre la nariz respingona unas gafas de pasta que solo usaba para leer y escribir. Era demasiado coqueta como para permitir que nadie, además de ellas, la vieran con las gafas puestas.

Lydia era un terremoto a pesar de lo menuda que era. Rubia de ojos color miel, delgada y pálida a pesar de vivir en California, con la nariz cubierta de pecas que, por supuesto, odiaba.

Arlene era la más pálida del grupo y Olivia se preguntaba si se debía a que vivía en Londres donde llovía seis de cada siete días. Era la pelirroja del grupo y a pesar de ella no tenía una sola peca en su rostro, podía presumir de poseer un bonito lunar sobre su labio superior, al estilo de las actrices de Hollywood de los años cincuenta. Sus ojos azules eran tan oscuros como el cielo a medianoche.

Alexis, cuyo nombre real era Alejandra era una morena despampanante con unos preciosos ojos negros y la piel tostada por el sol. Su cabello largo, abundante y rizado era lo que más llamaba la atención. Aunque su figura curvilínea no se quedaba atrás atrayendo miradas.

—¡Dispara, Liv! Estamos esperando —soltó Lydia, impaciente por enterarse del chisme.

Olivia no se hizo de rogar y las puso al día de cómo había ido la cena, el sitio al que Ford la había llevado y como habían ido a tomar unas copas después de la cena. Una cosa había llevado a la otra y tras un par de mojitos había perdido todas sus inhibiciones, por lo que se había lanzado a besar a su mejor amigo, que no había reaccionado, ni bien ni mal, no lo había hecho y punto.

—Es comprensible si le pillaste por sorpresa —comentó Arlene—, sois amigos desde la universidad y por mucho que decidierais salir para superar tu bloqueó nunca hablasteis de lo que estaba permitido y lo que no.

—Cierto, pero si te ha besado hoy es porque ha aceptado que los besos forman parte del trato —apuntó Victoria, ganándose el asentimiento de todas—. Te ha dado un pase libre para besos.

—O tal vez estaba tratando de contentarme por haberme ignorado todo el domingo.

—¿Por qué no puedes aceptar la posibilidad de que quizás él también siente algo por ti? —protestó Alexis—, siempre has estado por encima de todas las chicas con las que ha salido. No ha habido una sola vez que no haya cambiado sus planes con la chica del momento para estar contigo. Por no hablar de que nunca le han gustado ninguno de tus novios.

—Lo de mis novios es cierto, pero siempre me ha puesto por encima de sus citas porque nunca ha ido en serio con ninguna de ellas. Tal vez las cosas hubiesen sido diferentes si hubiese tenido una novia.

—¿Y eso no te dice nada?, ¿el que no haya tenido una? —Lydia y Alexis eran las que más convencidas estaban de que Ford sentía algo por ella.

—Y en el hipotético caso de que pudierais tener razón, ¿qué debería hacer?

—Lo que te dijimos la última vez que hablamos del tema, aprovechar la oportunidad de las citas falsas para convertirlas en reales —zanjó Alexis.

—Tiene razón —secundó Arlene—, ahora cuéntanos qué le pasa a Jane. ¿Te asustaste mucho?

Olivia se lanzó a contarles como al regresar a casa después de cenar con Riley se encontró con que la gatita había estado vomitando y apenas era capaz de moverse.

Tras expresar todas, su preocupación por ella y hacer que Olivia fuera a buscarla a su nuevo juguete favorito: el rascador que Ford le había traído, para mostrársela a la cámara y que todas se quedaran tranquilas al verla, se decidió a ponerlas al día sobre otro tipo de novedades:

—He conocido a alguien —dijo con una sonrisita traviesa.

—¡Oh, Dios mío! Ahora seguro que no termino el capítulo —se quejó Alexis—, ¡cuenta!

Al igual que le había sucedido a la propia Olivia que conocía a Noah sin siquiera haberlo visto, sus amigas también estaban al tanto de quién era, ya que Riley había tratado de concertarle una cita con él desde que regresó de Corea, donde había estado estudiando la secundaria y una parte de su carrera universitaria.

—¿Y cómo es? —preguntó Lydia.

—Guapísimo, amable, sexy... —se sonrojó al pensar en él. Puede que se hubiese pasado años enamorada de Ford, pero no estaba ciega y era capaz de admitir cuando un hombre era no solo guapo, sino también encantador.

—A Ford le ha salido competencia —aplaudió Arlene, quien parecía a punto de quedarse dormida sobre el teclado.

Olivia imaginó que se había pasado la noche en vela escribiendo porque si para ella eran las cuatro de la tarde para Arlene debían de ser las once de la mañana.

—No hay competencia teniendo en cuenta que uno es mi amigo y al otro lo acabo de conocer.

—Mujer de poca fe. Eres un gran partido. Serán idiotas si no se dan cuenta —Arlene era la que siempre se ponía de su lado. En realidad todas lo hacían, era más bien que Arlene ni siquiera se planteaba otra posibilidad.

—En realidad... —comenzó Lydia—, yo también he conocido a alguien.

Todas se lanzaron de pleno a interrogar a su amiga, y Olivia agradeció no ser el centro de atención. Las adoraba a todas y gracias a tenerlas había superado muchas cosas: bloqueos menos graves, investigaciones complicadas, firmas de libros decepcionantes, éxitos arrolladores... Ellas habían estado siempre a su lado. En lo bueno, lo malo y lo regular. La distancia nunca había sido un problema entre ellas porque siempre se reservaban quince días de verano para viajar juntas. Sin embargo, a pesar de la confianza plena que tenía con ellas, eso no quitaba que le diera cierta vergüenza hablar de lo que sentía por Ford. Quizás porque lo había apartado de su mente años atrás y se había mantenido firme en mantenerlo fuera de su cabeza. Sin embargo, el bloqueo lo había traído de vuelta y las tontas esperanzas que había aplastado cuando decidió dejar las cosas como estaban, volvían a irrumpir de nuevo en su apacible vida, mareándola. Y el hablar de ello abiertamente con sus amigas solo contribuía a que esas esperanzas crecieran y aumentaran sus posibilidades de salir herida.



Capítulo 15

A diferencia de la noche de domingo cuando estuvo allí, la clínica de Noah ese martes estaba llena. Había incluso una persona en la recepción, que la recibió y le hizo pasar a la sala de espera en la que otras personas aguardaban con sus mascotas a que el veterinario les atendiera.

Por suerte, Jane estaba tranquila, como si no le importara lo más mínimo que hubiera otros animales cerca. Sabiendo que todos los de la sala estaban antes que ella, sacó su teléfono y se dispuso a buscar información sobre las obras que estaban en cartel en esos momentos en Broadway. Tras revisarlas todas supo sin ninguna duda cuál era la que Ford iba a escoger. Sonrió al pensar en lo mucho que le conocía, y trató de entretenerse entrando en las redes sociales. Por pura curiosidad buscó a Noah, encontrándole con facilidad.

La mayoría de las fotos que subía eran de su gato, de sus aficiones o de él mismo. No obstante, encontró unas pocas en las que aparecía con una chica rubia bastante mona. Seguramente la novia que Riley había comentado. La última imagen que había subido con ella se remontaba a tres meses antes. Le parecía una actitud muy madura o quizás se debiera a que su relación había terminado en buenos términos, la cuestión era que no había borrado las fotografías cuando se separaron.

Con mucho cuidado siguió cotilleando su perfil, con tiento para no darle al corazón de me gusta a nada sin darse cuenta. Estaba a punto de salir de él cuando decidió que por qué no seguirle. De modo que lo hizo sintiéndose osada.

Sabía que Riley terminaría por darse cuenta y se entusiasmaría de un modo exagerado, pero Noah le caía bien, no iba a ir de puntillas con él solo porque su mejor amiga era más fantasiosa que ella misma que se ganaba la vida escribiendo romances.

Una asistente salió para llamar a los siguientes y poco a poco la sala de espera fue quedándose vacía. El hambre fue instalándose poco a poco en el estómago de Olivia, que acabó lamentándose cada vez que llamaban a alguien y no era a ella.

En algún momento mientras esperaba, le llegó una notificación avisándole de que Noah también la estaba siguiendo. Sin darse cuenta de que lo hacía, esbozó una sonrisa de oreja a oreja, encantada con el gesto.

Era casi mediodía cuando por fin les tocó a Jane y a ella y siguieron a la asistente de Noah hasta la sala de reconocimiento.

—Hola —saludó al ver a Noah.

—Hola, Olivia. ¿Cómo está Jane? Deduzco que no ha vuelto a vomitar ya que no me has llamado.

—No, todo ha ido bien —comentó, dejando la mochila sobre la camilla para sacar a la gatita.

Noah se acercó y sin querer se rozaron sus manos cuando tomó la iniciativa de sacar él mismo al animal.

Como si hubiese estado esperando para verle, Jane maulló lastimera.

Tanto la asistente como el propio Noah se derrieron por el gesto.

—Yo también me alegro de verte, preciosa.

Durante los siguientes quince minutos, Olivia observó cómo le sacaron sangre y le hicieron una ecografía para asegurarse de que estaba todo bien. Jane, se comportó en todo momento como una señorita formal, y permitió que su nuevo veterinario la manejara como quisiera.

Noah le informó de que la llamaría cuando tuviera el resultado de los análisis y de que la ecografía no había mostrado nada anormal.

La acompañó él mismo fuera de la sala. Con cierto pudor, Olivia sacó el tema de sus honorarios:

—¿Le pago a la recepcionista?

—No le pagas a nadie.

—¿Perdón?

Noah sonrió.

—Eres la mejor amiga de mi prima, la hija adoptiva favorita de mi tía. Aquí no pagas.

—Pero...

—No —insistió sin dejar de sonreír.

—No es justo que hayas atendido a Jane dos veces y no quieras que te pague. Deja que cubra por lo menos los costes del tratamiento.

Noah negó mostrándose inflexible, pero divertido porque ella insistiera tanto con el tema.

—De acuerdo, en ese caso deja que te invite a comer. Lo cierto es que tengo hambre y odio comer sola —bromeó, preocupada porque también se negara a aceptar que ella pagara.

—No es necesario que lo hagas

—Lo sé. Quiero hacerlo.

—En ese caso, será un honor comer contigo.

Olivia sonrió encantada.

—¿Crees que pueda dejar a Jane con tu asistente mientras salimos? No creo que el restaurante al que quiero llevarte acepte animales.

—No hay problema. Bastet también está aquí, Jane se queda en buena compañía. Lo prometo.

—¿Se llevarán bien?

Noah soltó una carcajada sexy que erizó la piel de Olivia.

—Serán las mejores amigas. No te preocupes.

Noah pareció sorprendido cuando siguió a Olivia una manzana y se encontró con que su destino

era un restaurante mexicano.

—Me encanta la comida mexicana —exclamó, encantado.

—Lo sé. Por eso estamos aquí —rio ella—, he buscado el mejor restaurante mexicano de la zona y este es el mejor según la crítica —bromeó.

—¿Lo sabes?

—¿Te sorprende que sepa que eres un fanático de la comida picante y ves normal saber cómo me tomo el café?

—Tienes razón —dijo alzando las manos mostrando las palmas—. Parece que Riley nos ha entrenado bien y eso que ni siquiera nos conocíamos.

Entre bromas entraron en el local y el camarero los llevó a una mesa junto a la ventana. El aroma a comida logró que a Olivia se le hiciera la boca agua. Estaba hambrienta olía de maravilla y los platos de los demás comensales se veían deliciosos, ¿quién podía culparla?

La carta llegó en seguida y tras revisarla y pedir, en menos de diez minutos ya estaban desfilando los platos frente a ellos.

La música en español de fondo y la colorida decoración animaban el ambiente, por lo que las risas y el rumor de las charlas de los presentes le daban más vida si cabe al espacio.

—Adoro los tacos —comentó Noah—, podría comerlos a todas horas. Para desayunar, comer, cenar...

Olivia se rio de buena gana.

—¿Desayunar?

—Especialmente para desayunar, después de una noche de emergencias.

—Bueno, pues supongo que ya puedes hacerlo. La comida aquí es deliciosa y está a solo una manzana de tu clínica.

—Gracias a ti acabo de descubrir el que se ha convertido en mi restaurante mexicano favorito.

—Estoy segura de que si lo hubieses buscado habrías dado con él sin mi ayuda.

—No protestes y acepta el cumplido —la regañó Noah, fingiéndose serio.

—Por supuesto. En ese caso, me alegro de haberlo encontrado para ti, aunque creo que vas a tener que compartirlo conmigo porque voy a asegurarme de que reparten comida a domicilio.

—Una idea estupenda que ni siquiera había pensado.

Olivia se encogió de hombros.

—Está demasiado lejos de mi apartamento como para venir a comprar el desayuno —bromeó.

—¿Así que desayuno?

—Un amigo me ha recomendado los tacos en lugar del café y las tostadas, y ¿por qué no?

—Di que sí. Hay que probarlo todo al menos una vez.

—¿Es esa tu filosofía de vida? Estoy segura de que Riley no está al tanto de esa parte de tu personalidad.

—Hazme un favor y no se lo cuentes —bromeó al tiempo que le guiñaba un ojo.



Capítulo 16

Después de comer con Noah, pasó a recoger a Jane y se fue a casa para dejarla y volver a salir de nuevo a la caza del outfit perfecto. Para ello, llamó a Madison, que volvía ese mismo día al trabajo, y le pidió que se encontraran en su cafetería favorita en Manhattan para después ir a la caza de un vestido nuevo para su cita.

Si había alguien perfecta para una salida de compras esa era su prima.

Madison tenía un gusto exquisito con la ropa y la suerte de encontrar piezas especiales a precios hiper rebajados. Siempre se quejaba de que su estilo de vestir se debía a que no había ropa bonita de su talla, lo que era una exageración porque apenas llevaba una diez, pero era cierto que el modo en que combinaba las prendas convertía cualquier pieza común en extraordinaria.

Como había esperado, cuando entró en la cafetería se topó con que ella ya estaba allí. Se levantó de la silla para darle un abrazo. Las dos eran de la misma altura, aunque Madison era más voluminosa, por lo que Olivia se perdió en el abrazo. Tenían el cabello del mismo color, el mismo tono que ambas compartían con sus madres, y una semejanza evidente que permitía que la gente notara en seguida que eran parientes. Sin embargo, los ojos eran diferentes, mientras Olivia los tenía azules, los de Madison eran de un precioso color miel, tan claro que parecía dorado. La gente solía decirle que tenía ojos de gato.

—¿Cómo ha ido la boda de Amy? —preguntó Olivia cuando se sentaron en la mesa que había conseguido Madison.

—Genial, todo súper romántico y muy bonito.

—Te he echado de menos —se quejó, cogiendo la mano de su prima que estaba posada sobre la mesa.

—Y yo a ti, pero dime, ¿qué tal todo? Me extrañó que no me llamaras ni una sola vez. Iba a llamarte, pero me preocupaba que pensaras que te estaba controlando.

—Me alegra que no lo hicieras porque si me hubieses llamado me habría derrumbado y habrías vuelto sin pensar en nada más, y te habrías perdido tus merecidas vacaciones.

—Me estás asustando ¿qué ha pasado?

Olivia se lanzó a contarle todo: desde su bloqueó hasta las citas falsas con Ford. Solo se mantuvo en silencio el tiempo suficiente para decirle al camarero el tipo de café que iba a tomar, no obstante, en cuanto este se marchó siguió poniendo al día a su prima, sin olvidarse del incidente de Jane.

Madison estaba completamente alucinada cuando terminó de escuchar el relato de lo que había sucedido en apenas dos semanas.

—¿Por qué no me llamaste? —se quejó—, tendrías que haberme dicho cómo estaban las cosas y habrías vuelto antes —protestó.

—Precisamente por eso no te lo dije.

—Pero se supone que soy tu agente. Si te bloqueas y me necesitas tengo que estar para ti.

—Y lo estás. Te encargas de todo. Tienes derecho a tomarte un descanso de vez en cuando.

—No eres tan absorbente —protestó.

—Igualmente, te merecías unas vacaciones, pero como ya estás de vuelta tenemos que ponernos en marcha —apuntó antes de darle un trago largo a su bebida—, tenemos que encontrar un vestido para esta noche. ¿Has quedado con alguno de tus otros autores?

—Estoy libre y tú no tienes ningún evento programado.

—Es personal. Voy a salir con Ford. Me va a llevar a ver *Moulin Rouge*.

—¡Qué bonita! Es una pena que Satine muera al final.

Olivia se encogió de hombros.

—Ford es un hombre. Ni siquiera ha pensado en el hecho de que la protagonista muera y deje a Christian solo.

—Es director de un sello de novela romántica. Deberías darle más crédito. Es imposible que no lo haya pensado. Tal vez quiere darte romance sin importar nada más.

Olivia rio ante las palabras de su prima.

—Supongo que es posible que tengas razón.

Bebieron su café a toda prisa y en unos minutos ya estaban en la calle dispuestas a dar con el vestido que Olivia necesitaba.

En lugar de proponerle una de las muchas firmas internacionales de renombre, Madison la llevó a la boutique de una amiga diseñadora, sabedora de que allí iban a encontrar lo que Olivia necesitaba.

Durante la siguiente hora, Olivia se probó vestido tras vestido. Tenía varios que le gustaban, pero todavía tenía la esperanza de encontrar aquel que le emocionara de un solo vistazo. Estaba a punto de decidirse por uno de los que había apartado, cuando la diseñadora llegó el vestido que había estado buscando.

Era de coctel, largo hasta un poco por encima de la rodilla, con el escote de pico, con un pequeño fruncido al final del pecho que se extendía hasta la cintura. De manga larga un poco abullonada, con unos puños marcados que se cerraban con cuatro botones forrados con la misma tela del vestido.

Y esa era la parte que llamaba la atención: la tela. Era brillante y sedosa, a rallas finas, doradas, rojas, granates, negras... y lo mejor de todo era que le sentaba como un guante. Sin necesidad de arreglos ni retoques de última hora.

—Estás guapísima y es ideal para un espectáculo de Broadway —sentenció la diseñadora.

Olivia miró a su prima para saber qué pensaba, pero la sonrisa que le ofreció fue más clara que todas las palabras que pudiera usar.

—Pendientes grandes y rojos —aconsejó—, y unas sandalias doradas con un poco de plataforma y el tacón ancho. Irás cómoda y al mismo tiempo preciosa.

—Lo veo —concedió la dueña de la tienda.

—¿Y el bolso? —preguntó Olivia.

—Sé que dicen que ya no se lleva combinar los zapatos y el bolso, pero yo aquí le pondría un *clutch* dorado. No lo veo con otra cosa.

—Y sin chaqueta —intervino la diseñadora—, no hace tanto frío para llevarla. Estamos en primavera y, además, si tienes frío siempre puedes acercarte a tu acompañante —dijo con un guiño—. Tapar el vestido con un abrigo sería un horror. Estás demasiado guapa para ocultarte debajo de capas de ropa.

Olivia sonrió, encantada con los cumplidos y mirándose al espejo dio otra vuelta sobre sí misma para verse desde todos los ángulos.

Le gustaba todo: el vestido, cómo le sentaba y los complementos que Madison mencionaba que debía ponerse.

—¡Me lo llevo! Pero todavía no hemos terminado —soltó de repente sorprendiéndolas—. Ahora tenemos que encontrar un vestido para Madi.

—¿Para mí?, ¿por qué? No voy a ir a ver ningún espectáculo.

—Lo sé, pero es mi regalo de bienvenida. No lo rechaces o me romperás el corazón —pidió fingiendo un puchero.

Madison rio y asintió. Conocía demasiado a su prima como para no saber que cuando se le metía algo en la cabeza lo mejor era seguirle la corriente si se pretendía evitar que estuviera malhumorada durante horas.

Ese rasgo era uno de los que la señalaban como hija única, pensó Madison sonriendo para sí misma.

Madison, en cambio, había tenido que lidiar con sus hermanos gemelos que habían sido un suplicio cuando era una niña. Eran mayores que ella dos años y la vigilaban como halcones. No había forma de que los chicos se le acercaran con dos jugadores de fútbol como protectores. Huir de su cariñosa protección había sido una de las razones por las que se marchó de Boston, lo que no esperaba era lo mucho que los echaba de menos viviendo en Nueva York.

—¿Madi? —la llamó su prima, sacándola de golpe de sus pensamientos.

—Sí, está bien. Lo que quieras, Liv.

—Estupendo —aplaudió con una sonrisa de oreja a oreja.



Capítulo 17

Olivia: Noah es encantador. No puedo creer que me haya resistido durante tanto tiempo a conocerle. Si Riley se entera de esto, me lo estará restregando por la cara hasta el final de mis días.

Victoria: Entonces no se lo digas.

Alexis: ¿Soy yo o a Ford le ha salido competencia?

Arlene: ¿Un amigo encantador? Sospechoso.

Olivia: Noah solo es un amigo.

Lydia: ¿No sales con Ford esta noche?

Olivia: Lo hago y gracias a Madison tengo el vestido perfecto.

Lydia: Sedúcelo y acaba con tus problemas.

Victoria: ¡Bien dicho!

Arlene: Pienso lo mismo.

Alexis: No seré yo quien se oponga.

Olivia: Os confabuláis contra mí. Muy bonito.

Después de cortar la conversación con sus amigas, Olivia se metió en la ducha y se dedicó unos minutos a mimarse. Mascarilla para el cabello y el rostro, cremas... Después se metió en su dormitorio, escogió la ropa interior más bonita que tenía, no porque esperara que nadie la viera, sino porque saber que la llevaba le hacía sentir sexi, y regresó al baño para arreglarse el cabello, que dejó suelto en ondas y maquillarse destacando sus ojos con sombra dorada, del tono de su vestido.

Cuando terminó se miró al espejo satisfecha con lo que veía. Estaba estupenda y sentía bien, después de todo iba a tener una cita con el hombre del que había estado muchos años

secretamente enamorada. El mismo hombre que le había dado un beso de despedida la última vez que se vieron. No había querido darle vueltas al tema para evitar ponerse más nerviosa cuando se encontraran, pero su mente siempre terminaba dándole vueltas, quisiera ella o no.

Cuando ya estaba lista se roció con su perfume favorito y cogió su bolso para ir al salón. Estaba entrando cuando Ford apareció, con una sonrisa y un ramo de flores:

—Estás preciosa —dijo, al tiempo que cruzaba los pasos que los separaban y le tendía las flores.

Un ramo en el que predominaban las hortensias azules. Se sorprendió de que lo supiera, pero tampoco le dio mayor importancia. Seguramente lo había comentado en algún momento de su larga amistad.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —y era cierto que lo estaba.

Vestía un traje de chaqueta de tres piezas en un tono gris pizarra con una camisa blanca y una corbata negra.

—¿Nos vamos?

—¿Puedo ponerlas en agua? No me gustaría que se marchitasen.

—Por supuesto. Tengo un taxi esperando en la puerta.

Olivia se encaminó a la cocina, sacó un jarrón del armario, lo llenó de agua y metió las flores dentro. Consciente de que peligraba su vida si Jane decidía explorar lo que eran, dejó el jarrón en la pila, con la intención de buscarle un sitio seguro cuando regresara.

—No sabía que eres de los que lleva flores a sus citas.

—No lo soy —comentó—, solo he traído flores porque es contigo con quien voy a salir.

—Vaya —bromeó ella—, eres un romántico.

Entre buen humor y risas, se metieron en el ascensor y bajaron hasta al vestíbulo donde saludaron a Brian, el conserje nocturno, y salieron a la calla donde, tal y como había dicho Ford, les estaba esperando un taxi.

Una vez dentro, le dijo al conductor donde querían ir y este los llevó hasta el restaurante italiano en el que iban a cenar: el *Cacio e pepe*.

Desde ese primer instante en que Ford entró en su apartamento hasta ese momento en que estaban sentados uno frente al otro en la mesa del restaurante, Olivia se había sentido genial, como siempre que pasaba tiempo con Ford. A pesar de que había temido que el beso hiciera las cosas difíciles, sobre todo, después de la reacción inicial de Ford cuando ella tomó la iniciativa, lo cierto era que no había cambiado nada. Seguía sintiéndose segura y cómoda a su lado, y las mariposas de su estómago que siempre se despertaban cuando él estaba cerca, cuando la miraba con intensidad o se tocaban accidental o deliberadamente, seguían acampadas en su estómago y parecía que iban a establecer allí su residencia habitual.

—¿Qué vamos a ver esta noche? —preguntó con una sonrisita de autosuficiencia, segura de que la elegida iba a ser *Moulin Rouge*.

—Aladín —contestó, sorprendiéndola.

—¿Aladín?

—¿No te gusta? Pensé que sería algo que tú escogerías. Además, Julia dijo que era perfecta para ti, que...

—¿Has molestado a Julia mientras está de baja para preguntarle qué entradas comprar?

Ford le lanzó una mirada indignada que la hizo sonreír.

—Por supuesto que no. La he llamado para felicitarla y asegurarme de que estaba bien por el nacimiento de su bebé. La conversación sobre el musical ha sido algo secundario.

—Entiendo. ¿Y cómo está?

—Agotada y feliz. Como la mayoría de las madres del mundo.

Siguieron hablando unos minutos hasta que el camarero se acercó a ellos con el vino que habían pedido, un Frianciocorta *Brut* de Lombardía. Les retiró las cartas y les tomó nota de la comida.

Decidieron compartir un plato de *antipasti* y después cada uno de ellos escogió el plato principal. Olivia escogió el *paccheri* y Ford se decidió por el *fusilli*. Como segundo plato un *filetto di manzo* también para compartir.

La comida estuvo deliciosa y la conversación tan fácil y fluida como siempre. Bromearon sobre la posibilidad de comer postre, pero Olivia dijo que era incapaz de comer más.

—Deja espacio para un mojito después del teatro.

—Cuenta con ello.

Tras pagar decidieron ir al teatro dando un paseo. Después de todo estaban cerca de Times Square y tenían tiempo antes de que comenzara la representación. La noche era agradable, ni fría ni calurosa, lo bastante cálida como para no necesitar una chaqueta.

—¿Estás segura de que te parece bien dar un paseo? —quiso asegurarse Ford señalando sus zapatos.

—Son muy cómodos. De todos modos, si me canso te aviso.

—Muy bien —concedió, sorprendiéndola al tomarla de la mano.

No era que nunca se hubiesen cogido de la mano, lo habían hecho. Pero siempre había sido porque las circunstancias lo exigían: para cruzar un local lleno de gente, ayudarla a que caminara más rápido... En cambio, en esa ocasión, en medio de una cita, tenía una connotación romántica que hizo que Olivia se olvidara del bloqueo de escritora, de que estaba en una cita falsa y de que el hombre con el que caminaba era su mejor amigo.

—¿Sigues queriendo caminar? —se aseguró Ford, después de diez minutos de paseo.

—Sí.

Bajo ningún concepto iba a decir que no ya que hacerlo supondría subirse a un taxi y romper la conexión que estaban compartiendo. Quizás, había llegado el momento de dejar de tener miedo y de aprovechar las salidas que todavía tenían pendientes para hacer que su relación evolucionara a algo más que una amistad. Y para ello no tenía que ser avasalladora ni directa, podía coquetear sutilmente y si Ford sentía lo mismo, decidiría si se daba por aludido o no, sin correr el riesgo de poner todas las cartas sobre la mesa y perder la mano.

Aladín se estaba representando en el maravilloso *New Amsterdam Theatre*. A pesar de que no habían andado rápido, llegaron con tiempo de sobra para buscar sus asientos y disfrutar del interior del precioso teatro.

La obra comenzó puntual y desde la primera escena todo se llenó de ritmo, color y alegría. Aladín no era la película de Disney favorita de Olivia, ella prefería a Rapunzel, pero no podía negar que las canciones, el vestuario, el ambiente... todo en general eran adictivos y emocionantes.

Cuando llegó el intermedio, Ford se levantó para ir al baño, y Olivia aprovechó para revisar su teléfono. Tal y como había esperado el chat que compartía con las chicas estaba lleno de mensajes, al igual que el que tenía con Madison y Riley, quienes también querían saber cómo estaba yendo la cita.

Consciente de que no iba a tener tiempo para leer y contestarles a todas, envió un corazón

rojo a los dos chats y volvió a guardar el móvil en el bolso.

Ford regresó unos minutos después.

Cuando terminó la obra, que había durado dos horas y media, Olivia todavía seguía con ganas de volar en una alfombra mágica y de encontrar al amor de su vida.

—Ha sido increíble.

—Lo ha sido, pero no ha terminado todavía —apuntó Ford—. ¿Estás lista para la última parte de la cita?

—Lo estoy.

—¿No te preocupa lo que eso suponga?

¿Estaba coqueteando con ella?

—Soy una valiente, ya me conoces —bromeó—. En cualquier caso, estoy deseando descubrir qué más has planeado para nosotros.

Ford sonrió, encantado.

—Sabes que soy un aburrido —se quejó—, mi idea era invitarte a una copa antes de llevarte a casa.

—Me apetece la copa, pero sobre todo estoy deseando que me acompañes a casa —confesó con un guiño.



Capítulo 18

La noche estaba siendo fantástica en todos los sentidos: la cena, el espectáculo y, sobre todo, la compañía. El Ford de esa noche era una mezcla irresistible entre su amigo y el hombre sexi y seguro de sí mismo que Olivia sabía que era con las mujeres. Lo trascendente de la situación era que nunca había dejado salir a ese hombre cuando estaba con ella.

Por ello, que reaccionara a su flirteo con más flirteo la tenía encantada y nerviosa a partes iguales. Lo que no había esperado fue con que él estuviera dispuesto a seguirle el juego. De modo que, cuando llegaron al pub irlandés en que iban a tomarse unas copas, antes de dar la cita por finalizada, no esperó que Ford pidiera un “entre las sábanas”, un cóctel con ron blanco, zumo de limón, coñac y triple seco, y que la mirara sugerentemente mientras lo hacía. Como si estuviera insinuando. Sorprendida por el gesto no fue capaz de hacer otra cosa más que pedir un inofensivo daiquiri y esperar para ver qué le deparaba la noche.

—¿Te apetece probar mi cóctel entre las sábanas?

El ofrecimiento la sobresaltó, y disimuló su impresión lo mejor que pudo.

—Parece un poco fuerte.

Ford la miró con sorna.

—No lo sabrás si no lo pruebas —señaló en un tono sexi—. A veces hay que arriesgarse.

—De acuerdo. Pásamelo.

Con una sonrisa de satisfacción hizo lo que pedían y Olivia decidió aprovechar la situación para seguir flirteando. Después de todo, él parecía dispuesto a ello.

Con esa intención, se inclinó sobre la copa y en lugar de beber directamente de ella encerró entre sus labios la pajita que llevaba y succionó del modo más sexi que pudo.

—Está rico —aceptó, tras darle un buen sorbo.

—¿Puedo probar el tuyo? —inquirió Ford con los ojos llenos de picardía.

—Por supuesto —le tendió su copa mientras ambos conectaban miradas.

Ford bebió del daiquiri y Olivia se fijó en el modo en que su nuez de Adán subía y bajaba mientras tragaba. Se sintió tonta al pensar que el gesto era sexi. Daba igual lo que Ford hiciera o dejara de hacer, todo lo relacionado con él le llegaba de un modo que la hacía temblar, por dentro y por fuera.

—¿Qué tal está?

—Creo que prefiero el mío —respondió Ford—, y no solo por el sabor.

Olivia rio.

—Eres un provocador.

—Es posible. Y también soy un gran fan de entre las sábanas.

La sonrisa de ella se tornó en carcajadas.

—No seas mal pensada. Hablo del cóctel.

—Por supuesto —concedió ella, fingiendo estar de acuerdo.

Siguieron hablando entre bromas y tonto, hasta que llegó el tema del bloqueo y de algún modo ambos se pusieron serios. Olivia sabía que la preocupación de Ford tenía poco que ver con que fuera el director de la editorial y todo que ver con su amistad.

No era la primera vez que sufría de un bloqueo, pocos o quizás ningún autor podía jactarse de no haberlo sufrido ni una sola vez durante su carrera. No obstante, la gravedad de la situación radicaba en que este era, de lejos, el que más tiempo había durado.

—El problema es que últimamente solo me surgen ideas para historias nuevas, y yo lo que necesito es terminar la que ya tengo empezada.

—Si las citas no funcionan, tal vez te vendría bien una escapada a alguna parte. Desconectar de la gran ciudad —propuso, preocupado por ella.

—Hoy he comido en un mexicano, he cenado en un italiano y me estoy tomando una copa en un bar irlandés ¿quién necesita viajar? —bromeó.

—Creía que Madison no era muy fan de las comidas picantes.

—¡Oh! No lo es. He comido con Noah.

—¿Noah Choi?

—Sí —contestó sin darle mayor importancia al modo en que la estaba mirando.

—¿Por qué?

—¿Perdón?

—¿Por qué has comido con él? Lo conociste el domingo. Por no hablar de que dijimos que nada de citas con otras personas mientras estuviésemos juntos.

Olivia le miró, confusa.

—No era una cita. Le he invitado a comer porque no ha querido cobrarme el tratamiento de Jane.

—Entiendo.

—¿Estás celoso?

—Por supuesto que estoy molesto, no celoso —aclaró, muy serio—. Mi novia está quedando con otros hombres a mis espaldas.

Olivia no pudo aguantarse la risa por más tiempo.

—¿Ahora soy tu novia? Tú no tienes de eso —se burló, aunque por dentro estaba muy, pero que muy feliz.

—Si voy a tener diez citas contigo será como tu novio —zanjó.

—De acuerdo, novio. Espero que sepas comportarte como tal.

—Tranquila, lo haré genial. Puede que no tenga experiencia práctica, pero soy un genio con

la teoría.

—Eso espero —rio ella.

Tomaron un taxi para regresar a casa. Era tarde y aunque Olivia había dicho que no estaba cansada, Ford decidió que era más seguro y, sobre todo, más cómodo para ambos volver en coche.

Del mismo modo que hizo en su cita anterior, Ford bajó con ella, despidiendo al taxista y se empeñó en acompañarla a casa. No obstante, no se quedó en la puerta del edificio viéndola entrar, sino que cruzó con ella el vestíbulo, saludando al portero del turno de noche y entrando con Olivia al ascensor.

—Sí que disfrutas de mi compañía que quieres apurar hasta el último segundo a mi lado —bromeó ella.

—Mucho —concedió, sin protestas ni falsas excusas.

El ascensor siguió su curso hasta el ático mientras Olivia comenzó a ser consciente de que algo estaba sucediendo. No era necesario que la acompañara más allá del vestíbulo de abajo, eso junto con todo el flirteo de la noche hizo que comenzara a ponerse nerviosa y que las mariposas que habían establecido su hogar en su estómago, se revolvieran inquietas.

—No era necesario que me acompañaras hasta arriba —comentó cuando el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas.

No estaba segura de si iba a salir o a despedirse de ella sin hacerlo, por lo que cuando lo vio acompañarla a través del vestíbulo hasta su puerta sintió que sus rodillas iban a comenzar a fallarle.

—Sí que lo era —respondió Ford, asiéndola del brazo para que no siguiera caminando.

Ambos se detuvieron en la puerta de Olivia, sin que esta llegara a abrirla.

—Jane está bien. No es...

—No quería que Brian me viera haciendo esto —dijo, un segundo antes de cubrir la distancia que les separaba y besarla de verdad.

Nada de roces rápidos ni superficiales. Su boca presionó para que ella le dejara entrar, y una vez que lo hizo la degustó a placer. Su lengua invadiendo y reclamando, y al mismo tiempo, adorando cada recoveco de su dulce boca.

Pero eso no era todo lo que quería reclamar, con decisión, ajustó la presión que tenía en su cintura para apretarla más contra él, como recompensa ella rodeó su cuello con los brazos y se inclinó más en el beso. Su mente una batalla perdida con la cordura.

Cuando terminó el beso, Ford no se separó del todo, sino que, tras mirarla con intensidad a los ojos, le dio un beso rápido en la punta de la nariz.

—Buenas noches, novia. Descansa.

—Buenas noches, novio. Tú también.



Capítulo 19

Riley Park no era de las personas que se andaban con tonterías. Cuando quería algo peleaba por ello y no descansaba hasta que lo lograba o se convertía en un imposible. Solo se rendía cuando nada de lo que pudiera hacer garantizaba que fuera a lograr su objetivo. En esos casos y solo en esos casos, lo dejaba correr, y únicamente porque Riley no perdía el tiempo en aquello que estaba más allá de sus infinitas posibilidades.

Lo más llamativo del asunto era que, a diferencia de otras personas, no se desesperaba si sus esfuerzos no daban sus frutos rápidamente, y tampoco le importaba ser la única visionaria que pensaba que su meta era perfecta. Ella estaba por encima de lo que pensaban los demás, y ese rasgo de su carácter la convertía en una persona especial a ojos de todos los que la rodeaban.

A pesar de que era una profesora exigente, sus alumnos adoraban sus clases, hasta el punto de que siempre había en ellas más de los oficialmente matriculados. Sus amigos recurrían a ella por consejo e incluso su madre alguna que otra vez la había llamado en busca de guía. Eso no quería decir que fuera perfecta, tenía un carácter particular que era parte de su encanto.

Por todo ello, no iba a dejar correr las cosas sin intervenir, aunque fuera para tener una idea general de cómo estaba todo. Con esa idea en mente, al salir del trabajo, se desvió para presentarse en la clínica de su primo. No era que tuviera alguna mascota que necesitara ayuda profesional, era que durante años había tratado de juntar a su mejor amiga con su primo y cuando por fin se habían conocido, se sentía en la obligación de averiguar la impresión que cada uno había tenido del otro.

Ya estaba al tanto de la de Olivia, le faltaba Noah, y por eso estaba allí.

La recepcionista la miró confusa, cuando la vio aparecer sin ninguna mascota, no obstante, no se amilanó.

—Soy Riley Park —se presentó—, he venido para hablar con mi primo de un asunto familiar importante.

—¿Su primo?

Normalmente le molestaba que la gente supusiera que eran familia porque los dos eran asiáticos, pero en situaciones como esa le exasperaba que la gente se pasara de políticamente correcta. No portaba mascotas, acababa de decir que estaba allí para ver a su primo, suma dos y dos y te saldrá cuatro.

—Noah Choi. El doctor Noah Choi —repitió como si a la chica le costara entender las cosas—. Mi primo.

—Claro —enrojeció—. Le aviso —anunció levantando el teléfono y presumiblemente llamando a Noah.

La escuchó decirle que ella estaba allí y la vio colgar con las mejillas todavía sonrojadas, pero tampoco estaba de humor para sentirse culpable. Para ser una persona que estaba de cara al público la recepcionista era demasiado... molesta.

—El doctor está en consulta. Tome asiento, por favor, y la atenderá en cuanto termine. Gracias a Dios no había otros pacientes esperando porque si bien quería conocer las impresiones de su primo respecto a Olivia, no tenía ganas de pasarse horas esperándole. Quería llegar a casa, darse un baño y pasar tiempo con Travis. Quizás tontear mientras preparaban la cena, compartir una comida juntos y después desmayarse en el sofá haciendo manitas mientras veían una película.

Con un breve asentimiento se sentó en la sala de espera y observó el lugar.

Había estado una vez allí durante la inauguración, pero desde entonces se habían producido algunos cambios en su estética. En esos momentos estaba bien abastecida con estanterías repletas de comida para animales, arena para gatos y lo que parecían chucherías varias para mascotas.

Estaba pintada de un blanco inmaculado mientras que las sillas y las estanterías eran metálicas. La mesa baja que había en el centro de la sala de espera tenía las patas del mismo tono plateado que el resto mientras que la mesa en sí era de cristal.

Se topó con la mirada curiosa de la recepcionista un par de veces, pero decidió que no iba a ofenderse porque la mirara. No obstante, cuando sus miradas se cruzaron por cuarta vez la observó con una ceja arqueada.

—Lo siento —se excusó la chica—, es que te pareces mucho a Song Hye Kyo, solo que más joven.

De repente la recepcionista molesta se convirtió en la recepcionista encantadora.

—Gracias —rio de buena gana—, lo cierto es que no eres la primera persona que me lo dice.

—No es la primera persona que te dice ¿qué? —preguntó Noah, apareciendo por la recepción.

—Que me parezco a Song Hye Kyo. Tu encantadora recepcionista cree que, aunque soy más joven que ella, nos parecemos.

Vio como su primo se aguantaba las ganas de reír.

—Tienes razón, Lisa. Se parecen muchísimo —apuntó exageradamente, para resaltar que no estaba ni un poco de acuerdo con la apreciación.

Riley le lanzó una mirada fulminante que Noah ignoró sin esfuerzos.

—Y dime, querida prima. ¿A qué debo el honor de tu visita? ¿No me digas que el pobre Travis por fin te ha convencido para tener un perro?

—Mi visita no tiene nada que ver conmigo y todo que ver contigo y con tu nula vida sentimental —anunció, sin importarle que Lisa estuviera presente.

Después de todo, él había negado que se pareciera a la guapa actriz de Descendientes del sol,

por lo que no tenía que mostrar ningún miramiento por él.

—De acuerdo. Lo esperaba —respondió con desgana—, pasa a mi despacho y te dejaré que me interrogues.

—Me gusta que sepas quién manda en esta relación.

—Estoy empezando a arrepentirme de ser tan benévolo contigo. Se te está subiendo a la cabeza.

—No seas tonto, *oppa*. Solo quiero saber cómo ha ido. Eso es todo —apuntó, toda inocencia, como si él fuera a creerse algo de lo que dijera.

Noah escondió una sonrisa y tras asegurarse de que no había gente esperando, le dijo a Lisa que se podía marchar a casa. Que cerrara con llave, pero que dejara las luces encendidas por si había alguna urgencia mientras estaban allí.

Riley entró en el despacho de su primo y se sentó en una de las sillas frente a su escritorio. Un par de minutos después este entró con dos tazas de las que colgaba un sobrecito de té.

Dejó una de ellas frente a Riley y tras tomar asiento frente a ella se llevó la taza a los labios para saborear la bebida.

Como Riley todavía no había hablado decidió que ella estaba esperando que iniciara la conversación:

—Tú dirás qué te trae por aquí.

—¿Qué te ha parecido Olivia? —preguntó sin medias tintas.

¿De qué servía perder el tiempo cuando era más fácil preguntar directamente lo que quería saber?

—Me pareció encantadora.

—¿Y? —insistió.

—¿Y? No sé qué más quieres que te diga —se quejó.

—¿Te pareció atractiva?, ¿te gustó?

Noah se rio de buena gana.

—Ya sabía que era atractiva —protestó—, que no la conociera en persona no significa que no hubiese visto mil fotos vuestras por todas partes. Tu madre tiene fotos en casa de las dos y tú las subes en Instagram prácticamente cada semana, por no hablar de que es una autora famosa con su cara en las solapas de sus libros.

Riley abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa.

—¿Has leído sus libros?

Noah se sonrojó, pero no se echó atrás.

—Es posible que haya tomado prestado alguno de mi madre y que lo haya leído. Me gusta leer. No es que sea un crimen.

Riley no dijo nada durante unos segundos en los que Noah temió que le diera más importancia al hecho de que hubiese leído un par de libros de Olivia de la que realmente tenía.

—Entonces ¿te gusta?

—Por supuesto que me gusta. Ya te he dicho que me parece encantadora.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. ¿Te gusta como para tener una cita con ella?

Noah suspiró exasperado, pero contra todo pronóstico no eludió la respuesta.

—Me gusta.

—¡Bien! Eso era lo que quería saber.



Capítulo 20

Olivia se levantó esa mañana con la sensación de que iba a poder escribir. A pesar de lo mucho que le había costado conciliar el sueño por culpa del beso. Había sido tan intenso, excitante y natural como había pensado que sería besar a Ford. Y, aunque habían chocado labios un par de veces, hasta la noche anterior no habían compartido un auténtico beso.

Las dudas que habían provocado su insomnio se debían a que Olivia no estaba segura de si el beso había sido algo real, no se refería al aspecto físico porque era evidente que en ese sentido lo había sido, sino al hecho de que lo hiciera tras su tercera cita porque eso era lo que se suponía que debía suceder tras una salida romántica. Por otro lado, la había llamado novia y se había molestado genuinamente cuando supo que había salido a comer con Noah... molesta consigo misma por seguir dándole vueltas al asunto, incluso después de haberse levantado para tratar de escribir, se metió en su despacho con un café bien cargado y se sentó frente a su ordenador.

Madison no iba a ir esa mañana porque tenía que reunirse con alguien de la editorial por el tema de la gira, cuando se publicara la novela. Todavía estaban cerrando fechas, como si la novela fuera un hecho. Además, su prima llevaba a otros autores y, aunque normalmente podía monopolizarla, había ocasiones en que tenía que aceptar que no era la única en su agenda.

Decidida a pensar en positivo se metió de lleno en el trabajo, dejando que su mente volara. Sus dedos se movían ágiles en las teclas del teclado, pero, aunque se sentía satisfecha por estar escribiendo de nuevo, lo que le molestaba era que nada coincidía con la escaleta original, era como si la novela hubiera dado un giro de ciento ochenta grados. Aunque la raíz era la misma, no era nada de lo que había planeado que sería. Preocupada por lo que podía pasar si paraba siguió escribiendo sin preocuparse en lo que iba a decir Gail, su editora, cuando le pasara los nuevos capítulos.

Estaba completamente concentrada en lo que hacía, que cuando sonó su teléfono estuvo tentada a ignorarlo, pero, aunque lo hizo la primera vez que sonó, no pudo hacer lo mismo con

una segunda vez.

Descolgó sin mirar siquiera quién era:

—Dígame.

—Buenos días, ¿hablo con la señorita Olivia Haynes?

Dejó de teclear. La voz no le resultaba conocida y era demasiado formal.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Lisa Bates, de la clínica veterinaria del doctor Noah Park —explicó—, le llamo para informarle de que ya tenemos disponibles los resultados de los análisis de su gata. El doctor me ha pedido que la llame para que venga a recogerlos.

—¿Disculpe?

—¿Sí?

—¿He de ir a recogerlos?, ¿en persona?

—Sí, así es. No podemos dárselos por teléfono.

—Pero Noah me dijo que me llamaría para dármelos —protestó.

Estaba en un momento de inspiración que hacía semanas que no tenía.

—Lo siento, pero el propio doctor ha sido quien me ha pedido que la llame.

La idea de que hubiese algo en los análisis de Jane que fuera demasiado fuerte para decirlo por teléfono fue lo que finalmente la empujó a aceptar ir a la clínica.

—¿Necesito llevar a Jane? A la paciente, quiero decir.

—No, señorita Haynes. No es necesario.

—De acuerdo.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente —se despidió.

Se quedó sentada mirando la nada un par de minutos, preocupada de lo que fuera a decirle Noah sobre Jane.

Con cierta melancolía miró las páginas que había escrito y las guardó. Después se levantó, dirigiéndose a su dormitorio para darse una ducha y prepararse para salir.

Como era de esperar, la gatita dormitaba en su cama y ni siquiera se movió cuando ella entró. Preocupada se tumbó junto a ella y le hizo unos mimos antes de levantarse y meterse en el baño para arreglarse.

Media hora más tarde estaba lista, vestida con ropa cómoda: vaqueros, zapatillas y un suéter verde menta, y pidiéndole a Franklin que le llamara a un taxi.

Cuando entró en la clínica la recibió la misma chica que la había llamado. Lo supo por su voz y porque se presentó como Lisa.

—Por favor, siéntese un momento y avisaré al doctor de que ha llegado.

Asintiendo se sentó en la sala de espera vacía, cada vez más preocupada por el resultado de las pruebas. Jane todavía era joven, y nunca había estado enferma, no era posible que un simple vómito fuera indicativo de algo grave. Noah le había dicho que no debía preocuparse, que la ecografía había salido bien...

—Hola, Olivia —saludó Noah deteniéndose frente a ella.

Había estado tan ensimismada que ni siquiera se había dado cuenta de que había salido de su despacho y se había parado frente a ella.

—Hola —contestó preocupada.

—Vamos a mi despacho y hablemos —pidió él, esperando a que se levantara para que

precediera el camino.

Una vez dentro, tomó asiento frente al escritorio mientras él hacía lo propio frente al ordenador, en el que se puso a buscar lo que Olivia supuso eran los resultados de Jane. Permanecieron en silencio mientras Noah los mandaba a la impresora y se levantaba para recogerlos.

—Los resultados de los análisis muestran que no hay nada de que preocuparse —dijo al tiempo que revisaba las hojas.

El suspiro de alivio de Olivia fue tan sonoro que hizo reír a Noah.

—Te dije que no te preocuparas, que estaba todo bien.

—Pero tu recepcionista me ha llamado para que viniera cuando me habías dicho que me llamarías, y sonaba tan seria... no he podido evitar asustarme.

—Lo siento. Culpa mía. Quería que vinieras para invitarte a comer —confesó con una expresión de disculpa—. En ningún momento pensé que creerías que era porque los resultados de Jane indicaban algo malo.

—¡Oh!

No fue capaz de añadir nada más porque en ese instante notó que algo pasaba entre sus piernas. Dio un respingo y un gritito de miedo, pero al mirar hacia abajo se topó con un gato rojo de angora que le miraba interesada. Su carita chata era preciosa, igual que el resto de ella. Su pelo rojo brillante y bien peinado.

—Veo que ya conoces a Bastet —sonrió Noah, mirándola con interés.

Fue en ese momento cuando recordó que acababa de invitarla a comer. Estaba segura de que solo pretendía devolverle la invitación, pero como fuera no quería hacer nada que pudiera molestar a Ford. Habían quedado en que eran pareja, mientras duraran las citas falsas, por lo que no quería actuar a sus espaldas del mismo modo que esperaba que él no lo hiciera con ella.

Se agachó para acariciar a la gatita, todavía sin mencionar nada sobre la invitación, y cuando esta se cansó de las caricias, le preguntó a Noah si podía pasar al baño.

El veterinario la acompañó hasta la puerta y se alejó, para darle intimidad.

Una vez dentro Olivia aprovechó la oportunidad para llamar a Ford, quien seguramente estaría todavía en la oficina y ponerle al día de lo que había sucedido.

—Hola, Liv.

—En primer lugar, quiero que sepas que no lo haré si te molesta, pero no creo que se trate de una cita y dijimos que nada de citas. No que no pudiéramos salir con nuestros amigos.

—Vale. ¿Me lo explicas mejor para que lo entienda? —bromeó Ford.

—Sí, sí, por supuesto. He venido a la clínica de Noah a por los resultados de las pruebas que le hizo a Jane y me ha invitado a comer. Creo que lo ha hecho para devolverme la invitación que le hice, aunque no tenía que hacerlo porque ni siquiera me cobró.

—¿Y qué le has dicho?

—Nada. Me he encerrado en el baño para hablar contigo antes de contestarle —explicó, sintiéndose tonta de repente.

Ford se carcajeó de buena gana.

—Que conste que no me río de ti —se excusó cuando por fin pudo hablar—, me río al pensar en la cara que se la habrá quedado a Noah al verte escapar.

—No me he escapado. ¿Lo he hecho?

—No me importa que salgas a comer con un amigo, Liv. Cuando dije que nada de citas estaba pensando en esas que terminan de madrugada. Ya sabes...

—¿Te refieres al sexo?

—Me refiero a eso precisamente.

—De acuerdo. Eso significa que ninguno de los dos puede tener sexo hasta que terminen nuestras citas —aventuró Olivia.

—No, eso quiere decir que no puedes tener sexo con nadie que no sea yo. Diviértete.

Colgó antes de que pudiera asimilar lo que acababa de escuchar. Se pellizcó el brazo para asegurarse de que no estaba soñando, pero el dolor le dijo que estaba completamente despierta y que lo que Ford había insinuado sucedió de verdad.

Se tomó unos minutos para recuperarse de lo sucedido y finalmente salió del baño, preocupada porque Noah se preguntara por qué había tardado tanto en salir.

Noah estaba sentado en su despacho cuando regresó:

—Me encantaría comer contigo —dijo, sin rodeos.

—Estupendo. Deja que me quite la bata y nos vamos.

Asintió. Noah le caía bien y era guapo. Si las cosas con Ford no estuvieran avanzando hubiese habido alguna posibilidad de que se encariñara con él, pero, aunque no estaba segura de hasta qué punto Ford estaba siendo sincero con sus flirteos, el caso era que siempre había estado enamorada de él y cuando por fin tenía esperanzas reales no iba a desperdiciar la ocasión.

Una vez que se quitó la bata, salieron del despacho y Noah le pidió a Lisa que, por favor, les llamara a un taxi y que se fuera a comer. Al parecer su asistente era la que estaría de guardia por lo que ambos podían tomarse su tiempo para comer tranquilos.

—Vamos a tomar un taxi —anunció Noah mirando a Olivia—, voy a llevarte al *Upper West Side*.

—¿A dónde vamos a comer?

—Es una sorpresa.

Olivia sonrió, emocionada por lo que fueran a hacer.

Casi cuarenta minutos después el taxi se detuvo frente a una cafetería, restaurante llamada *Alice's Tea Cup*.

—¿Vamos a comer aquí? —inquirió con una sonrisa encantada mientras bajaban del taxi.

—Así es. Espero que te gusten los sándwiches y los dulces.

—Me encantan. Ambos.

—Pues espera a ver la temática. La vas a adorar.

Ella asintió, sin dejar de sonreír.

—¿Cómo sabías que me encanta Alicia en el país de las maravillas?

—¿Soy muy listo?

Olivia rio.

—¿Te lo ha dicho Riley? —trató de adivinar.

Noah negó con la cabeza.

—¿Entonces?, ¿una suposición acertada?

—No exactamente. La mencionas en varias de tus novelas. Imaginé que era porque te gustaba. —Noah y ella cruzaron la acera, y Olivia esperó mientras él abría la puerta del local para que pasara primero.

Por dentro era todavía más increíble de lo que había esperado.

—¿Has leído mis novelas? —preguntó sin apartar la mirada de la decoración.

—Algunas —confesó avergonzado—, mi madre es una gran fan.

—¿Y tú?

—Yo también, y ahora que te conozco más.



Capítulo 21

Alice's Tea Cup por dentro era fantástico. Desde la vajilla, las tazas y teteras, las tartas y pasteles, la decoración de las paredes e incluso el propio mobiliario, era como encontrarse dentro del *live action* protagonizado por Mia Wasikowska. Pero lo mejor de todo era la gran variedad de gente que había: desde familias con hijos pequeños, hasta personas mayores que más que los dibujos o la película, habían disfrutado de los libros de Lewis Carroll: Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo.

Acababan de entrar cuando una de las camareras se acercó a ellos emocionada y Olivia supo que acababa de reconocerla.

—Buenos días —saludó mirándola—, ¿van a comer o a disfrutar del postre?

—A comer —contestó ella, sonriéndole.

—Sígueme, por favor —pidió mientras los llevaba a una mesa para dos.

Se quedó con las ganas de sentarse en la zona que tenía sillones, pero no dijo nada, comprendiendo que era para más comensales.

—En seguida les traigo la carta —anunció, en cuanto estuvieron sentados.

La chica se fue rápidamente y regresó a la misma velocidad para ofrecerles las cartas.

—Volveré cuando sepan lo que desean comer —anunció sin dejar de mirar a Olivia.

—Gracias.

—Soy una gran fan de sus libros —dijo por fin. Se notaba que había estado aguantándose las ganas de sacar el tema.

—Muchas gracias. Eres muy amable...

—Jessica.

—Encantada de conocerte, Jessica —Olivia le ofreció su mano para estrechársela.

—El gusto es mío.

Se marchó con una sonrisa de oreja a oreja. Olivia se dio cuenta de que Noah la miraba con

algo parecido a la admiración.

Avergonzada por el escrutinio le echó un vistazo al menú.

—¿Qué me recomiendas?

—Es la primera vez que vengo —explicó Noah—, estoy tan perdido como tú.

—¿De veras? Y ¿cómo encontraste este sitio?

—Estaba buscando en Internet recomendaciones de restaurantes y literalmente caí en la madriguera del conejo.

Olivia rio de buena gana.

—Me alegra que lo hicieras. Me encanta todo.

—Sí, a mí también.

Finalmente se decidieron por un plato de sándwiches variados con patatas fritas y charlaron animadamente de todo. Jessica fue extremadamente atenta con ellos, y Olivia tuvo el detalle de regalarle un marcapáginas firmado. Gracias a Dios, Madison siempre le llenaba los bolsos con detalles de *merchandising* y con bolígrafos.

—La camarera está encantada de haberte conocido —comentó Noah con complicidad.

Olivia sonrió, alegre.

—Tengo unos lectores muy fieles.

—Los tienes.

—¿Hablas porque te cuentas entre ellos? —bromeó Olivia.

No había sacado el tema después de que Noah le confesara que había leído algunos de sus libros.

—Por supuesto. No tenía ni idea de qué esperar cuando leí mi primer libro de romántica, supongo que pensé que sería ñoño y previsible, pero lo cierto es que me gustó mucho más de lo que soñé que lo haría.

Se encogió de hombros.

—La gente tiene muchos prejuicios contra la novela romántica —comentó, sin querer ahondar en el tema.

—La gente tiene prejuicios sobre muchas cosas —apuntó él—. Es una pena, pero es así.

—Cierto.

—¿Puedo preguntarte qué andas escribiendo ahora?

La pregunta, en lugar de deprimirla, dadas las circunstancias, logró el efecto contrario. Olivia se animó y comenzó a contarle la idea original de la novela y cómo su bloqueo la había empujado a cambiar algunos puntos que, inicialmente, había tenido muy claros.

Siguieron hablando de literatura, de Riley, del trabajo de Noah y no dejaron de hacerlo hasta que el teléfono de Olivia comenzó a sonar en su bolso.

Lo sacó, esperando que fuera Madison, pero se topó con el nombre de Ford en la pantalla.

—Lo siento —se disculpó con Noah—, pero tengo que atender esta llamada.

—Por supuesto.

Se levantó de la mesa y se encaminó hacia la salida con el teléfono en la mano, dispuesta a contestar una vez que estuviera en la calle.

—Hola.

—Hola, ¿te pillo en mal momento? Parece que se escucha mucho ruido.

—Estoy en la calle. Todavía estoy en el restaurante con Noah, he salido para hablar contigo.

—¿Todavía?

—Sí, este sitio es increíble. Me ha traído a un restaurante basado en Alicia en el país de las

maravillas —explicó, emocionada.

—Suenan genial.

—Lo es, pero dime ¿qué necesitas?

—¡Oh! En realidad, te he llamado para invitarte a cenar.

—Suenan bien.

—No te emociones mucho. La idea es invitarte a mi casa y cocinar para ti.

Ella rio, feliz con la propuesta.

—Nunca has cocinado para mí.

—Esta noche descubrirás por qué —contestó con guasa—. Solo una cosa.

—¿Sí?

—Trae ropa para cambiarte. Mañana sábado iremos a comer a Central Park, de picnic. Que sea cómoda para tumbarte en el suelo y, quizás quieras traer también tu portátil, así podemos probar mi teoría de que un cambio de aires podría ayudarte a volver a escribir.

—¿Es esa tu manera de decirme que quieres que me quede a dormir en tu casa? —inquirió en un tono pícaro.

—Siempre supe que eras la más lista de los dos —se burló Ford—. Puedes traer a Jane también. ¿Necesitas que pase a recogerte o puedes venir sola con ella hasta mi casa?

—Por supuesto que puedo ir sola. Tengo una mochila con una burbuja transparente para que vea todo lo que pasa. ¿A qué hora debo estar allí?

—A las seis sería perfecto. Así tendré tiempo de comprar los ingredientes para la cena cuando salga de la oficina y de darme una ducha y cambiarte.

—A las seis entonces.

—A las seis. Es una cita.

Olivia sonrió.

—Lo es.

Se tomó un par de minutos después de colgar para tranquilizarse. Ford acababa de invitarla a su casa a pasar la noche. En todos sus años de amistad jamás se había quedado a dormir ella sola. Las únicas veces que se había pasado la noche era porque Ford había organizado alguna cena, por supuesto él nunca cocinó, y sus amigos habían bebido tanto que se quedaron dormidos en el sofá o en su dormitorio de invitados. Que estuviera invitándola a ella exclusivamente y que quisiera cocinar, era algo en lo que, definitivamente, tenía que pensar.

Todavía en una nube regresó al restaurante y tomó asiento frente a Noah.

—¿Todo bien? Pareces distraída.

—Sí, sí. Todo perfecto —esbozó una sonrisa, aunque su cabeza seguía dándole vueltas a lo que acababa de suceder.

—Me alegro. ¿Te apetece probar el postre? Todas las tartas tienen una pinta estupenda.

—¿Por quién me tomas? Yo nunca declino la posibilidad de comer postre —le guiñó un ojo—, y menos si es tarta.



Capítulo 22

Olivia: ¿Creéis que alguien puede apreciar a alguien (como amigo) tanto como para tener sexo con él/ella solo para ayudarle a superar un bache?

Lydia: ¿Ford te ha ofrecido sexo?, ¿y qué haces aquí escribiendo en lugar de estar con él practicándolo?

Olivia: Me ha pedido que coja ropa para dormir en su casa. No ha hablado directamente de sexo, pero...

Alexis: Secundo a Lydia, deja de escribir y ve a prepararte. Esta noche es LA NOCHE.

Victoria: Si te ha pedido que te quedes a dormir con él es por algo, ¿no? Y volviendo a tu pregunta, no creo en el sexo por lástima o amistad. La lástima no da erecciones y la amistad TAMPOCO.

Arlene: ¿Por qué os ha dado a todas hoy por las mayúsculas? Me dan dolor de cabeza.

Lydia: A ver, chicas. Centraos en lo importante: EL SEXO (Tómate un analgésico, Arlene, esto merece mayúsculas).

Olivia: En realidad me ha pedido que me quede porque mañana vamos a comer juntos en Central Park.

Victoria: ¿Cena, desayuno y comida? No hay duda, ponte ropa interior SEXY y no te olvides de depilarte.

Alexis: Ja, ja, ja.

Lydia: Muy bueno, Victoria.

Arlene: Ja, ja, ja.

Olivia: Graciosísimas. Ya no pienso contaros nada más.

Después de apagar el ordenador e ignorar su móvil, donde seguían llegándole mensajes del grupo, se metió en su dormitorio y abrió el armario para ver qué iba a ponerse y a llevarse para el día siguiente.

En cuanto entró por la puerta de su apartamento, tras su comida con Noah, había ido directa a escribir a sus colegas, decidida a mantener, de momento, en secreto sus planes con Ford de Riley y a Madison. Ya que, aunque no estaba del todo segura, había tenido la impresión por algunos comentarios de Noah, de que Riley había estado presionando para que este la invitara a salir. Lo que no podía hacer mientras duraran las citas con Ford, y si de algo estaba segura era de que Riley la presionaría para que se olvidara de las citas falsas y saliera en citas auténticas con Noah y, aunque el veterinario le gustaba mucho, Ford había sido su amor platónico durante años. Si había alguna posibilidad de que dejara de serlo para volverse real, estaba dispuesta a intentarlo.

Durante años, se había dicho a sí misma que no quería estropear su amistad, aunque lo cierto era que nunca vio una simple señal que le diera a entender que Ford quisiera algo más de ella.

A Madison la dejaba fuera simplemente porque no tenía tiempo para contárselo. A toda prisa y con la cabeza llena de pensamientos se metió en la ducha y dejó que el agua borrara sus dudas.

Olivia usó el código de la puerta para entrar y fue recibida por la música de jazz que sonaba de fondo. El piso de Ford era exactamente como él: elegante, discreto y sofisticado. Predominaban los tonos negros, grises y marrones y aunque era masculino, también tenía un toque acogedor que a Olivia le encantaba.

En cuanto cruzó el umbral, soltó la bolsa de viaje que llevaba colgada del hombro, que pesaba una tonelada, y por último se quitó la mochila de la espalda para dejar salir a Jane, quien en cuanto se vio libre salió disparada en busca de Ford o quizás en busca de los cuencos de comida que este tenía en la cocina para ella. No era la primera vez que ambas estaban allí, por lo que Ford, como la persona organizada que era, disponía tanto de comida como de un arenero para ella. Olivia estaba segura de que después de pedirle que la trajera se había ido de compras y le había conseguido juguetes y una camita.

Sonrió cuando se dio cuenta de que Jane había dado con él porque escuchó su voz saludándola con afecto.

—Olivia —llamó.

—Voy.

—Estoy en la cocina.

Se encaminó hacia allí nerviosa. Se había montado tantos escenarios diferentes en su cabeza que le preocupaba lo que realmente fuera a suceder. Se detuvo en la puerta admirando la visión que tenía delante: Ford, descalzo, en vaqueros y con una camiseta de manga corta que dejaba a la vista sus abultados bíceps.

—¿Necesitas ayuda?

Se dio la vuelta con el cuchillo con el que estaba cortando los tomates en la mano.

—No. Estoy haciendo algo sencillo: pasta, ensalada y pan de ajo.

—Suenas delicioso.

—Lo estará.

Aunque Ford lo tenía todo controlado, Olivia ayudó con los últimos toques y se encargó de poner la mesa en el salón.

Media hora después disfrutaban de la comida y de la botella de vino blanco que Ford había abierto para la ocasión.

—Realmente está delicioso —felicitó Olivia tras probar su pasta—. No sabía que cocinaras tan bien.

—Hay muchas cosas de mí que no conoces —flirteó Ford con un guiño.

—Si tú lo dices —aceptó Olivia, poco convencida.

Ella y Ford eran amigos desde hacía años, y sí, no estaba al tanto de que pudiera cocinar, pero estaba segura de que era un don reciente. Había estado siempre pendiente de él como para que se le escapara un detalle así.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes.

—¿Te gusta Noah?

—Es genial. Sí. —No estaba segura de a qué tipo de gustar se refería, pero igualmente dijo que sí. Noah era un tipo fantástico, amable, educado y muy atractivo. No había nada de él que a Olivia no le gustara.

—¿Por qué nunca has dejado que Riley te lo presentara?

Sonrió con timidez.

—Cuando comenzó con el tema yo estaba loca por otra persona. Después... me divertía fastidiarla.

—¿Quién era?

—¿Perdón?

—¿Por quién estabas loquita?

—Por ti —soltó sin preámbulos.

—¿Por mí?

La vio asentir sin perder el contacto visual.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Al principio traté de flirtear contigo, pero o no te diste cuenta o no quisiste hacerlo.

Se encogió de hombros como si el asunto ya no fuera importante.

—No me percaté de nada ¿y después?

—Salías con una chica distinta cada semana. Era imposible no enterarse, estudiábamos juntos, así que me rendí.

Se dio cuenta de lo dolida que sonaba su voz, pero ya no podía hacer nada por ocultarlo.

—Tú también me gustabas.

—No tienes que decir eso para hacer que me sienta mejor —protestó, avergonzada porque él creyera que debía hacerlo.

—Es la verdad. Nunca intenté nada contigo porque las relaciones no eran lo mío y tú te merecías a alguien que quisiera estar en una relación comprometida.

—Lo que significa que hice bien en no decírtelo. Me habrías rechazado y nuestra amistad se hubiese ido al garete por nada.

—Yo era un imbécil —trató de excusarse.

—No lo eras. Siempre estuviste cuando te necesité. No me arrepiento de haber elegido nuestra amistad.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero que sepas que no te pedí ayuda porque quisiera cumplir alguna fantasía romántica contigo. Lo hice porque, después de mi padre, eres el hombre en quien más confío, y mi padre te gana solo porque es médico y puede hacer la RCP —bromeó, consciente de lo serio que se había vuelto su conversación.

—Lo sé. No pienso que sigas loca por mí —dijo usando el mismo término que ella había utilizado.

—Te quiero. Eso nunca ha cambiado. Te quería cuando te convertiste en mi amigo y te quiero ahora.

Ford no preguntó lo que deseaba saber. Se limitó a asentir.

—Yo también te quiero.

—Lo sé —comentó con tristeza—, siempre lo he sabido.

Continuaron cenando y aunque los dos trataron de mantener la conversación alegre, cada uno de ellos estaba demasiado perdido en sus pensamientos como para conseguirlo. Finalmente, recogieron y se tumbaron en el sofá, ambos en pijama, para ver la televisión. Acabaron escogiendo un *reality* de parejas que se comprometen sin siquiera verse las caras en lugar de una película, ya que no estaban precisamente centrados para seguir el hilo de la historia.

El capítulo terminó y como si eso lo hubiese despertado de un trance, Ford se levantó y le ofreció la mano a Olivia para que hiciera lo mismo.

—¿Vamos a la cama?

—No me has dicho dónde voy a dormir.

—Eres mi novia —sentenció—, en mi cama.

La idea de dormir con Ford en la misma cama donde se había acostado con otras mujeres le provocó rechazo. Como si fuese capaz de leerla, y probablemente era así, Ford le dio la vuelta para que estuvieran frente a frente:

—No traigo a mujeres a casa —anunció.

Olivia asintió.

—¿Me crees?

—Sí.

—Bien —dijo antes de inclinarse y darle un beso en la punta de la nariz.

Una vez en su dormitorio le preguntó a Olivia qué lado de la cama prefería y tras escucharla elegir el lado izquierdo se encaminó hasta el derecho. Normalmente dormía sin camisa, a veces incluso sin pantalones, solo en ropa interior, pero no estaba del todo seguro de que su desnudez no fuera a incomodar a su huésped. De cualquier manera, iba a tener que desnudarse para hacer lo que quería...

Sin pensarlo mucho más se quitó la camiseta y se metió en la cama, poniéndose de lado para estar frente a Olivia.

—¿Siempre que invitas a tus citas a cenar terminan en tu cama? —preguntó en un tono divertido.

—No cocino para ellas, tú eres especial. Siempre lo has sido.

—Que cosas más bonitas me dices.

—Es la verdad. No mentía cuando dije que te quiero.

Ella hizo una mueca de asentimiento y Ford decidió que había llegado el momento de demostrárselo. Cubrió la distancia que había entre ellos y pegó sus labios a los de ella, ansioso por sentirla, por hacerle saber lo mucho que la había deseado siempre.

Sorprendida, Olivia gimió en el beso y abrió la boca para dejarle entrar. Su mente estaba en blanco sobre a dónde conduciría esto, pero no le importaba. Tomaría cualquier cosa que Ford le ofreciera. Confiaba en él y sabía que nunca le haría daño y menos ahora que conocía sus sentimientos pasados por él.

—No quiero apresurarme contigo, pero necesito esto. Te necesito.

—Y yo a ti.

Ford no necesitó nada más, volvió a arrasar su boca con más pasión que la primera vez. El beso fue tan abrumador que ya no sabía dónde estaba mientras su mente se descontrolaba. Estando en los brazos de Ford nada más importaba. Sintió su fuerte y duro cuerpo pegarse a ella, en un marcado contraste con los labios suaves y una lengua larga y cálida que intentaba explorar la totalidad de su boca. Sus manos acariciándola con firmeza, recorriéndola...

Su beso la envolvió. Se apoderó de ella. Era a la vez duro y exigente. Ford metió la mano por debajo del pijama y tocó la piel desnuda de su cintura. Sus dedos eran como llamas que devolvían a la vida cada célula de su cuerpo. Despertándolo por completo...

Olivia contuvo un gemido. Se sentía muy bien. Sabía muy bien. Él profundizó bajo su ropa al tiempo que presionaba la rodilla entre sus piernas. Ella deseaba eso. Lo deseaba lo suficiente como para olvidarse de todo y arriesgarse a lo que fuera que sucediera después, cuando las citas terminaran. Lo deseaba tanto... Entonces él se separó.

No estuvo segura de cuánto duró, pero cuando Ford se alejó, dejando un beso en la punta de su nariz, sintió que era demasiado pronto.

—Buenas noches, Liv. Te dije que íbamos a ir despacio y voy a cumplir mi promesa, aunque me cueste —musitó abriendo los brazos para que ella se acurrucara en ellos.

Ni siquiera dudó. Se acomodó contra el cuerpo de Ford y cerró los ojos, disfrutando del aroma de su piel y su calor. Todavía estaba aturdida por lo que acababa de suceder, y aunque insatisfecha, también se sentía agradecida porque le hubiese dado tiempo para pensar en si valía la pena el riesgo.

—Buenas noches —musitó como respuesta.

Se quedó quieta y en silencio hasta que escuchó los suaves ronquidos que le indicaron que se había quedado dormido. Ella no podía conciliar el sueño, tenía demasiadas cosas en la cabeza para hacerlo.

Su confesión durante la cena le había supuesto quitarse un peso de encima que había cargado durante demasiado tiempo. Había temido que las cosas cambiaran y, de algún modo, lo habían hecho. Ford la había besado y acariciado para terminar durmiendo pegada a él.

La estúpida idea de que lo estuviera haciendo todo por lástima volvió a aparecer en su mente. Lo único que logró que la apartara fue el recuerdo de la dureza que había estado presionando sobre su cadera mientras se besaban.

No se trataba de algo físico, Ford le había dicho que la quería, y ella sabía que era cierto, por lo mismo estaba segura de que jamás haría nada como eso. Si la había besado era porque realmente lo deseaba, y ella estaba dispuesta a hacer lo mismo, durara lo que durara. Apenas le quedaban seis citas y estaba decidida a exprimir hasta el último minuto de ellas.



Capítulo 23

Olivia se despertó con el cuerpo cálido de Ford pegado a ella. Había comenzado la noche en sus brazos y se había desesperado con él haciéndole la cucharita. Se tensó, completamente descolocada. Estaba viviendo realmente uno de sus mayores sueños y, sin embargo, no terminaba de sentirlo como algo real. El peso de las citas falsas ensombrecía cualquier dicha que hubiese podido sentir por la situación.

Su confesión de la noche anterior, el modo en que se había abierto, haciéndole saber lo mucho que había querido que fueran algo más que amigos y la increíble sesión de besos que habían compartido, aparecieron de golpe en su mente adormecida, logrando que cualquier felicidad que se hubiese permitido sentir por su situación actual se esfumase con el viento.

—Duerme un poco más —musitó Ford con sus labios cerca de su oído—, estoy oyéndote pensar y no me deja dormir.

—Ya no tengo sueño.

Y era cierto, estar con él era perfecto y la hacía sentir maravillosamente bien, pero ¿era acaso real? Si hubiese sido cualquier otra persona hubiera cerrado los ojos, tal y como le pedía Ford, y habría disfrutado de la sensación unos minutos más, pero Olivia no era de las que se autoengañaba. De acuerdo que tenía facilidad para retrasar aquello que sabía que podía lastimarla, pero las mentiras eran otra cosa y ella ni mentía a los demás ni a sí misma.

Le escuchó gruñir y sintió como sus brazos la apretaban más contra su cuerpo.

—De acuerdo. Unos minutos más y prepararé el desayuno, pero antes... —la instó a darse la vuelta, empujando con suavidad en su cintura.

—Buenos días —lo saludó cuando estuvieron frente a frente.

Él tenía el pelo revuelto y en la mejilla las marcas de las sábanas. No quiso pensar en cómo se vería, seguramente con los ojos hinchados y las mismas marcas de sábanas.

—Así no se dan los buenos días.

Le miró confusa.

—El modo adecuado de dar lo buenos días es con un beso —explicó, muy serio.

Entonces hizo el amago de acercarse para hacerlo, pero Olivia se cubrió la boca con la mano, preocupada por el mal aliento de la mañana. En lugar de molestarse o insistir para que apartara su mano, Ford rio y cambió sus labios por la punta de su nariz, donde dejó el beso de buenos días.

—Vamos a lavarnos los dientes para que pueda saludarte como corresponde —se burló—, y después tenemos dos opciones: nos damos una ducha juntos o por separado.

La oferta la pilló por sorpresa por lo que abrió desmesuradamente los ojos y le miró con asombro.

Ford se carcajeó de buena gana.

—Era una broma —aclaró—. Iba en serio lo que de que voy a tomarme las cosas con calma contigo.

Esa era la oportunidad perfecta para llevar su conversación más allá y aclarar de una vez por todas qué era lo que estaba sucediendo entre ellos. ¿Las citas seguían siendo falsas o había más que eso en los comentarios que Ford hacía cada vez que tenía la ocasión? Lamentablemente, Olivia tenía demasiado miedo a la respuesta, por lo que decidió guardarse la pregunta.

Tenía tiempo. Todavía le quedan cinco citas para armarse de valor y sacar el tema.

Se levantaron y se lavaron los dientes juntos en el baño de Ford. Después, tal y como había prometido, le dio los buenos días con un beso que la dejó con las piernas de gelatina y la cabeza embotada.

Tras el beso, Ford se ofreció a preparar el desayuno mientras ella tomaba una ducha. Una vez bajo el chorro del agua trató de poner en orden sus caóticos pensamientos, pero había demasiadas preguntas sin respuesta como para que algo tuviera sentido.

Ya duchada y arreglada, entró en la cocina donde Jane estaba disfrutando de su propio desayuno. Ford le había comprado latas de comida gourmet para gatos que doña exigente estaba disfrutando a juzgar por su actitud. Ni siquiera había levantado la cabeza del cuenco cuando la escuchó entrar.

—He hecho café —señaló Ford la taza que había sobre la encimera— y, si me das unos segundos, terminaré los huevos revueltos, el *bacon* y las tostadas. La fruta está ahí. ¿Puedes llevarla a la isla?, ¿te parece bien que comamos ahí?

—Por supuesto —sonrió, haciendo lo que le pedía—. No necesito formalidades.

La cocina de Ford, al igual que la suya propia, era un concepto abierto. No obstante, mientras que la de Olivia era más grande y le cabía una enorme mesa de madera en el centro, la de Ford era más pequeña y la separaba del salón por una barra con taburetes en la que comer.

En cuanto estuvo todo se sentaron y se comieron todo lo que tenían delante. Olivia no era mucho de desayunar fuerte, pero por alguna razón el desayuno cocinado por Ford le sabía a gloria.

—¿Qué te apetece para comer? Podemos preparar sándwiches o pasar por el japonés que nos gusta y comprar sushi.

—Acabamos de desayunar y ya quieres saber qué vamos a comer —protestó.

—Nos vamos de excursión ¿recuerdas?

—Tienes razón. El sushi suena genial.

—Pues ya tenemos esa parte solucionada —zanjó Ford—. Ahora falta preparar la bebida, copas y la manta.

Jane se paseó por entre sus piernas como si quisiera hacerle notar que se estaba olvidando de ella.

—Lo siento, bonita, pero no puedes venir con nosotros.

Como si lo hubiera entendido, Jane lanzó varios maullidos lastimeros que hicieron reír a Olivia y a Ford.

El parque estaba bastante concurrido, pero por suerte encontraron un sitio en la sombra en el que emplazar la manta. Habían encargado la comida, pero como todavía era pronto Ford iría a recogerla en un par de horas. Ese era el momento para relajarse y leer un libro en el caso de él y escribirlo en el de ella.

Un poco nerviosa y sin saber si la ubicación iba a funcionar, Olivia sacó su portátil y sus notas del *tote bag* que portaba y, tras leer estas últimas, se dispuso a probar suerte.

Por primera vez en un tiempo, vació su mente de todo lo que no fueran sus personajes y sus problemas y se lanzó a escribir lo que sentían, como si después de tanto tiempo sin hacerlo pudiera conectar con sus emociones.

Se enfrascó tanto en la escritura que ni siquiera se dio cuenta de que Ford se marchó y regresó más tarde con un par de cojines que le puso en la espalda para que pudiera apoyarse y no lastimársela. Como tampoco se dio cuenta cuando volvió a ausentarse para recoger la comida. No fue hasta que la interrumpió para que parara para comer que comprendió lo ausente que había estado.

—Lo siento, yo...

—Nada que sentir. Eso era lo que queríamos, que escribieras.

—Sí, así es.

Se mordió la lengua para no preguntarle si se refería a la comida en *Central Park* o a todo el tema de las citas.

Sus preocupaciones desaparecieron con rapidez en cuanto comenzaron a comer y se pusieron a hablar de casi todo, incluido Noah.

—Sabes, si es tan genial como dices ¿no tendrías que presentárselo a Madison? —comentó Ford como si nada.

—Me niego a convertirme en otra Riley —protestó.

—Bueno, hay otras maneras, ¿por qué no le pides que lleve a Jane al veterinario?

—¿Porque no está enferma?

Ford se encogió de hombros.

—¿Una revisión?

Olivia le miró con suspicacia.

—¿Por qué tienes tanto interés en que se lo presente a Madison?

—No tengo interés. Solo he pensado que, si Madison y él se conocen y se gustan, te quitarás de encima a Riley. Lo digo por ti.

—Por supuesto.

—Aunque no me creas es la verdad —insistió, muy digno.

—No estarás celoso ¿verdad? —aventuró, encantada con la idea.

—Sabes que no soy celoso. ¿Por qué habría de estarlo?

La pregunta le supuso un golpe a Olivia que no esperaba. Sonrió tratando de fingir que no le había dolido.

—Tienes razón. Solo bromeaba.

Ford no dijo nada, pero la miró con intensidad, como si esperara poder leer sus pensamientos si la miraba fijamente.

Salvo por ese pequeño recordatorio de que estaba dándole demasiada importancia a lo que había entre ellos, Olivia lo pasó de maravilla. Estuvieron toda la tarde vagueando en el parque, disfrutando del aire libre y de la mutua compañía, hasta que Travis y Riley aparecieron con otra cesta de picnic y se sentaron con ellos.

—¿Cómo sabías...?

—Ford nos envió la localización —explicó Riley, sacando lo que había traído—. Chocolate caliente para todos y *croissants* recién hechos.

Cuando se despidieron Ford la llevó a su casa para que recogiera sus cosas y por supuesto a Jane y después la acompañó a su apartamento. Amablemente Franklin salió para hacerse cargo de Jane y de las bolsas mientras ellos hablaban y se despedían en el vestíbulo.

—No te olvides que el sábado que viene es el cumpleaños de Felix —le recordó— y, por si queda alguna duda, no cuenta como una de nuestras citas porque ha sido Faith la que te ha invitado. No yo.

—De acuerdo.

—Quiero decir, te habría invitado si ella no lo hubiera hecho —se excusó, consciente de lo mal que había sonado su comentario anterior.

—No te preocupes. Lo había entendido.

—Bien —concedió, acercándose a ella para darle un beso de despedida.

Cuando se marchó, Olivia cayó en la cuenta de que, en esa ocasión, no le había importado que Franklin los viera hacerlo.



Capítulo 24

Ford había comenzado la semana sintiéndose como un completo imbécil. No solo había disgustado a May, su asistente, sino que estaba seguro de que había lastimado a Olivia por no ser claro con ella. El problema era que ni él mismo estaba seguro de nada. Ni siquiera creía ser capaz de estar en una relación estable y lo peor era que no había ningún motivo para que no lo quisiera. Sus padres y su hermana estaban casados y felices, ¿por qué era para él un problema?

Inicialmente había barajado la idea de que nunca había estado en una relación comprometida porque nunca había encontrado a nadie con quien quisiera hacerlo, no obstante, era pura falsedad. Olivia había estado siempre ahí y, desde el momento en que la conoció, supo que nunca podría estar con ella sin estarlo realmente. Por eso se había mantenido en el rol de amigo. Hasta que ella le había pedido ayuda y él había aprovechado la oportunidad para probarse a sí mismo. La quería, siempre lo había hecho. Hasta el punto de que le mataban los celos que sentía por el maldito veterinario. Noah era un gran tipo, lo que complicaba las cosas mucho más.

Olivia era especial, él la respetaba y la admiraba, no había ninguna otra mujer que le tentara a algo más que unas pocas citas, y, sin embargo, no se había atrevido a hablarle claro.

Cierto era que se estaba tomando las cosas con calma porque ella era especial, pero eso no era suficiente, tenían una conversación pendiente y ninguno de los dos se había atrevido hasta el momento a dar el primer paso y ponerla sobre la mesa.

Su móvil vibro en su mesa y le dio la vuelta para ver quien llamaba. Respondió con una sonrisa en la voz:

—Hola, Faith.

—¿Y ese saludo? —protestó ella.

Ford bufó.

—¿Por qué siempre tienes que quejarte por el modo en que te saludo? —Faith rio y Ford fue consciente de que le estaba tomando el pelo—. Muy graciosa. ¿Se puede saber a qué debo tu

llamada?

—Para recordarte que el sábado es el cumpleaños de Felix y asegurarme de que Olivia te ha hecho comprar la batería que insinué que tu sobrino quería.

—¿Tú lo insinuaste?, ¿te olvidas de que soy tu hermano y te conozco?

—Para nada. ¿Lo has hecho?

Ford se fingió exasperado.

—Lo he hecho. ¿Contenta? Espero que tu marido no me mate cuando me vea aparecer con el regalo.

—Así que además de convencerte de que la compraras te lo ha contado todo —adivinó Faith.

—Por supuesto. Entre nosotros no hay secretos.

—¿Estás seguro?

Faith no se esperaba el tono enfadado con el que contestó su hermano.

—Lo estoy, no entiendo lo que pretendes con ese comentario.

—Solo que te des cuenta de lo que tienes delante, antes de que se canse y se aleje —contestó de forma velada, pero lo bastante clara como para que Ford pudiera entenderla.

—Las cosas no son como crees.

—Las cosas son exactamente como creo. Esa mujer está enamorada de ti desde... no sé ni desde cuándo. Y lo más gracioso es que tú sientes lo mismo.

—Faith —dijo en un tono de advertencia.

—Asúmelo, hermano. No te va a esperar toda la vida, aunque a la familia le encantaría que lo hiciera.

—No sé si podría llevar una relación.

Las carcajadas de Faith hicieron que Ford tuviera que apartarse el teléfono de la oreja.

—Estás peor de lo que pensaba —se quejó su hermana—, por si no te has dado cuenta, hace como diez años que mantienes una relación estable con ella.

—Nosotros no...

—¿De veras? Contéstame a unas preguntas: ¿cada cuánto tiempo habláis por teléfono?

—Todos los días —contestó sin dudar.

—¿Mensajes?

—Igual.

—¿Os veis?

—Tres o cuatro veces a la semana, depende de lo ocupados que estemos. —Prefirió callarse el hecho de que, incluso cuando lo estaban, él mismo se escapaba unos minutos a su domicilio, aunque fuera para saludar.

—De acuerdo y dime, ¿tienes una llave de su casa?

—Lo que tengo el código de su ascensor y el de su apartamento, aunque sí que tengo la llave de su casa en los *Hamptons*.

Ford iba comprendiendo por dónde iba su hermana, pero no iba a detenerla porque él mismo quería saber hacia dónde iba todo.

—¿Le has dado una llave de tu casa?

—Mi apartamento tampoco funciona con llave. Tiene el código.

—¿No lo ves? —inquirió Faith—, sois una pareja. Y no me digas que no lo sois solo porque no hay sexo de por medio porque déjame decirte que el sexo es solo una de las partes divertidas de la relación. Las complicadas las habéis estado haciendo durante años y tú ni siquiera te has dado cuenta.

—Yo...

—Piénsalo, Ford. Os espero el sábado en casa.

—Sí, sí, nos vemos.

Cuando su hermana colgó se quedó allí, con el teléfono todavía pegado en su oreja, sin tener mucha idea de lo que acababa de suceder.

Había mucha verdad en sus palabras, pero, por otro lado, ¿no se trataba de eso la amistad? Decidió archivarlo para pensarlo en otro momento cuando May llamó a la puerta y entró temblorosa por el regaño anterior.

—Siento lo de antes, Ford. Ya he reorganizado tu agenda para que no se solapen las reuniones de esta semana.

—Gracias, May, y perdona por haberte levantado la voz —se disculpó—, sé que no es excusa, pero las reuniones de mañana son muy importantes para la editorial.

—Es mi culpa por no haber revisado tu agenda antes de aceptar la reunión con el señor Knight.

—Igualmente, lo siento.

May sonrió con timidez.

—Prometo que no volverá a pasar —dijo, antes de salir por la puerta más tranquila. Logrando con ello que Ford se sintiera un poco menos mal.

Lydia: Chicas, tenemos que ir pensando dónde vamos a ir de vacaciones este año.

Alexis: Yo voto por sol y playa.

Arlene: Ibiza.

Victoria: Capri.

Olivia: Las dos suenan bien.

Lydia: De acuerdo, si no hay más opciones, votaremos. ¿A quién le toca este año organizarlas?

Arlene: Me toca a mí y estoy conforme con votar.

Olivia: Mi voto es para Ibiza.

Alexis: Otro para Ibiza.

Victoria: Capri.

Lydia: Ibiza por aquí también. Lo siento, Vicky, pero hay más fiesta.

Arlene: Ibiza entonces. Me pongo a ello esta semana. ¿Os parece bien una villa?, ¿segunda semana de julio, como siempre?

Olivia: Perfecto.

Alexis: Suena genial.

Victoria: Sí, pero con playa privada.

Lydia: ¿Venderán ya bikinis?



Capítulo 25

Madison estaba cansada de ser siempre la dama de honor y nunca la novia por lo que, por una vez en su vida, hizo una locura y se bajó una de esas aplicaciones de citas. El problema era que, aunque la tenía descargada en su teléfono, todavía no había rellenado la información ni subido ninguna fotografía.

Con esa idea en mente, la de recibir ayuda de su prima, ¿quién mejor que una escritora de novela romántica para escribir algo que llamara la atención de sus posibles pretendientes?, saludó a Franklin y entró en el ascensor que le llevaría hasta su apartamento.

Contra todo lo esperado, Olivia parecía enfrascada en la escritura, por lo que no queriendo molestar la dejó en el despacho y se fue al comedor con su portátil y el teléfono. Tenía algunas cosas que hacer, por lo que podía aprovechar el tiempo mientras ella trabajaba. Estuvo haciéndolo una hora antes de que decidiera prepararse un café. Con esa idea en mente se metió en la cocina y preparó dos tazas, una para ella y otra para Olivia. Se dio cuenta que Jane no tenía comida, por lo que le puso un poco, extrañada por la falta de alimento, pues su prima era muy meticulosa con que la gatita siempre tuviera el cuenco lleno para que pudiera comer cuando quisiera. «¿Cuánto tiempo llevaba escribiendo?», se preguntó.

Tratando de ser sigilosa, asió la taza y se encaminó hasta el despacho donde Olivia parecía concentrada en lo que había en su pantalla. Se dio la vuelta en cuanto la escuchó entrar:

—Hola.

—Hola, pareces contenta —sonrió Madison.

—Lo estoy. Acabo de escribir cinco mil palabras y no me apetece borrar ninguna de ellas.

Madison le ofreció el café con una sonrisa.

—Eso es genial.

—Lo es. Creo que las citas están empezando a funcionar. Lo malo es que ya quedan pocas.

—¿Por qué no...?

—No hablemos de eso. Cuéntame, ¿qué tal tu fin de semana? —la cortó.

—Aburrido, lo que me recuerda... ¿me harías unas fotografías?

Olivia la miró sin comprender.

—Me he descargado una aplicación de citas y había pensado que quizás podrías escribir mi presentación y sacarme un par de fotografías donde me vea sexi.

—No creo que debas hacerlo.

—¿Perdón?

—Pero tengo la solución perfecta a tu problema. En lugar de tratar de conocer gente de forma virtual, vamos a organizar una salida de chicas para digamos... ¿el viernes? El sábado tengo el cumpleaños del sobrino de Ford. ¿Qué te parece?

—No sé.

—Será genial. Cena y discoteca, como en los viejos tiempos.

—Puedo contratar un servicio de coches para que nos lleve toda la noche y también puedo hacer una reserva en el restaurante francés al que nos llevó Travis, el que reformó su firma.

—¡Hazlo! Estaba todo delicioso. Y si no funciona y no conoces a nadie, te prometo que te escribiré lo que quieras y te haré las fotos sexis. Hasta te prestaré ropa.

—Como si tu ropa me cupiera.

—Por supuesto que lo hace. No exageres.

Siguieron hablando de sus planes sin molestarse en llamar a Riley. Era imposible que su amiga dijera que no a sus planes.

Olivia y Madison se pasaron el resto de la semana trabajando. Ni siquiera tuvo tiempo para ver a Ford, quien se había escapado en varias ocasiones para visitarla en casa, donde habían cenado y tonteado, pero nada como los besos que compartieron en la cama de él.

Ninguno de los dos volvió a sacar el tema de la confesión de Olivia ni tampoco hablaron de lo que les deparaba el futuro. Por suerte, ella estaba demasiado absorta con la novela como para permitirse pensar en algo que no fueran sus personajes y sus vidas.

Finalmente llegó el viernes y las tres se vistieron para salir: Olivia se puso un vestido negro de tirantes corto con una blazer del mismo color, zapatos de tacón y bolso a juego. Riley optó por un top de tirantes con escote pronunciado en uve y minifalda, todo en satén negro, zapatos de tacón, bolso y una chaqueta corta por encima de la cintura en piel, también había apostado por el negro. Madison llevaba unos pantalones negros con *glitter* en plateado, una blusa romántica blanca con un gran lazo en el cuello, sandalias y bolso negro.

—Estamos estupendas —anunció Riley cuando fueron a su casa a recogerla con el coche con conductor que habían alquilado para la noche.

—Portaos bien —pidió Travis, quien había acompañado a su mujer a la puerta— y llamadme si necesitáis algo.

—Estaremos bien —se quejó su esposa.

—Adiós, Travis —se despidieron Olivia y Madison al unísono.

Media hora más tarde estaban sentadas en el reservado del restaurante mirando la carta.

Olivia no había querido tratar el tema de Ford esa noche. Había esperado toda la semana para salir con ellas y lo que menos deseaba era deprimirse pensando en lo que iba a pasar entre ella y Ford. Sin embargo, estaba claro que Riley no iba a dejarlo pasar tan fácilmente.

Se alegró de que el restaurante que había escogido Madison estuviera lleno de gente, porque si había algo que molestara a Riley más que sentir que le ocultaban algo era montar un

escándalo.

—Cuéntanos, Liv, ¿ya sois oficiales Ford y tú? ¿o seguís todavía en novios falsos?

Olivia se aguantó las ganas de mandarla a la mierda y respondió. Podía entender que estuviera preocupada por ella, pero no hacía falta ser una imbécil para hacérselo saber.

—Ford no tiene relaciones. Ya lo sabes.

—Estupendo. Y tú no tienes encuentros sin sentido —le recriminó Riley—. ¿Qué vas a hacer?, ¿actuar como si fuerais pareja hasta que se acaben las diez malditas citas?

—Fue idea tuya.

—No es cierto. Travis fue quien me lo sugirió.

Olivia miró con incredulidad a su amiga.

—Yo siempre pensé que Noah era tu mejor opción y no me he retractado de ello nunca.

—No puedo creer que sigas con eso después de lo que os he contado. —El enfado de Olivia estaba en su punto álgido.

—Chicas —intervino Madison con cautela—, por favor.

Ambas la miraron y trataron de calmarse.

—Liv, te quiero, pero Riley tiene razón. Si no aclaras lo que sea que hay entre vosotros lo lamentarás más tarde. Porque cuanto más tiempo estés con él como pareja, más vas a sentir y si él solo pretende cumplir las diez citas y dejarlo como estaba, no solo vas a seguir bloqueada, vas a deprimirte mucho.

—Ford nunca me haría daño.

—Por supuesto que no. Al menos no de forma consciente, pero ¿acaso sabe cómo te sientes ahora? —preguntó Madison con suavidad.

—No.

Como la apaciguadora que era, Madison tomó el control de la situación.

—No discutamos. Esta noche es para que yo encuentre al tipo que evitará que me pase el fin de semana solo y aburrida en casa.

—No necesitas a un hombre para salir —protestó Riley.

—Lo sé, pero lo quiero —aceptó con un guiño.

—Eso es otra cosa y no voy a decir nada al respecto.

En cuanto llegó el camarero pidieron y, con la comida delante, el malestar anterior se esfumó. Olivia sabía que sus amigas estaban preocupadas por ella, pero en esos instantes estaba aprovechando el momento, no pensando en lo que podía pasar. Ya había pensado en el futuro años atrás, cuando decidió guardarse para sí misma sus sentimientos y no decirle nada a Ford. No obstante, ahora que le tenía, aunque fuera por unos días, iba a sacarle todo el jugo posible a la situación.

La noche fue genial, la comida un éxito, la discoteca divertidísima, la parte de que Madison conociera a alguien que valiera la pena un desastre total.

Habían bailado con chicos, se les habían acercado muchos, pero eran demasiado descarados o directos y Madison no se había interesado por ninguno. Y tampoco era que Olivia la culpara.

—Ven el lunes y te haré las fotos —pidió Olivia muchísimo más tarde, cuando ya habían dejado a Riley en casa.

—De acuerdo —aceptó con una risita ebria que hizo sonreír a su prima, quien, consciente de que tenía que ir a una fiesta al día siguiente con la familia de Ford, hacía muchas horas que había dejado de beber, pasándose al agua.

—Encontrarás al hombre perfecto para ti.

—Ojalá —suspiró—. Ojalá.



Capítulo 26

El sábado por la mañana Olivia se despertó como una rosa. Era lo que tenía haberse pasado al agua hacia la mitad de la noche. Contenta de su decisión se levantó de la cama, se encaminó a la cocina para ponerle comida a Jane, quien apenas miró la comida cuando le puso su pienso habitual.

—Yo no soy Ford, señorita. Si quieres comer vas a tener que conformarte con lo que te doy.

Con la cabeza bien alta le dio una mirada altiva y abandonó la cocina, sin siquiera dignarse a oler su pienso.

Divertida por la actitud de su gata, se preparó un café y, tras beberse, se metió en el cuarto de baño donde se duchó y se lavó los dientes. Todavía en albornoz, hizo su cama y rebuscó algo que ponerse en su armario. Tenía cita para la peluquería, ya que llevaba el pelo tan largo que le molestaba incluso recogido. Tampoco era que fuera a cortarlo, solamente iba a sanearse las puntas y a hacerse el tratamiento de hidratación que se hacía cada cierto punto.

Cuando estuvo vestida volvió a la cocina para notar que Jane seguía sin tocar la comida. De repente, recordó las palabras de Ford cuando habían comido en Central Park y decidió que la ocasión era más que perfecta. Después de todo la salida de chicas, aunque divertida, había sido un completo fracaso como misión para que Madison conociera a un buen hombre.

Emocionada por la idea corrió a su dormitorio y cogió su teléfono de encima de la mesilla de noche. Tras desbloquearlo abrió la lista de favoritos y localizó a Madison.

La primera llamada fue directa al buzón de voz porque no fue respondida, lo intentó una segunda y unos instantes antes de ser dirigida de nuevo al buzón, la voz lastimera de su prima sonó a través de la línea.

—¿Qué?

—Necesito tu ayuda, por favor.

Madison bufó, pero escuchó que se removía en la cama, seguramente incorporándose.

—¿Qué sucede?

—Es Jane —dijo, dejando en suspenso la explicación de lo que sucedía.

—¿Le ha pasado algo?

La voz de su prima sonaba más lúcida lo que significaba que ya la tenía completamente atenta.

—Lleva un par de días sin comer —lo que era cierto, desde que se le acabaron las latas de Ford le había comprado—. Y se ve decaída. Quiero llevarla al veterinario, pero no puedo porque tengo cita con Roger y no puedo faltar porque esta tarde es la fiesta de cumpleaños del sobrino de Felix —se lamentó.

Madison suspiró sonoramente antes de rendirse.

—De acuerdo, yo la llevaré, pero necesito al menos una hora para ser mínimamente funcional.

—Sin problemas, pero Madi...

—¿Sí?

—Arréglate bien, por favor. El veterinario es el primo de Riley y no quiero que piense que en nuestra familia somos unas alcohólicas.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense ese tipo?

—Desde que es el sobrino favorito de la madre de Riley.

Consciente de lo mucho que se querían la señora Park y Olivia aceptó a regañadientes.

—Lo haré, pero me deberás una muy, muy grande.

—¡Hecho!

—Estaré en tu casa en un rato.

—Gracias, Madi. Te quiero.

Su prima dijo algo ininteligible y colgó.

Tal y como había prometido, Madison se presentó en su casa una hora después. Olivia todavía iba sobrada de tiempo para su cita con el peluquero, pero no tenía intención de hacérselo saber a su prima.

—Buena elección —alabó—, esos vaqueros te sientan sensacionales y el jersey resalta el color de tus ojos, que nunca me había dado cuenta de que se parecen a los de un gato.

Dio un par de palmaditas, encantada con ello. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo perfecta que era su prima para cierto veterinario sexi? La parte más complicada iba a ser que Riley se conformara con que lo suyo con Noah era imposible, pero ya llegarían a ello cuando fuera absolutamente imprescindible. Quizás para ese momento podía pedirle ayuda a Travis, no había nadie como él para calmar y convencer a su mejor amiga.

—Gracias. Me duele la cabeza.

—¿Quieres un café?

—Lo tomaré si a la oferta le añades un cóctel de analgésicos. No tenía ninguno en casa y tenía prisa por venir, así que tampoco he podido comprarlos.

—Siéntate.

Se encaminó hacia la cafetera, pero se dio cuenta de que Jane acababa de entrar e iba directa hacia el comedero por lo que se agachó para cogerla al vuelo, antes de que se cargara su plan:

—Pobrecita, mi niña —la acunó—, está desganada.

—No creo que sea nada. Se ve bien.

—Eso es porque no la conoces como yo, pero te aseguro que está tristona.

Madison se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. ¿Qué pasa con mi café y mis pastillas?

—Enseguida —dijo mientras salía con Jane en brazos y la escondía en su dormitorio.

Se agachó para estar a la altura de ella y se disculpó.

—Te prometo que te compensaré. Te comparé una caja de latas gourmet. Confía en mí.

Satisfecha consigo misma, regresó a la cocina para espabilar a su prima con cafeína y analgésicos. Tenía que estar lo más lucida y sin resaca que pudiera si iba de camino a enamorarse.



Capítulo 27

Madison siempre había sido una persona paciente, pero llevaba muy mal que le tomaran el pelo. Como agente literario se le daban bien las negociaciones y era consciente de que ciertas cosas requerían tiempo, pero su situación actual parecía algo completamente distinto.

Hacía más de una hora que se había sentado en la sala de espera del veterinario, esperando a que llegara su turno y, contra todo sentido común, las personas que habían llegado después que ella se marchaban antes de que a ella siquiera la llamara para la consulta.

Estaba a punto de levantarse y protestar ante la persona de recepción, dado que ya no quedaba nadie más que ella, cuando una mujer con una bata blanca dijo el nombre de Jane. Enfadada y con dolor de cabeza, se levantó y la siguió hasta una sala de reconocimiento.

«Maravilloso», pensó, la sala estaba vacía, lo que significaba que iba a tener que esperar un rato más. No entendía por qué Riley se jactaba nombrando las virtudes de su primo cuando ella no era capaz de encontrarle ninguna. Era impuntual, irresponsable y poco profesional.

Escuchó unos pasos tras ella y se dio la vuelta para enfrentarse a él. Iba a soltar una fresca sobre lo ocupado que estaba cuando él habló primero:

—No eres Olivia.

—Una deducción muy sagaz. ¿Qué me ha delatado?

Al parecer el tipo no solo era guapísimo, también era observador.

En lugar de ofenderse por la obvia burla en sus palabras, sonrió, como si su molestia fuera divertida.

—Así que eres su asistente —aventuró.

—¿Disculpa?

—No hay nada de malo en ser asistente —replicó, condescendiente.

—Por supuesto que no, pero no soy su asistente. Soy su prima y su agente literario.

—¿Su prima? —inquirió con una sonrisa—, supongo que eso explica el color del cabello.

Madison se mordió la lengua para no responderle mordaz. Normalmente no era así. Era una

persona amable y paciente, pero por algún motivo Noah Choi tenía la capacidad de cabrearla con solo estar en la misma habitación.

—¿Puedes revisar a Jane? Me duele la cabeza y necesito llenarme el estómago.

—¿Te encuentras bien?

—No, ya te he dicho que me duele la cabeza —aclaró cuando él la miró con cierta curiosidad—, tengo resaca.

—Entiendo.

—No, no lo haces. Normalmente no soy una persona que bebe, pero ayer tuvimos una salida de chicas y terminamos en una discoteca donde hacía mucho calor y los cócteles que Riley se empeñaba en que probáramos estaban muy buenos. Oh, Dios, ¿por qué te estoy contando esto?

Noah sonrió y le señaló una silla para que se sentara al tiempo que extendía los brazos para coger la mochila de Jane y sacarla para examinarla.

Como era de esperar la gatita pareció encantada de verle y se dejó hacer sin problemas.

—¿Necesitas una aspirina? —ofreció.

—Te lo agradecería —aceptó de mala gana.

Noah asintió y se giró para hablar con Jane, quien se había tumbado a dormirar sobre la camilla en que la había dejado, como si la cosa no fuera con ella.

—Vuelvo enseguida. Sé buena. —Y salió por la puerta dejando a las dos, humana y animal, esperándole.

Regresó unos minutos después con un vaso de agua y una aspirina, que Madison aceptó con una sonrisa tibia. Todavía estaba molesta por haber tenido que esperarse a la última para ser atendida.

—¿Qué le pasa a Jane?

—Olivia dice que lleva unos días sin comer y que está decaída.

—¿Puedo preguntar por qué no la ha traído ella?

—Ya lo has hecho, así que... —se encogió de hombros.

—No sé lo que he hecho para cabrearte, pero me disculpo igualmente...

—Madison Stevens.

Noah sonrió, le gustaba su actitud, aunque su malhumor estuviera dirigido hacia él.

—Lo siento, Madison Stevens, por lo que sea que te haya ofendido.

—Bueno, me has dejado para el final cuando he llegado antes que la mayoría de tus pacientes.

Madison notó que se sonrojaba, como si lo hubiese hecho de forma consciente, en cambio trató de excusarse:

—Esas personas que han entrado antes que tú venían con cita y tú has sido una emergencia.

Dado lo molesta que estaba no iba a confesar que lo había hecho porque pensaba invitar a Olivia a comer. Cuando Lisa le había avisado de que Jane estaba en la sala de espera, pensó en atenderla justo antes de su pausa para comer y así tener la excusa perfecta para invitarla. No había esperado que no fuera Olivia la que había llevado a la gatita a su consulta.

—Precisamente por eso debería haber entrado antes.

—Una emergencia es algo un poco más... aparatoso.

Madison le observó muy seria, como si se estuviera debatiendo entre rebatirle o callarse la réplica.

—Vamos a hacer algo —comentó mientras revisaba a Jane, quien, evidentemente estaba perfecta de salud—. Deja que te compense el tiempo perdido.

—¿Cómo?

—Puedo curarte la resaca —dijo muy convencido.

—¿Y cómo lo harías? Por si no te has dado cuenta no soy un gato y no te ofendas, pero hasta ahora tu aspirina no ha hecho nada con mi dolor de cabeza.

—Puedo ver por mí mismo que no eres un gato, aunque tengas ojos felinos.

—¿Sabes? Como me duele la cabeza voy a tomármelo como un cumplido y a dejarlo correr.

—Era un cumplido y si confías en mí te prometo que cuando terminemos te sentirás mejor.

Aunque lo miró con desconfianza, se sorprendió a sí misma aceptando.

—De acuerdo, pero un consejo: la próxima vez no lo ofrezcas con esas palabras, suena... espeluznante.

Noah se rio de buena gana, completamente fascinado por la vena guerrera de Madison.

—Bien, dejemos a Jane con Lisa y vayamos a curar tu resaca.

—¿Y qué hay de Jane?, ¿está enferma?

—Está perfectamente. No la obliguéis a comer, ella lo hará cuando quiera.

—¿Y lo de que está decaída?

—¿Tú la ves apagada?

—No.

De repente la idea de que su prima hubiera montado todo con la única finalidad de que conociera al famoso primo de Riley se le pasó por la mente. Parecía como si el pobre tipo fuera una pelota que Olivia y Riley iban pasando mientras trataban de emparejarlo. Sonrió ante la idea de que hubiese alguien que pensara que necesitaba ayuda para tener citas. Noah Choi era increíblemente guapo, Madison estaba segura de que las mujeres hacían cola para salir con él.

—Vamos —pidió Noah con Jane en los brazos.

Cinco minutos después estaban saliendo solos de la clínica y, aunque Noah le había asegurado que la gata de su prima iba a estar bien cuidada e incluso se había puesto a comer del comedero de la gatita de Noah, no estaba muy segura de dejarla. Era su responsabilidad.

—Te prometo que va a estar bien y tú necesitas mi método contra la resaca más que nada. Ahora mismo.

—¿Tienes un método contra la resaca?

—Lo tengo. ¿Por qué pareces sorprendida?

Madison se encogió de hombros.

—Pareces demasiado formal como para eso.

Las carcajadas de Noah le oprimieron el estómago a Madison. Si serio era guapo, sonriendo era impresionante.

Se detuvieron a unas calles de la clínica y entraron en un restaurante coreano.

Le escuchó hablar en ese idioma con la dueña, que salió a recibirles, y después tomaron asiento en una mesa.

Ni siquiera habían pedido, al menos no en su idioma, cuando les sirvieron dos tazones de sopa y una jarra grande de agua.

—Pruébala —la animó él—, no solo te quitará la resaca, también está deliciosa.

—Lo está.

—Vas a tener que confiar más en mí —avisó, implicando que iban a volver a verse—, no creas nada de lo que te haya dicho Riley de mí. Soy de los buenos.

—Riley solo habla maravillas de ti.

—En ese caso es todo cierto.

Siguieron comiendo y hablando y con cada minuto que pasaba Madison iba borrando su primera impresión de él y dándole el beneficio de la duda. Tal vez, no era tan cretino como había creído.



Capítulo 28

La hermana de Ford y su familia vivían en una agradable casita en Albany, a poco más de una hora de Nueva York. El propio Ford era originario de la ciudad, en la que también vivían sus padres.

Tal y como habían acordado, Ford pasó a recogerla y juntos condujeron hasta la ciudad. Como la mayoría de gente que vivía en Nueva York, tenía su Audi aparcado en el garaje de su edificio y solo lo sacaba para viajes largos o trayectos fuera de la ciudad.

—Estás guapísima —la alabó con una sonrisa sincera—, ¿te has cortado el pelo?

Olivia asintió, encantada con que se diera cuenta.

Ford iba vestido con vaqueros y un jersey de punto gris que resaltaba el color de sus ojos. Olivia por su parte, se había vestido cómoda, una falda vaquera con una abertura en medio, sudadera en tonos rosa y zapatillas. El cabello, como siempre, lo había dejado suelto, aunque Roger, su peluquero, se lo había ondulado con tenacillas.

—¿Has cogido los regalos? —preguntó, queriendo asegurarse de que no se los había dejado en casa. No después de lo mucho que les había costado encontrar la maldita batería.

—Están en el maletero.

Olivia le había comprado cuatro juegos para la consola de videojuegos que tenía su sobrino. Juegos que, por supuesto, su madre había aprobado previamente.

—Bien. Por cierto, he seguido tu consejo.

—¿Cuál de ellos?

Olivia rio. Lo había dicho como si le fuera dando consejos a diestro y siniestro.

—Muy gracioso. El único que me has dado recientemente.

—Refréscame la memoria.

—He mandado a Jane con Madison al veterinario —dijo, explicándole cómo había

aprovechado la situación de que su gata se volviera exigente con la comida para enviarla a Noah con la excusa de que no comía.

—¿De veras? —Ford apartó la vista de la carretera para mirarla, asombrado.

—Por supuesto.

—Genial, y ¿cómo le ha ido?

—No lo sé. No la he llamado.

—Tal vez deberías hacerlo si esperas que sea creíble que Jane está malita. Madi te conoce y sabe que no te quedarías tranquila sin saber cómo está.

—Tienes razón —aceptó sacando su teléfono para llamarla.

—Una cosa más —la frenó Ford—, pregúntale si puede quedarse con ella esta noche—, así te quedas a dormir en mi casa. La fiesta terminará tarde y es mejor si vamos directamente al garaje.

—De acuerdo —concedió sin protestas.

No creía que fuera necesario quedarse en su casa, principalmente porque las casas de ambos estaban lo suficientemente cerca como para que no fuera un problema volver sola a su apartamento, sin embargo, el que Ford quisiera que se quedara fue lo que marcó la diferencia.

Cuando llamó a Madison, esta todavía estaba en la consulta. Al parecer había mucha gente y todavía no la habían llamado para atenderla. Tras asegurarse de que la llamara en cuanto supiera lo que tenía Jane, tenía que parecer creíble, le preguntó si podía quedársela esa noche y, tal y como había esperado, su prima aceptó y no hizo preguntas al respecto. Colgó con la esperanza de que su plan saliera bien y Madison y Noah congeniaran.

Media hora después estaban aparcando en la puerta de la casa de Faith y Felix salió corriendo para recibirles.

—Tía Liv, has venido.

—Por supuesto. No me hubiese perdido tu cumpleaños por nada.

El niño rio, encantado. Tenía un pequeño *crush* con ella, lo que lo hacía todavía más adorable de lo que ya era.

—¿Y qué pasa conmigo? Yo también he venido.

Felix se rio a carcajadas y corrió para abrazar a su tío.

Todavía no habían entrado en la vivienda cuando Nathan, el marido de Faith, y Paul, el padre de Ford, salieron a recibirles.

Nathan arrugó la nariz cuando vio la enorme caja que su cuñado estaba sacando del maletero.

—Bienvenida, Olivia. Me alegro de verte —la saludó dándole un abrazo rápido—. No puedo decir lo mismo de ti, Ford. Dime que eso no es lo que creo que es.

—Yo solo cumplo órdenes —se excusó—, la culpa es de ella.

Olivia rio al verse señalada.

—Y yo hice una recomendación a petición de alguien —confesó al tiempo que recibía el abrazo del padre de Ford.

—Resumiendo, la culpa es de mi hija —rio este.

—Tío, ¿es para mí? —saltó Felix—, ¿puedo abrirlo? Por favor, ¿puedo?

—Déjame entrarlo, que pesa, y después es todo tuyo.

—¡Bieeeeeen!

Faith y su madre salieron de la cocina cuando los escucharon entrar en casa. Faith fue la primera en llegar a ella y abrazarla. Iba vestida informal, con vaqueros y un jersey fino, lo que contrastaba con la Faith profesional de traje que dirigía una de las sucursales bancarias más

importantes de la ciudad. Su cabello, castaño como el de Ford, estaba salpicado con mechaz rubias finas que lo iluminaban.

—Me alegro de que hayas venido —dijo con sinceridad—, ven a la cocina y te haré un *bloody mary*.

—No la acapares —protestó su madre, abrazándola.

—Me alegro de veros a las dos —correspondió, siguiéndolas a la cocina— y el *bloody mary* suena genial.

—¿Y qué hay de nosotros? —protestó Ford.

—Vosotros os tenéis que ocupar de la parrilla —anunció Sharon, la madre de los hermanos Holt.

—Lo haremos —sentenció Paul—, pero también queremos beber.

—Tenéis cerveza en la nevera de fuera —avisó Faith—. Felix, cariño, ¿quieres venir con nosotras? Mamá puede prepararte un *bloody mary* sin alcohol.

—No me gusta el zumo de tomate —protestó—, voy a quedarme con los chicos para que el tío Ford me dé mi regalo.

—Lo que me recuerda... —comentó Olivia mientras le lanzaba una mirada de censura a Ford por no haber sacado su regalo—. En seguida vuelvo —anunció saliendo a toda prisa.

Cinco minutos más tarde, Felix había abierto los regalos de ambos y se debatía entre montar la batería con su tío o ponerse a jugar con los videojuegos que Olivia le había llevado de regalo.

La comida estuvo deliciosa y la compañía fue tan divertida y amable como Olivia la recordaba. Era evidente que la familia de Ford se sentía tan a gusto con ella como ella misma se sentía con ellos.

No obstante, por alguna razón que no pudo comprender, tanto la madre de Ford como su hermana se mantuvieron especialmente alerta cada vez que ellos estaban cerca, lo que resultaba desconcertante dado los años de amistad que les unían. No le dio demasiada importancia hasta que Sharon comentó, como si no tuviera mayor importancia, que era la única mujer que su hijo había llevado nunca a casa, a excepción de Riley y de Madison, pero de algún modo estaban relacionadas con la propia Olivia, una por amistad y la otra por sangre.

—Siempre bromeo con él con que no quiero que traiga ninguna cita a casa, pero sé que no lo haría, aunque se lo pidiera —explicó Faith—. No creo que haya sentido que ninguna de sus conquistas fuera nunca lo suficientemente importante como para presentársela a su familia.

—Bueno, nosotros somos amigos.

—Es mucho más que eso —insistió Faith—, eres, sin ninguna duda, su relación más larga.

Olivia rio por la ocurrencia, pero lo negó.

—No tenemos una relación. No del tipo que crees.

Faith la miró con el ceño fruncido.

—La amistad es una relación por sí misma.

—Supongo que, visto así, tienes razón.

El comentario la dejó pensativa y, aunque trató de apartarlo para no parecer ensimismada e interactuar con todos, no pudo dejarlo de lado del todo. Ni siquiera cuando Felix la arrastró a jugar a uno de los videojuegos que le había llevado.

Se marcharon pasadas las seis. Faith se empeñó en que se quedaran a cenar para terminar con toda la carne que había quedado de la comida y cuando Ford le preguntó si estaba de acuerdo con la mirada, Olivia asintió.

Jane no estaba en casa, por lo que no había nadie esperando por ella y no podía negar que los Holt eran entretenidos y muy amables. Pasar tiempo con ellos era tan fácil como lo era estar con Ford.

Más tarde, cuando se pusieron en camino, Olivia se sentía agotada. Seguirle el ritmo a un niño de ocho años la había dejado sin una gota de energía por lo que, sin darse cuenta, se quedó dormida en el coche, con la música de Michael Bublé de fondo, arrullándola.



Capítulo 29

Olivia se arrepintió de no haberse traído uno de sus pijamas, que sin duda eran más sexis que el que Ford le había prestado y que era tan grande que se perdía dentro de él. Si no hubiese sido porque el pantalón llevaba un cordón ni siquiera habría podido llevarlo sin perderlo por el camino.

Una vez duchada y cambiada, después de la renovadora siesta que se había echado en el coche de regreso a casa, salió del dormitorio y se sentó en el sofá junto a él. Estaba revisando la oferta de películas, por lo que llegó a tiempo para dar su opinión. Aunque no sirvió de mucho porque, a pesar de las protestas de Olivia, Ford terminó poniendo una película basada en uno de sus libros. Y si bien los primeros minutos los pasó avergonzada, las dos horas restantes se las pasaron haciendo comentarios sobre los actores, los escenarios y lo divertido que había sido visitar el plató de grabación.

—Creo que va siendo hora de que nos vayamos a la cama —comentó Ford, cuando esta terminó, en un tono de voz tan ronco que erizó la piel de Olivia.

—De acuerdo —musitó, pero ninguno de los dos hizo el amago de moverse.

Se quedaron mirándose el uno al otro hasta que la propia Olivia tomó la iniciativa y se inclinó más cerca, ansiosa por robarle un beso.

Ford no tardó un segundo en devolvérselo y ella ladeó la cabeza separando los labios para que sus lenguas se encontraran. En algún momento durante el beso se encontró sentada a horcajadas sobre él mientras enredaba sus dedos en su cabello y él le agarraba el trasero para posicionarla donde la necesitaba. Olivia le rodeó la cintura con las piernas, entre tanto él la sostenía y la calidez de sus anchas palmas se propagó a través de la fina tela del pijama de algodón hasta su piel.

Olivia comenzó a derretirse por dentro. Sintió que se fusionaba y ardía al mismo tiempo. El

pitido de una alarma comenzó a resonar con fuerza en su cabeza. ¿Estaba segura de que quería continuar? Ni siquiera habían mantenido la conversación que tenían pendiente... ¿Si iba más allá seguirían con las citas falsas?, ¿afectaría lo que estaban a punto de hacer a su amistad?

Sin embargo, no iba a engañarse a sí misma, no podía detenerse ni aunque lo intentara, se estaba consumiéndose desde dentro.

El beso se volvió salvaje. Olivia deslizó los dedos por decisión propia por debajo de la camiseta de Ford para clavárselos en los duros músculos de la espalda.

De pronto, él se bajó del sofá todavía con ella enredada en su cuerpo. La ayudó a bajar de él y la dirigió por delante hacia su dormitorio.

Antes de entrar en pánico, Olivia se quitó la parte de arriba del pijama y observó como Ford rebuscaba en el cajón de su mesilla de noche. Se dio la vuelta con un par de paquetitos plateados en la mano y cuando la vio no perdió el tiempo en pensamientos. A toda prisa comenzó a deshacerse de su propia ropa, dejando al descubierto sus músculos de suave piel bronceada.

Lo siguiente que supo Olivia fue que él estaba sobre la cama y que ella, todavía con los pantalones del pijama puestos, era aplastada por su cuerpo cálido y desnudo. Le envolvió con las piernas mientras él se concentraba en sus pechos, lamiendo y mordisqueando sus duros pezones.

Se retorció bajo la fuerza de sus dedos, bajo el látigo de su lengua. Lo empujó en el pecho con la fuerza suficiente como para desequilibrarlo y salió de debajo de él con intención de ponerse encima, pero todavía llevaba puestos los pantalones por lo que él no se lo permitió. De modo que se encontró de nuevo con la espalda sobre la cama para que Ford pudiera tomarse su tiempo despojándoselos. Los bajó con lentitud por sus piernas al tiempo que besaba la tersa piel de sus muslos y, cuando los tuvo fuera, hizo lo propio con la ropa interior.

Olivia sintió un escalofrío al sentirse tan expuesta, pero Ford la distrajo cuando, una vez más, su boca aplastó la de ella, haciéndola arquearse para encontrarse con él.

El beso se volvió ardiente y sus cuerpos se fundieron. Una cálida oleada de sangre atravesó a Ford, que lo único que quería era estar dentro de ella y poder satisfacerla de una forma en que nadie lo había hecho. Quería oírla gemir. Que lo deseara tanto como él la deseaba.

Tanteó su entrada con los dedos, consciente de que si usaba su boca no iba a ser capaz de aguantar. Olivia se movió contra su mano, con la mente en blanco, dejándose llevar por la locura de estar con él sin pensar en lo que sucedería al día siguiente. Como si fuera capaz de leer su mente con la misma certeza con la que leía su cuerpo, le preguntó:

—¿Quieres que me detenga?

—No.

—¿Estás segura? —preguntó mientras su boca se paseaba por la sensible piel de su garganta.

—Sí.

—Entonces no pienses —pidió Ford—, solo siente.

Se separó de ella el tiempo necesario para ponerse el preservativo y volvió a cubrirla con su cuerpo cálido y duro. Olivia separó las piernas, enrollándolas en sus caderas. Ahogó un gemido cuando lo sintió entrar en ella, poco a poco, centímetro a centímetro.

Ella se arqueó, buscando sentirlo más profundo y el gesto acabo con cualquier contención que Ford pudiera tener, la presa se rompió y salió y se clavó en su cuerpo haciéndoles perder la poca lucidez que les quedaba. Pero hundirse en ella no era suficiente por lo que bajó la cabeza y la besó, tragándose sus gemidos, su aliento, su placer...

Ford no se dejó llevar hasta que notó el éxtasis de Olivia exprimiéndole, apresándolo.

Tuvo cuidado de no aplastarla cuando se desplomó, saciado y feliz, tras haber vivido la

experiencia más profunda y placentera de su vida. Cuando por fin pudo moverse de nuevo, dejó un beso sobre la punta de la nariz de Olivia y se levantó para deshacerse del preservativo.

Olivia le miró sin vergüenza. Lo que había sucedido entre ellos estaba más allá de ella.

—Vamos a la ducha —pidió, estirando su mano para que ella la cogiera—, creo que voy a ser capaz de cumplir una de mis fantasías sexuales contigo sin avergonzarme.

Ella rio divertida.

—Así que tienes fantasías conmigo.

La idea de que Ford hubiese pensado en ella del mismo modo en que ella misma lo hacía con él activó sus recientemente gastadas energías.

—Por supuesto. He leído todos y cada uno de tus libros y hay varias escenas que me gustaría probar —admitió con un guiño—. ¿Qué te parece mi idea?

—Suená bien.

—Te prometo que va a ser mejor que bien.

Ella rio por la charla coqueta que jamás pensó tener con él.

—Deduzco que tus fantasías tienen lugar en una ducha.

—Algunas, pero no necesariamente. Lo de la ducha es un gusto personal, o, quizás, soy yo tratando de darte ideas para la nueva novela que estás escribiendo.

Olivia fingió estar pensando en la oferta.

—De acuerdo —dijo, aceptando su mano—, que no se diga que no predico con el ejemplo de lo que escribo.

—Esa es mi chica —sentenció Ford, logrando que el corazón de Olivia se acelerara aún más.



Capítulo 30

Olivia se despertó con el cuerpo ligeramente dolorido y extremadamente feliz. Sin embargo, su placidez le duró el tiempo que tardó en comprender que estaba sola en la cama. Su primera reacción fue asustarse, pero cuando recordó lo increíble que había sido la noche anterior, se relajó de inmediato. Después del mejor sexo de su vida habían hablado, bromeado y actuado como si todo estuviera bien entre ellos. La mañana siguiente no podía cambiar tanto su relación.

Se levantó, rebuscó en los cajones de Ford una camiseta y se la puso para ir a buscarle a la cocina. No se escuchaba la ducha, por lo que era evidente que estaba allí. No obstante, cuando llegó a ello se dio cuenta de que estaba vacía.

En lugar de preocuparse, decidió que lo más seguro era que hubiese salido a comprar el desayuno. Regresó al dormitorio en busca de alguna nota e incluso revisó su teléfono.

—Todo está bien —se dijo y, actuando con normalidad, se metió en la ducha.

El agua caliente alivió un poco sus músculos doloridos, aunque no fue capaz de hacer nada con su cabeza y la multitud de pensamientos contradictorios que fluctuaban en ella.

Estaba segura de que Ford nunca le haría daño. Podía dudar de muchas cosas e incluso de sí misma, pero nunca de que él la lastimara. Era imposible que se hubiese marchado dejándola en su casa, sin notas ni mensajes, si no era porque había salido a comprar el desayuno o quizás a correr.

Por si era lo primero ni siquiera se preparó un café. Se quedó sentada en el salón con una camiseta de él que le llegaba a medio muslo y unos bóxer que se le escurrían de la cintura.

Y el tiempo pasó, primero se centró en los minutos y después en los cuartos de hora. «Esperaré un cuarto más y si no llega me iré».

Se rindió cuando pasó una hora completa y seguía sin saber nada de él. Enfadada consigo misma por ser tan ingenua y con él por no ser sincero y limitarse a huir para que ella sola adivinara lo que sucedía, se vistió a toda prisa y salió de su casa con una opresión en el pecho y

la estúpida esperanza de que su ausencia tuviera una explicación.

Estaba entrando en su apartamento cuando sonó su teléfono. Lo sacó del bolso ilusionada con que fuera Ford, que la regañaba por no haberse esperado unos minutos más, pero no lo era. Durante unos largos segundos se debatió entre responder o dejar que sonara, no se sentía con fuerzas para hablar con Riley, su amiga tenía un sexto sentido y sabría inmediatamente que le estaba ocultando algo, pero, por otro lado, necesitaba hablar, que alguien la escuchara y la dejara descargar toda la pena, la vergüenza y el dolor que sentía en esos instantes:

—Hola, Ri.

—Liv, ¿qué está pasando? —inquirió su amiga con la voz cargada de preocupación, sin embargo, antes de que pudiera responder, Riley continuó—. Ford está aquí. Ha venido a hablar con Travis y los dos están encerrados en su despacho. ¿No fue ayer el cumpleaños de su sobrino?

—Sí.

—Liv, ¿por qué suenas así? Me estás asustando.

—Me ha dejado, Ri. Se ha ido y me ha dejado.

Se desplomó en la entrada de su casa. Se dejó caer en el suelo, sentándose apoyada contra la puerta. Ni siquiera tenía a Jane para que la consolara, ya que estaba con Madison.

—¿De qué estás hablando?

—Ayer hicimos el amor y esta mañana no estaba.

—¿Se ha ido de tu casa?

Olivia soltó una risa dolida.

—No, le he echado de su propia casa —explicó—. Tenía tantas ganas de alejarse de mí que se ha ido de su apartamento. Le he esperado más de una hora y no ha aparecido.

—Voy a matarle.

—No. Por favor, no hagas ni digas nada. ¿De acuerdo?

—Liv.

—Me voy a ir unos días, no sé cuánto tiempo ni dónde iré. Puede que me marche a Londres con Arlene, necesito despejar mi cabeza, pero estaré bien. Lo prometo.

—Voy contigo.

—No, no puedes dejar tu trabajo y a Travis. Te prometo que todo irá bien. Puede que por fin haya llegado el momento de rendirse, esta vez para siempre.

—Cariño.

—Y, Riley, por favor. No se lo digas a nadie. Os llamaré a ti y a Madison cuando me haya instalado. Pídele a Madi que se ocupe de Jane mientras yo no estoy.

Y colgó. No quería ni podía entrar en detalles. Riley y Ford eran amigos y, si bien estaba segura de la lealtad de su amiga, no quería que su relación volara por los aires por algo que directamente no iba con ella.

Se quedó unos minutos más sentada en el suelo y cuando por fin pudo levantarse llamó al vestíbulo y le pidió a Franklin que no dejara pasar a nadie. Después se cambió de ropa y preparó una maleta. Cuando la tuvo lista encendió el portátil y se conectó al chat:

Olivia: ¿A alguna de vosotras la han dejado tirada después de una noche increíble?

Lydia: Cariño, ¿estás bien?

Olivia: No. Necesito desaparecer durante unos días, por lo que voy a ir a mi casa de los *Hamptons*.

Alexis: Maldito imbécil.

Arlene: Lo que sea que necesites estoy a un vuelo de distancia. ¿Quieres venir a Londres?

Olivia: Lo he pensado, pero solo me voy a permitir estar de bajón unos días. Después voy a pasar página... no, voy a arrancarla.

Lydia: Deberías buscarte un ligue de rebote. Ya sabes lo que dicen... un clavo saca a otro clavo.

Olivia: Creo que voy a pasar.

Alexis: Desconecta unos días y no pienses en nada. Después de todo, él se lo pierde.

Victoria: Lo siento mucho, Olivia. Acabo de leerlos. Eres una persona maravillosa y una mujer bellísima, si el idiota no se da cuenta es su problema. Sin que sirva de precedente estoy de acuerdo con Alexis: él se lo pierde.



Capítulo 31

Madison se despertó con el sonido de la vibración incesante de su teléfono y al hacerlo se asustó al sentir algo cálido pegado a ella. Dio un rebote y su compañera de cama le lanzó una mirada altiva que la hizo reír.

—Lo siento, Jane. No me acordaba de que estabas aquí —se excusó, al tiempo que buscaba a tientas su móvil que la noche anterior había soltado en alguna parte de su cama cuando terminó de enviarse mensajes con su nuevo... amigo.

La llamada ya se había colgado, pero al desbloquearlo se dio cuenta de que tenía tres llamadas perdidas de Riley.

Preocupada porque la estuviera llamando un domingo por la mañana, se incorporó y pulsó devolver llamada. Menos de un segundo después la voz de Riley sonó a través del hilo:

—Tenemos que vernos. Es una emergencia.

—¿Estás bien?, ¿estás herida?

—No ese tipo de emergencia y la damnificada no soy yo. Es Olivia.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué sucede?

—Te veo en una hora en la pastelería Magnolia, necesito algo dulce que me suba el ánimo y tú también lo necesitarás cuando te ponga al día de lo que ha pasado.

—Riley, no puedes dejarme...

La línea se cortó antes de que pudiera terminar la frase:

—Colgada —zanjó Madison con el corazón acelerado.

Todavía medio dormida, su mente tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo volvió a desbloquear el teléfono y llamó a su prima, y por primera vez en toda su vida se encontró con que Olivia tenía el teléfono apagado lo que no solo era extraño, sino también preocupante.

Decidida a no perder más el tiempo, se levantó a toda prisa y se metió en la ducha. Tenía diez

minutos para arreglarse porque llegar a la pastelería le costaría, al menos, media hora.

Se vistió cómoda con un vestido estilo *boho*, unas botas *cowboy*, un bolso bandolera y una chaqueta vaquera.

Cuando llegó a la pastelería Riley ya estaba allí, sentada frente a un café del que salía una cantidad insana de nata y con una bandeja de *cupcakes* delante.

Madison se sentó a la mesa de Riley con la sensación de que había entrado en un capítulo de *Sex and the city*. Siempre le sucedía cuando entraba en la pastelería, pero después de lo increíble que había sido su sábado, a pesar de la resaca, estaba más que convencida de que su apacible existencia iba a dar un giro de ciento ochenta grados. Sobre todo si hacía caso a su instinto y a la expresión cautelosa de Riley.

—Este sitio me recuerda a las chicas de *Sex and the city*.

—Me pido Samantha, Olivia es Carrie y a ti te toca Charlotte.

—Muy graciosa.

—Puedes quedarte con Miranda si lo prefieres.

—Graciosísima.

—Lo sé. Te he pedido un café —anunció, cambiando de tema y poniéndole un vaso como el suyo delante.

—¿Cómo lo haces? —inquirió Madison con sincera curiosidad.

Riley alzó las cejas de un gesto interrogativo.

—¿Cómo te organizas para llegar siempre la primera y pedir lo que queremos tomar? —señaló la bandeja de *cupcakes*.

—Es un don.

—No mientas. Ya estabas aquí cuando me llamaste —insistió Madison—, es imposible que te diera tiempo a todo.

Riley suspiró sonoramente y se inclinó sobre la mesa, acercándose a Madison, como si fuera a revelar un secreto:

—Estaba en camino. No quería estar en casa cuando Ford saliera del despacho de Travis. El asesinato te lleva a la cárcel y soy demasiado guapa para terminar ahí.

—Sabes que no entiendo nada de lo que dices, ¿verdad?

Asintiendo, Riley dejó de andarse por las ramas y le contó a Madison todo lo que había hablado con Olivia y lo que sabía de sus planes. Cuando terminó ya no solo ella estaba preocupada por la posibilidad de terminar en la cárcel.

—La he llamado después de hablar contigo y tiene el teléfono apagado.

—Lo sé. Yo también lo he intentado —confesó Riley—, ¿deberíamos seguirla a Londres? Sabemos que ha ido a casa de Arlene.

—No tenemos la certeza de que esté ahí.

—Pero tú puedes llamarla y preguntarle. También eres su agente, tienes su número y sabes dónde vive.

—Creo que deberíamos ser racionales y esperar a que ella nos llame.

La morena arrugó el ceño.

—Lástima, me gustaba la idea de volar a Londres.

—Es posible que necesite estar sola. ¿Sabes algo de Ford? A él le tenemos cerca, podemos intentar que nos cuente su versión.

—Su versión no va a ser un problema —aclaró—, está con Travis.

—Tienes razón. Igualmente, no creo que las cosas sean lo que parecen. Ford jamás le haría

daño a Olivia.

—Pues se lo ha hecho —expuso Riley de nuevo.

—Aun así, no tiene sentido. Igualmente, debemos darle tiempo para que lo asimile y decida qué quiere hacer.

—Supongo que nos toca esperar —se lamentó Riley, que ya se veía a sí misma como la heroína que viajaba hasta Londres para subirle la moral a su mejor amiga.

—Me quedaré con Jane hasta que regrese.

—Ahora que lo mencionas, Olivia me ha pedido esta mañana que te pidiera que, por favor, te ocuparas de ella. Lo que me lleva a preguntarme, ¿por qué la tienes tú?

—Ayer la llevé al veterinario mientras ella iba al cumpleaños del sobrino de Ford.

—¿Al veterinario?, ¿tú?

—Sí. Olivia estaba preocupada porque llevaba varios días sin comer y un poco apática.

—Es un gato —protestó—, se pasan el día durmiendo. ¿Y?

Madison se encogió de hombros.

—Noah dijo que estaba bien.

—¿Noah?

Su amiga la miró como si hubiese perdido un tornillo.

—Sí, su veterinario.

—Mi primo.

—Sí. Riley, ¿estás bien?, ¿te duele algo? Estás siendo más rara de lo normal y estás empezando a asustarme.

—Estoy bien, creo. Puede que un poco molesta —aclaró.

—¿Por qué?

—Porque no esperaba que el alumno superara al maestro.

—¿Perdón?

—Cosas mías.

Pero estaba sonriendo tan raro que Madison se planteó si realmente había perdido el juicio.

—Y dime, Madi ¿qué te ha parecido mi primo? Es guapo, ¿verdad? Y simpático y encantador.

—Sí a todo.

—¿De veras?

—¿Me prometes que estás bien? —insistió Madison.

—Mejor que nunca.



Capítulo 32

Olivia necesitaba salir de su apartamento lo más rápido posible sin que nadie se enterara de su destino, por lo que no podía llamar a nadie para que la llevara. Normalmente cuando se marchaba de vacaciones la llevaba su padre o, en contadas ocasiones, tomaba un tren, sin embargo, esa mañana estaba demasiado agotada física y mentalmente como para hacer el viaje de ese modo. Conducir tampoco estaba en sus planes y pedirle ayuda a uno de sus amigos significaría que todos se enteraran de dónde se escondía. Estaba a punto de decidirse en llamar a un coche cuando una idea loca se instaló en su mente.

Desbloqueó su teléfono, buscó el número en la agenda y se lanzó de lleno en su locura:

—Buenos días, Olivia. ¿Suced algo?, ¿se ha puesto Jane peor?

—No, no es nada de eso. En realidad, te llamo para pedirte un favor.

—Por supuesto, ¿qué necesitas?

—¿Puedes llevarme a los *Hamptons*? Y lo más importante de todo, ¿puedes guardar el secreto de que estoy allí?

—Cuenta con ello. ¿Cuándo quieres que pase a recogerte?

—Lo tengo todo listo. Cuando puedas está bien para mí.

—Voy en camino.

—Gracias.

—No hay de qué.

Los *Hamptons* en primavera eran increíbles, aunque siendo justos, lo eran siempre. El paisaje era pacífico cuando no estaba lleno de gente.

Noah se había portado de maravilla con ella, sin preguntas ni silencios incómodos. Había llenado su viaje con buena música y una conversación agradable. En varios momentos, incluso, había sido capaz de olvidar los motivos que la habían llevado hasta allí.

Después de invitarle a comer, por las molestias, se habían despedido con la promesa de él de guardarle el secreto por unos días:

—No te estoy pidiendo que mientas si Riley te pregunta directamente por mí.

—No me preocupa mentirle a mi prima —confesó sonriendo—, me preocupa mentirle a la tuya.

—¿A Madison?

—Sí, he quedado para cenar con ella el miércoles, que es el día que viene un veterinario especializado en animales grandes y yo libro en la clínica. Si considero que está preocupada por ti o lo menciona... no me gustaría tener que mentirle.

—No lo hagas. No está bien mentir a la persona que te gusta. Díselo, pero pídele que guarde el secreto, aunque es probable que para ese entonces yo misma se lo haya contado ya, a ella y a Riley.

Noah asintió.

—Cuídate, y llámame si necesitas algo.

—Gracias por todo.

—No hay de qué.

Unos minutos después su coche desaparecía por el camino y Olivia se quedaba sola con mil pensamientos que ordenar y sin ganas de revisarlos. Barajó la posibilidad de mandar un mensaje a sus colegas para avisarles de que había llegado y estaba bien, pero decidió que antes prefería dar un paseo por la playa. Con esa idea en mente se cambió de zapatos, poniéndose unas chancas, y salió de su casa disfrutando de la fresca brisa marina y de la tranquilidad del lugar.

Durante los siguientes dos días estableció rutinas. Se despertaba por la mañana, se daba una ducha, se ponía ropa cómoda y daba un largo paseo por la playa. Después regresaba a casa, desayunaba y se sentaba a escribir. Algunas veces se entretenía contestando a los mensajes de sus amigas y colegas; otras veces cambiaban los mensajes por videollamadas, pero al final del día se encontraba con que Ford había tenido razón y el cambio de aires la había ayudado a superar el bloqueo, volviendo a escribir.

Después de la sesión matutina de trabajo, comía cualquier cosa preparada por ella misma, gracias a Dios tenía contratado todo el año un servicio de limpieza y de abastecimiento para que la casa estuviera lista cuando ella quisiera ir, por lo que tenía la nevera llena para experimentar con platos en los que nunca había pensado.

Tras la comida se tumbaba un ratito en el sofá y bien leía o bien ponía la televisión. Después daba otro relajante paseo y volvía a teclear. Los pensamientos los dejaba para cuando se acostaba. En esos instantes, tumbada en su cama y sin poder llenar su mente de otras cosas, no tenía más remedio que darle vueltas a lo que había sucedido e incluso asumir que ella misma tenía una parte de la culpa. Jamás tendría que haberle pedido a Ford que la ayudara. No cuando todavía estaba enamorada de él, no cuando no había podido superar sus sentimientos. Y, por supuesto, tampoco tendría que haber abierto la caja de Pandora, como hizo cuando le dio el beso. Ella tomó la iniciativa y fue ella la cambió las reglas del juego.

El miércoles se despertó y, como de costumbre, tras la ducha se fue a dar un paseo por la playa, pero a diferencia de las veces anteriores ese día se llevó consigo el móvil, que encendió mientras paseaba. Como era de esperar se llenó de notificaciones de llamadas y de mensajes, pero antes de revisarlas llamó a su madre para asegurarle que estaba bien y que solo se había tomado unos días de desconexión para terminar la novela. Se arrepintió de no haber tenido el pensamiento de llamarla, pero gracias al cielo tenía a Madison, quien se había encargado de

controlar la situación logrando que sus padres no se preocuparan en exceso.

Tras la charla con su madre llamó a su prima, a quien le dijo dónde estaba y lo más importante, que se encontraba bien, animada y con muchas ganas de trabajar. Riley fue la siguiente y la que más molesta estaba por su desconexión.

Amenazó con ir hasta allí si no regresaba pronto, pero Olivia sabía que por muchas ganas que tuviera de hacerlo, tenía obligaciones en la universidad que no podía saltarse para ir a verla. Colgó bajo la promesa de que regresaría antes de que terminara la semana.

Cuando se guardó el teléfono en el bolsillo, sin leer los mensajes o mirar las notificaciones de llamadas, se dio cuenta de que ninguna de sus amigas había mencionado el nombre de Ford. Ni siquiera habían hecho alusión al motivo que la había llevado hasta allí.

Se sintió agradecida por contar con ellas y siguió con su paseo. Cada vez más convencida de que el aire y el agua del mar tenían propiedades curativas, porque sanaban el alma.

Regresó despacio, pensando en todo lo que tenía pendiente para su jornada de trabajo. Ya había organizado la escaleta descriptiva de los dos capítulos que quería escribir ese día, pero mientras regresaba su mente estaba formando diálogos, conversaciones entre los personajes que no quería olvidar, por todo ello, sacó su teléfono y se dispuso a tomar notas. Las musas eran caprichosas y siempre aparecían en los momentos más inesperados, pero cualquier cosa era mejor a que la abandonaran y la llevaran a cometer locuras, como pedirle a su mejor amigo que tuviera citas románticas con ella.

Se rio de sí misma por haber creído que las cosas podían ir bien.

Caminaba tan ensimismada en su teléfono que ni siquiera se dio cuenta del coche aparcado en la entrada de su casa hasta que se plantó frente a él. El Audi negro que tenía delante pertenecía a la última persona que quería ver en esos instantes.

Como si hubiese sido conjurado por sus pensamientos Ford salió de un lateral de su casa y se plantó delante de ella. Parecía que había dormido mal durante un tiempo porque tenía ojeras, una barba descuidada e incluso había perdido un par de kilos.

—Olivia —musitó él, y el nombre sonó como una plegaria.

—Hola, Ford.

—Tenemos que hablar.

—No, creo que no —dijo, y se encaminó hacia su casa sin mirar atrás.



Capítulo 33

Tal y como esperaba, Ford la siguió hasta la casa. Su primer pensamiento fue que una de sus amigas la había traicionado, pero era imposible porque no hacía ni media hora que les había dicho dónde estaba. Tampoco creía que Noah la hubiese delatado y menos a Ford, a quien apenas conocía superficialmente.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó entre tanto se dirigía al salón y le señalaba a su invitado los sillones para que se sentara. Ella lo hizo en el sofá, lo más alejada de él posible.

—Era mi última opción. Me he vuelto loco llamando a todo el mundo por si alguien sabía dónde estabas.

—No tenías que buscarme. Me fui porque necesitaba estar sola.

—No puedes alejarte de mí. Todavía me quedan cinco citas para convencerte de que lo hagamos real —dijo en un tono entre la desesperación y un intento por restarle pesadez al momento.

—Lo mejor para ambos es que nos olvidemos de las citas. Quizás así podamos recuperar algo de nuestra amistad.

—No quiero ser tu amigo.

Aunque el comentario dolió como un demonio, Olivia trató de ocultarlo.

—De acuerdo.

—No. Quiero decir, no deseo ser solo tu amigo.

—Deberías haberlo pensado la mañana que desapareciste de tu casa en un intento desesperado de alejarte de mí y de lo que había sucedido entre nosotros.

—Las cosas no son como crees.

—Tienes razón. Jamás imaginé que me lastimarías como lo hiciste. Me quedé en tu piso una hora completa. Esperándote. Creyendo que habías ido a comprar el desayuno o a una carrera

matutina, cualquier cosa que justificara el que me despertara y descubriera que no estabas.

—Fui a ver a Travis, necesitaba un amigo. Alguien con quien desahogarme. Tú tienes a Riley y a Madison y no trates de hacerme creer que no os lo contáis todo.

—Lo hacemos, pero eso no justifica que huyeras. Si estabas confundido o preocupado por lo que había pasado entre nosotros tendrías que haber venido a mí y habérmelo dicho.

—No estaba preocupado ni arrepentido... por si te lo preguntas.

Olivia no lo reconoció, pero ese había sido uno de sus primeros pensamientos cuando se dio cuenta de lo que sucedía, cuando comprendió que Ford no iba a aparecer.

—Fue necesario que hablara con Travis para entender que todo lo que le dije aquel día a Melissa Scott sobre nosotros era la pura verdad. Siempre has sido tú, Olivia. Eres la única mujer a la que he dejado entrar por completo en mi vida.

»Faith tenía razón, he tenido una relación contigo desde que tenía dieciocho años y ni siquiera me había dado cuenta.

—Ford.

—Créeme, es la verdad. Te he querido desde siempre. El problema es que he estado demasiado cerrado como para darme cuenta de lo que sentía por ti. Y no quiero que pienses que te dejé tirada aquella mañana porque no fue así. Iba a volver contigo. Solo necesitaba hablar con alguien porque lo que sentí aquella noche me asustaba como nada en el mundo lo había hecho antes.

»Tenía miedo de no ser suficiente para ti. De no saber llevar una relación romántica, de decepcionarte.

—Bueno, lo hiciste, pero no como creías.

—Lo sé, y lo siento mucho. Llevo desde ese día como loco buscándote y nadie sabía decirme dónde estabas, lo que me llenó de preocupación y desesperación. No puedo volver a pasar por esto, Liv. No puedo perderte, eres la única constante en mi vida. La única persona que necesito que me llame, que me escriba... solo tú.

—No lo sé, Ford.

—Te quiero, Liv, ¿me quieres tú a mí?

—Sabes que lo hago.

—Entonces confía en mí. Confía en que no volveré a hacerte daño.

Ella quería creerle, lo deseaba más que nada y en el fondo de su corazón realmente lo hacía. Podía ver la desesperación en sus ojos, el temor a que no pudieran arreglar lo que tenían, pero ahí radicaba todo. Si lo dejaban correr, podrían volver a ser amigos con el tiempo, pero si intentaban ser algo más y las cosas no salían bien, su amistad desaparecería sin remedio.

—¿Qué propones?

La esperanza brilló en sus ojos grises. La luz que había desaparecido de ellos regresó con más fuerza, dándole un tono acerado de determinación.

—Lo que he dicho antes. Cinco citas, Liv. Me quedan cinco citas para convencerte de que te quiero. No, eso ya lo sabes —se corrigió—, me quedan cinco citas para demostrarte que puedo ser un buen novio. El novio real que te mereces.

—¿Cinco citas?

—Para comenzar. Mi idea es que después de que las tengamos ya no quieras separarte de mí nunca más.

—¿Y cuál es tu propuesta para la sexta? Si mal no recuerdo hemos tenido cinco.

Ford sonrió de oreja a oreja, con la alegría de saber que ella le estaba dando otra oportunidad.

—¿Qué te parece un día en los *Hamptons*?
—¿No tienes que trabajar? Es miércoles —preguntó, dándose cuenta de que estaba allí en lugar de en su oficina, trabajando.
—Soy el jefe y me he tomado un par de días libres.
—¿Un par?
Asintió muy serio.
—No estaba dispuesto a darme por vencido hasta que te encontrara.
—En ese caso, que sea una cita larga. No hace falta regresar hoy a la ciudad.
—Eso suena aún mejor —aceptó sin poder dejar de reír—. De verdad que quiero tener una relación contigo. No hay nada que desee más.
—Se está adelantando, señor Holt, le he concedido cinco citas para que me convenza. No cante victoria tan rápido.
—No lo haré —prometió—, voy a hacerte la mujer más feliz del mundo para que no quieras que nuestras citas terminen nunca.
—Suena bien —admitió Olivia con una sonrisa.

Olivia: Chicas, estoy oficialmente fuera del mercado.

Victoria: ¡Bien! Me alegra descubrir que no era tan idiota como pensaba.

Arlene: Me alegro mucho por ti.

Lydia: Eres la primera de nosotras en una relación estable. ¡Felicidades!

Alexis: Me alegro mucho, Liv. Lydia, ¿qué hay del tipo que habías conocido?

Lydia: Olvidaos de que lo mencioné. Yo ya lo he hecho.

Victoria: Suena a una historia interesante.

Arlene: ¿Estás bien, Lydia?

Lydia: Perfectamente. Soltera y libre para disfrutar de Ibiza. Lo siento, Liv, tú ya estás pillada.

Alexis: Nada de parejas en vacaciones. Solo nosotras.

Arlene: Eso díselo a Oliva. Las demás seguimos solteras.

Lydia: Todavía hay tiempo, chicas, solo estamos en abril.



Epílogo

Olivia sabía lo que iba a pasar en cuanto Riley sacó el tema de las vacaciones. Por suerte estaban en la cocina de Olivia de su casa de los *Hamptons* mientras los hombres se encargaban de encender la parrilla en el patio. Cuanto más lejos estuviera Travis, más fácil iba a ser mantener la conversación sin correr riesgo de muerte.

— No puedo creer que te vayas a Ibiza y que no podamos ir contigo — se quejó Riley, un domingo del mes de julio, a solo unos días de que Olivia se marchara de vacaciones con sus amigas escritoras.

— Es solo para escritoras. Además, solo quieres venir porque vamos a Ibiza. El año pasado, cuando fuimos a Florencia, te pareció bien no estar invitada.

— Por supuesto que lo hago por Ibiza. — Se giró para mirar a Madison, que estaba muy callada — . ¿Tú no dices nada? A ti tampoco te han invitado y eso que eres la agente de la mayoría de ellas.

— De todas ellas — aclaró la aludida.

— Peor me lo pones. ¿Por qué estás tan tranquila? — inquirió estrechando los ojos por la sospecha.

Madison se encogió de hombros.

— Tengo planes para esas fechas.

— ¿Qué planes?

— Noah y yo nos vamos una semana a Madrid y a Barcelona y después... estaremos otra semana más en Mallorca.

— No me lo puedo creer — se quejó Riley mientras las otras dos se reían — , pedazo de traidoras. ¿Y a Ford le parece bien que te lo dejes ahora que vivís juntos?

— Ford me recogerá el último día de mis vacaciones con las chicas para pasar unos días en Mallorca.

— ¿Con ellos? — señaló a Madison.

Olivia asintió.

— Ahora sí que estoy enfadada y me siento muy traicionada.

— No lo hagas — avisó Madison.

Olivia puso una expresión compungida mientras trataba de no mirar a Riley.

— Hazlo, ¿qué pasa?

— Travis te va a matar.

— Lo sé — se lamentó Olivia — , pero no puedo. Me está mirando.

Contra todo pronóstico Riley se echó a reír encantada.

— No hace falta que lo digas. Ya lo sé — anunció sonriendo de oreja a oreja.

Momento en el que Travis entró en la cocina para avisarles de que la barbacoa ya estaba lista y, al ver a su sonriente esposa, adivinó lo que había sucedido.

— ¿Se lo habéis contado?

— Claro que no. Lo he adivinado sola.

— Eres demasiado lista, cariño — la halagó Travis, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

— Lo sé. No tenían nada que hacer conmigo.

Las dos primas se miraron divertidas, pero ninguna de ellas la contradijo.

— Si no salís ya, nos vamos a comer las hamburguesas quemadas — se quejó Ford, entrando en la cocina.

— ¿Con quién has dejado la parrilla? — preguntó Riley.

— Con Noah.

— Mierda — exclamaron Madison y Travis al mismo tiempo mientras Riley se reía — , ahora sí que vamos a comer hamburguesas socarradas — zanjó Travis saliendo a toda prisa de la cocina.

— ¿Va todo bien? — preguntó Ford paseando la mirada entre ellas.

— Riley se ha enterado de que se va de vacaciones a Mallorca — explicó Olivia.

— Era de esperar — contestó, encogiéndose de hombros.

— Supongo que sí.

— Por supuesto que sí — corroboró Riley al tiempo que salía de la cocina seguida de cerca por Madison, quien estaba preocupada de que su novio se quemara con la parrilla, dado lo mal que se le daba manejarla.

— Nos han dejado solos — comentó Ford, apresándola entre sus brazos.

— Lo sé. No han sido sutiles.

— Nunca lo son.

— Supongo que es parte de su encanto — bromeó Olivia.

Ford inclinó la cabeza para besarla, no podía alargarlo mucho porque sus amigos tardarían un par de minutos en aparecer, pero iba a disfrutar el momento todo lo que pudiera.

Exactamente dos minutos después Noah apareció por la puerta con una mirada de culpabilidad de hizo sonreír a Ford.

— Lo siento. He sacado el palito más corto — bromeó — . Vamos a comer.

— Vamos — secundó Ford, asiendo a Olivia de la mano y saliendo con ella de la cocina, dispuesto a disfrutar de un precioso día de domingo en los *Hamptons* con sus mejores amigos y la mujer que amaba.

— Te quiero, Liv — dijo sonriéndole.

— Yo también te quiero.

Los silbidos y las burlas de sus amigos no hicieron más que ampliar su sonrisa y aumentar su felicidad.

Sobre la autora

Olga Salar, nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Amazon), y tras ella siguieron la bilogía juvenil *Lazos Inmortales* (Amazon). En este mismo género publicó *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

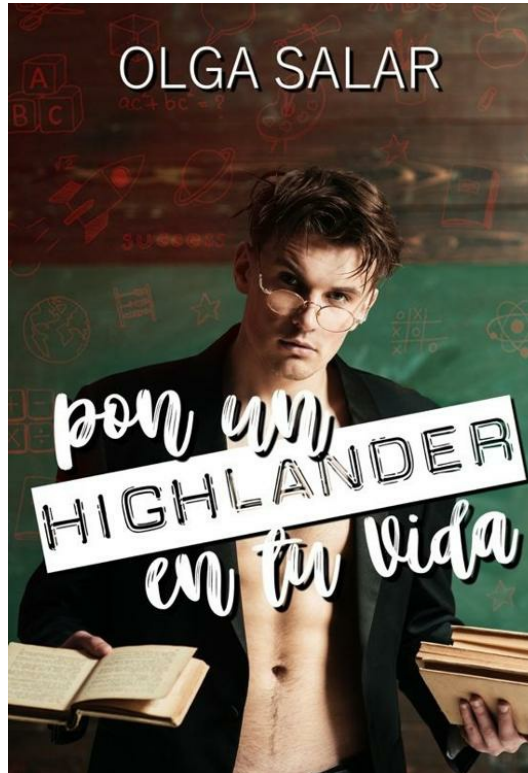
Es autora de *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Amazon), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital (Amazon), *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (Amazon), *Igual te echo de menos que de más* (Amazon), *Kilo y ¾ de amor* (Amazon), *Deletréame Te Quiero* (Amazon), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ), *Duelo de voluntades* (Amazon), *El corazón de una dama* (Amazon), *La serie Nobles* (Amazon), *Te dije que no la tocaras más* (Amazon), *Una noche bajo el cielo* (Amazon), *Amor sin instrucciones de uso* (Amazon), *Si te atreves, ámame* (HQÑ), *Una cita pendiente* (Amazon), *Te quiero, pero solo un poco* (Amazon), *Quiero mi final feliz* (HQÑ), *Notas de amor* (Amazon), *Amor en crescendo* (Amazon) la serie *Chicas de Rockport* (Amazon), *¡Hola otra vez!* (Amazon), *Serie Damas* (Amazon), *Cuando deseas una estrella* (Amazon), *Sushi para dos* (Amazon), la serie *Que la ley no nos separe* (Amazon), *Enamorarse: clases prácticas* (Amazon), *Pon un highlander en tu vida* (Amazon) y *Un highlander de mentira* (Amazon), *Yo también quiero un highlander* (Amazon).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora

Pon un *highlander* en tu vida (*Highlanders* #1)

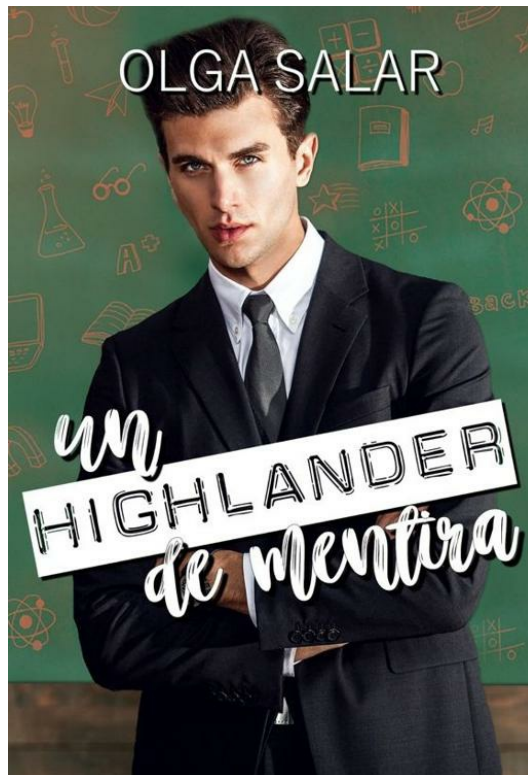
Gaia siempre había pensado que los *highlanders* habitaban en las tierras altas de Escocia. Jamás soñó con toparse con uno en el departamento de matemáticas de la universidad en la que había comenzado a trabajar como docente, y tampoco imaginó que despertaría en él una enemistad tan intensa a primera vista. Aunque si fuera cierto lo que dicen: del odio al amor...



Un highlander de mentira (*Highlanders* #2)

Fia Grant no es una mujer que se rinda cuando sabe lo que quiere. Tampoco es de las que se lamenta cuando las cosas no salen como espera.

Es capaz de pasar página y sobrellevar cualquier inquietud o desilusión por duras que sean... hasta que Malcolm Reid llega a su vida y, sus reglas y certezas vuelan por los aires.

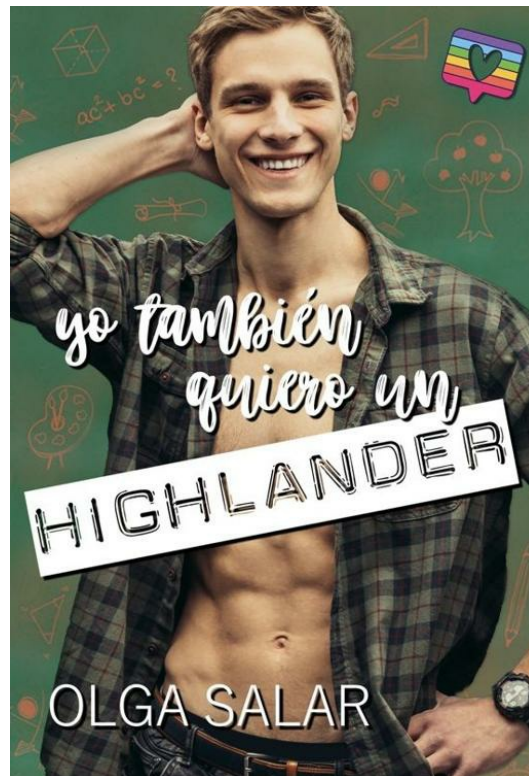


Yo también quiero un highlander (*Highlanders* #3)

La tranquila vida de Blaine Campbell cambió en el mismísimo instante en que el destino llevó a una profesora de matemáticas a buscar inspiración en su biblioteca.

Con ella llegaron nuevos amigos, y un guapísimo arquitecto, que le hizo recordar porqué era una de esas personas optimistas que, a pesar de las desilusiones pasadas, todavía creían en el amor.

Sin embargo, lo que comenzó con ilusión y sueños de futuro, se había convertido en una fuente de preocupaciones. Llevándole a replantearse si todo lo que siempre había creído sobre el amor estaba solo en las novelas que custodiaba.



^[1] Sis de sister. Hermana en inglés.

^[2] Notable barrio marginal antiguamente ubicado en el bajo Manhattan en Nueva York.